

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

DOS PAPAS SANTOS



«Juan XXIII y Juan Pablo II colaboraron con el Espíritu Santo para restaurar y actualizar la Iglesia según su fisonomía originaria, la fisonomía que le dieron los santos a lo largo de los siglos. No olvidemos que son precisamente los santos quienes llevan adelante y hacen crecer la Iglesia.»

Papa FRANCISCO: Homilía en la misa de canonización
de los beatos Juan XXIII y Juan Pablo II



Testamentos
de Juan XXIII
y Juan Pablo II

La devoción a María
y el renacimiento
de Cataluña

La mujer a la luz
de María

La acción educativa
de la madre

La Virgen y la
victoria de Lepanto

Sumario

Dos santos en la Sede de Pedro <i>José M.ª Alsina Roca</i>	3
Homilía del papa Francisco en la misa de canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II	4
Juan XXIII: el papa que convocó el Concilio <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	5
Testamento de Juan XXIII	8
Testamento de Juan Pablo II	10
Mensaje de Su Santidad Juan XXIII con motivo de la consagración de la basílica del Valle de los Caídos	12
Breve pontificio «In colle» de Su Santidad Juan XXIII con el que concedía el título de Basílica Menor al templo del Tibidabo de Barcelona	13
La Virgen María canta la infancia espiritual <i>Enrique Martínez</i>	14
La devoción a María preside el renacimiento de Cataluña <i>Josep Torras i Bages</i>	17
La mujer a la luz de María <i>Isabel Conejo</i>	21
Algunas reflexiones sobre la acción educativa de la madre y la virtud de la fortaleza <i>Mercedes Palet Fritschi</i>	23
La magnanimidad como rasgo característico de la maternidad <i>M.ª Dolores Barroso López</i>	26
Hace 200 años el papa Pío VII instituyó la fiesta de María Auxiliadora <i>Nicolás Echave, SDB</i>	28
La Corte de María <i>Guillermo Pons Pons</i>	30
Jesuitas devotos del Corazón de Jesús defienden su fiesta <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	33
La intercesión de la Virgen en la victoria de Lepanto <i>Luis Cuesta</i>	38
San Pedro Nolasco, redentor de cautivos <i>Santiago Alsina</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

DEDICAMOS este número del mes de mayo a la reciente canonización de los papas Juan XXIII y Juan Pablo II. Al mismo tiempo, queremos unirnos a la práctica tradicional en el pueblo cristiano de venerar de un modo especial durante este mes a la Virgen María dedicándole diversos artículos. Esta doble temática se nos une al considerar el carácter intensamente mariano de estos santos pontífices. Habría que recordar cómo Juan XXIII realizó su primera salida del Vaticano, algo que no habían hecho los papa anteriores desde Pío IX, al santuario de la Virgen de Loreto. Allí el Papa, con su palabra sencilla y llena de fervor, recordó, junto con el gran misterio de la Encarnación, las enseñanzas para la familia y el trabajo que podemos sacar de la contemplación de la familia de Nazaret. La Virgen y san José, siempre tan presentes en la vida y predicación del Santo Padre, constituyen para los cristianos la esperanza y el ejemplo cotidianos para sus vidas. Otra manifestación importante del carácter mariano de Juan XXIII fue su declarada devoción al santo Rosario. Reproducimos en nuestras páginas algunos fragmentos de su carta apostólica *Il religioso convegno* sobre el rezo del Rosario, en la que el Papa recuerda cómo había perseverado a lo largo de toda su vida en el rezo íntegro de las tres partes del Rosario. Su piedad mariana, unida íntimamente a la josefina, queda también mostrada en las palabras finales de su testamento: «María, dulcísima Madre de Jesús y nuestra, y san José, mi primer y predilecto protector».

La piedad mariana de Juan Pablo II es sobradamente conocida. Podemos recordar la importancia que tuvo en su vida san Luis María Grignon de Montfort: «Como es sabido, en mi escudo episcopal, el lema *Totus tuus* se inspira en la doctrina de san Luis María Grignon de Montfort. Estas dos palabras expresan la pertenencia total a Jesús por medio de María. La doctrina de este santo ha ejercido un profundo influjo en la devoción mariana de muchos fieles y también en mi vida». Durante su pontificado tuvieron lugar dos actos de gran importancia mariana: la celebración de un Año Mariano (1987-1988), como preparación a los dos mil años del nacimiento de Cristo; y la publicación de una carta encíclica dedicada a la Virgen María, *Redemptoris Mater*, que precedió a la apertura del Año Mariano. Creemos que se puede afirmar que la piedad mariana en la Iglesia tuvo un refloreamiento después de aquel año que perdura hasta nuestros días. También en su testamento quedó reflejado su fervor mariano: «En tus manos maternas dejo todo y a todos aquellos con los que me ha unido mi vida y mi vocación. En tus manos dejo sobre todo a la Iglesia, así como a mi nación y a toda la humanidad».

Reproducimos fragmentariamente un sermón de Torras i Bages pronunciado en el monasterio de Ripoll en el que subraya la importancia de la Virgen María en la vida social de los pueblos cristianos y en concreto de Cataluña. Montserrat, Ripoll, Poblet y Santes Creus son especial testimonio de todo ello.

Dos santos en la Sede de Pedro

JOSÉ MARÍA ALSINA ROCA

Dos papas del siglo xx han sido canonizados el pasado domingo 27 de abril, fiesta de la Divina Misericordia. Junto con san Pío X forman ya parte de la numerosa lista de santos del pasado siglo. Es importante subrayar este hecho, que nos invita a pensar en este singular siglo xx desde una perspectiva de la providencia de Dios sobre los destinos de la humanidad y de su Iglesia. De la larga serie de acontecimientos que han caracterizado el pasado siglo podríamos destacar desde un punto de vista religioso en primer lugar el Concilio Vaticano II, un concilio inesperado convocado por Juan XXIII, como repetidamente el mismo confesó, movido por el Espíritu Santo; un concilio que tenía que ser una referencia esencial en la vida de la Iglesia y así ha sido considerado por todos los papas posteriores hasta nuestros días; un concilio que, como ocurre modernamente en tantos acontecimientos eclesiales, fue «interpretado» por los medios de comunicación de un modo sesgado y totalmente ajeno a lo que fueron sus enseñanzas, reflejadas en sus constituciones y declaraciones; un concilio que a veces ha sido presentado como una ruptura con el magisterio anterior de la Iglesia. No es extraño que como consecuencia de estas deformaciones surgieran voces incluso dentro de la Iglesia extrañas a la ortodoxia y a la moral cristiana. Sin embargo, hay que insistir en el mensaje principal del Concilio. Lo definió así el mismo Juan XXIII en el discurso inaugural:

«Es motivo de dolor el considerar que la mayor parte del género humano –a pesar de que los hombres todos han sido redimidos por la sangre de Cristo– no participa aún de esa fuente de gracias divinas que se hallan en la Iglesia católica. A este propósito, cuadran bien a la Iglesia, cuya luz todo lo ilumina, cuya fuerza de unidad sobrenatural redundando en beneficio de la humanidad entera, aquellas palabras de san Cipriano: “La Iglesia, envuelta en luz divina, extiende sus rayos sobre el mundo entero y, con todo, constituye una sola luz que se difunde por doquier sin que su unidad sufra división. Extiende sus ramas por toda la tierra, para fecundarla, a la vez que multiplica, con mayor largueza, sus arroyos; pero siempre es única la cabeza, único el origen, ella es madre única copiosamente fecunda: de ella hemos nacido todos, nos hemos nutrido de su leche, vivimos de su espíritu”.

»Esto se propone el Concilio Ecuménico Vaticano II, el cual, mientras reúne juntamente las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza por que los

hombres acojan cada vez más favorablemente el anuncio de la salvación, prepara en cierto modo y consolida el camino hacia aquella unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la Ciudad terrenal se organice a semejanza de la celestial “en la que reina la verdad, es ley la caridad y la extensión es la eternidad”, según san Agustín».

Esta propuesta audaz y esperanzada de difundir al mundo entero el único anuncio de salvación constituye el mensaje central conciliar en un mundo que parece caminar en un sentido totalmente contrario. Para ello el Concilio recordó insistentemente la llamada universal a la santidad. Este es el único camino para que el mundo reconozca la verdad salvífica que la Iglesia predica a todos los hombres.

Para poder valorar adecuadamente los frutos del Concilio hay que hacerlo desde esta perspectiva, no ideológica ni cuantificable, es decir, desde la santidad de sus fieles. Por ellos creemos que es fruto del Concilio esta pléyade de santos del siglo xx y también el haber elevado a los altares tantos santos durante el pontificado de Juan Pablo II que vivieron en los siglos anteriores con el evidente propósito de mostrar con toda fuerza y solemnidad el camino a que están llamados todos los cristianos.

Por esto junto con el Concilio Vaticano II, se puede caracterizar el siglo xx como el siglo de los mártires, el siglo de los santos, el siglo de los papas santos. En unas circunstancias en las que parece que la fe cristiana va reduciendo su presencia en la vida de los hombres de nuestra cultura occidental hasta tal punto que algunos ya den por cancelada la posibilidad de una sociedad cristiana, la Iglesia proclama su esperanza en la misericordia divina que suscite tal santidad en su seno que de este modo los hombres vuelvan a dirigir su mirada hacia aquel que murió en la cruz para la redención de toda la humanidad.

Este es el misterio de este siglo xx, un siglo que junto con la persecución insidiosa y con demasiada frecuencia violenta de la fe cristiana, podemos contemplar el espectáculo admirable de tantos mártires y santos de una Iglesia que también ha estado gobernada por papas santos. Hasta ahora están en los altares tres santos –san Pío X, san Juan XXIII y san Juan Pablo II–, y un beato –Pío IX–, al que en el próximo mes de octubre se unirá el papa Pablo VI. Tendríamos que volver la mirada a los primeros siglos de la Iglesia para encontrar una lista tan continuada de santidad en la Sede de Pedro.

«Dieron testimonio de la bondad de Dios»

*Homilía del papa Francisco en la misa de canonización
de Juan XXIII y Juan Pablo II*

Plaza de San Pedro, 27 de abril de 2014

En el centro de este domingo, con el que se termina la octava de Pascua, y que san Juan Pablo II quiso dedicar a la Divina Misericordia, están las llagas gloriosas de Cristo resucitado.

Él ya las enseñó la primera vez que se apareció a los apóstoles la misma tarde del primer día de la semana, el día de la resurrección. Pero Tomás aquella tarde, como hemos escuchado, no estaba; y, cuando los demás le dijeron que habían visto al Señor, respondió que, mientras no viera y tocara aquellas llagas, no lo creería. Ocho días después, Jesús se apareció de nuevo en el Cenáculo, en medio de los discípulos: Tomás también estaba; se dirigió a él y lo invitó a tocar sus llagas. Y entonces, aquel hombre sincero, aquel hombre acostumbrado a comprobar personalmente las cosas, se arrodilló delante de Jesús y dijo: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28).

Las llagas de Jesús son un escándalo para la fe, pero son también la comprobación de la fe. Por eso, en el cuerpo de Cristo resucitado las llagas no desaparecen, permanecen, porque aquellas llagas son el signo permanente del amor de Dios por nosotros, y son indispensables para creer en Dios. No para creer que Dios existe, sino para creer que Dios es amor, misericordia, fidelidad. San Pedro, citando a Isaías, escribe a los cristianos: «Sus heridas nos han curado» (1 Pe 2,24; cf. Is 53,5).

San Juan XXIII y san Juan Pablo II tuvieron el valor de mirar las heridas de Jesús, de tocar sus manos llagadas y su costado traspasado. No se avergonzaron de la carne de Cristo, no se escandalizaron de Él, de su cruz; no se avergonzaron de la carne del hermano (cf. Is 58,7), porque en cada persona que sufría veían a Jesús. Fueron dos hombres valerosos, llenos de la parresia del Espíritu Santo, y dieron testimonio ante la Iglesia y el mundo de la bondad de Dios, de su misericordia.

Fueron sacerdotes y obispos y papas del siglo xx. Conocieron sus tragedias, pero no se abrumaron. En ellos, Dios fue más fuerte; fue más fuerte la fe en Jesucristo Redentor del hombre y Señor de la historia; en ellos fue más fuerte la misericordia de Dios que se manifiesta en estas cinco llagas; más fuerte, la cercanía materna de María.

En estos dos hombres contemplativos de las llagas de Cristo y testigos de su misericordia había «una esperanza viva», junto a un «gozo

inefable y radiante» (1 Pe 1,3.8). La esperanza y el gozo que Cristo resucitado da a sus discípulos, y de los que nada ni nadie les podrá privar. La esperanza y el gozo pascual, purificados en el crisol de la humillación, del vaciamiento, de la cercanía a los pecadores hasta el extremo, hasta la náusea a causa de la amargura de aquel cáliz. Ésta es la esperanza y el gozo que los dos papas santos recibieron como un don del Señor resucitado, y que a su vez dieron abundantemente al Pueblo de Dios, recibiendo de Él un reconocimiento eterno.

Esta esperanza y esta alegría se respiraba en la primera comunidad de los creyentes, en Jerusalén, de la que hablan los *Hechos de los Apóstoles* (cf. 2,42-47), como hemos escuchado en la segunda lectura. Es una comunidad en la que se vive la esencia del Evangelio, esto es, el amor, la misericordia, con simplicidad y fraternidad.

Y ésta es la imagen de la Iglesia que el Concilio Vaticano II tuvo ante sí. Juan XXIII y Juan Pablo II colaboraron con el Espíritu Santo para restaurar y actualizar la Iglesia según su fisonomía originaria, la fisonomía que le dieron los santos a lo largo de los siglos. No olvidemos que son precisamente los santos quienes llevan adelante y hacen crecer la Iglesia. En la convocatoria del Concilio, san Juan XXIII demostró una delicada docilidad al Espíritu Santo, se dejó conducir y fue para la Iglesia un pastor, un guía-guiado, guiado por el Espíritu. Éste fue su gran servicio a la Iglesia; por eso me gusta pensar en él como el Papa de la docilidad al Espíritu santo.

En este servicio al Pueblo de Dios, san Juan Pablo II fue el Papa de la familia. Él mismo, una vez, dijo que así le habría gustado ser recordado, como el Papa de la familia. Me gusta subrayarlo ahora que estamos viviendo un camino sinodal sobre la familia y con las familias, un camino que él, desde el Cielo, ciertamente acompaña y sostiene.

Que estos dos nuevos santos pastores del Pueblo de Dios intercedan por la Iglesia, para que, durante estos dos años de camino sinodal, sea dócil al Espíritu Santo en el servicio pastoral a la familia. Que ambos nos enseñen a no escandalizarnos de las llagas de Cristo, a adentrarnos en el misterio de la misericordia divina que siempre espera, siempre perdona, porque siempre ama.

Juan XXIII: el papa que convocó el Concilio*

FRANCISCO CANALS VIDAL (†)

LA elección de Juan XXIII sorprendió y su figura presentaba un contraste con Pío XII. A un papa romano, aristocrático, cultísimo, de larga trayectoria diplomática, desde nunciaturas a la Secretaría de Estado, sucedía un anciano de setenta y siete años, bergamasco, de honorable familia rural. Al ser elegido llevaba cinco años en el Patriarcado de Venecia, al que accedió al ser nombrado cardenal, en 1953, cuando era nuncio apostólico en París.

Cuando fue nombrado para esta entonces difícil nunciatura, en 1945, tuvo que salvar al Episcopado francés, tras el hundimiento de Alemania y la caída del régimen de Vichy, del presidente De Gaulle, a quien le parecía excesiva la benevolencia de los obispos con aquel régimen colaboracionista con los enemigos de Francia y exigía «bonapartísticamente» la dimisión de aquel episcopado en bloque. La negociación llevada por el nuevo nuncio concluyó con algunas renuncias de obispos, mientras se conseguía detener aquella exigencia.

El nuncio Roncalli, al llegar a París, llevaba veinte años en Oriente, en Bulgaria –1925-1935– y en Turquía, como vicario apostólico en aquella república y delegado para Grecia (1935-1945). Con anterioridad había sido profesor de Patrología en el Lateranense, y había pertenecido a la Congregación de *Propaganda fidei*. Su formación y sus tareas se orientaban hacia el mundo misional y el Oriente cristiano, por el que, como estudioso, sentía una especial inclinación, con afecto y devoción hacia los grandes doctores de la Iglesia griega.

Aquel anciano pontífice que, sin ser diplomático de formación, había prestado un gran servicio a la Iglesia en París, y que en Venecia se sentía heredero de su predecesor, el patriarca san Pío X, había llegado al Pontificado como efecto de una transacción –según se dijo– que aconsejó que fuese elegido un Papa de transición, con un pontificado breve y poco decisivo.

Pero, después de la sorpresa de su elección vino la sorpresa del triple anuncio de un Sínodo para Roma, un Concilio Ecuménico para la Iglesia universal y la reforma del Código de Derecho canónico. Todavía podríamos añadir la sorpresa que cau-

raría ahora el estudio del Sínodo romano de Juan XXIII, en el que se recordó el deber de los clérigos de no alterar su modo de vestir tradicional y de la solicitud por la no alteración de la liturgia romana en latín.

Si alguien se siente sorprendido de que en la misma fecha Juan Pablo II haya beatificado a Pío IX y a Juan XXIII, le ayudará a superar esta sorpresa el recordar el deseo, varias veces expresado por quien convocó el Concilio Vaticano II, de que durante éste pudiese ser elevado al honor de los altares el que había convocado el Concilio Vaticano I, Pío IX, a quien Juan XXIII evoca como «excelsa y admirable figura de pastor», y de quien dice que fue muy amado y odiado como lo fue el propio Cristo. Tal modo de hablar nos muestra, precisamente, la perspectiva sobrenatural en que se movía él mismo y en que nosotros podemos comprender a Juan XXIII y su continuidad y simpatía con Pío IX.

En una audiencia a la Comisión central preparatoria del Concilio de 20 de junio de 1961, decía Juan XXIII:

«No queremos olvidar a los periodistas, que han manifestado siempre tanta corrección, aunque también un poco de impaciencia, un vivo deseo de ser informados sobre los actos referentes al Concilio. También a ellos dirigimos nuestro agradecimiento por su amable atención, al mismo tiempo que les invitamos paternalmente a reflexionar, pues un concilio ecuménico no es una academia ni un parlamento, sino un solemne encuentro de toda la sagrada Jerarquía, para las cuestiones referentes a la vida de la Iglesia.»

Y en Pentecostés del año anterior, el 5 de junio de 1960, había hablado así:

«Queridos hijos: el espíritu sobrenatural es cosa grave e importante. No es comparable un concilio ecuménico a un tratado de política nacional o internacional.»

Contemplando al Papa Papa, esto es, en perspectiva sobrenatural, desde Cristo y en la Iglesia de Dios, es como podemos situarnos adecuadamente para nuestra comprensión de estos dos grandes pontífices, hombres de Iglesia y verdaderos pastores de la ley de Cristo que Juan Pablo II beatificó el pasado 3 de septiembre.

* * *

* Reproducido de CRISTIANDAD, núm. 833-834, de noviembre-diciembre de 2000.

Atendamos a algunos párrafos de la primera encíclica de Juan XXII, *Ad Petri cathedram*, de 29 de junio de 1959:

«La Iglesia católica florece con perenne juventud, y es estandarte alzado por las naciones; de ella surgen, como de fuente, la abundante luz y el suave amor que inunda a todos los pueblos.

»Si seguimos la razón, seguimos a Dios mismo, que es su autor y legislador y guía de nuestra vida (...) a las verdades que superan la capacidad natural de la razón, no podemos en modo alguno llegar sin ayuda de la luz sobrenatural. Por esto el Verbo de Dios, que habita una luz inaccesible, con inmensa caridad y compasión hacia el género humano, se hizo carne y habitó entre nosotros para iluminar, viniendo a este mundo, a todo hombre y conducirlos a todos no sólo a la plenitud de la verdad sino también a la virtud y a la felicidad eterna.

»Todos, por tanto, están obligados a abrazar la doctrina del Evangelio. Si se la rechaza, vacilan los mismos fundamentos de la verdad, de la honestidad y de la civilización.

»La oración de Jesucristo para que todos sean uno (...) engendra en nosotros una esperanza dulcísima, y nos da la seguridad de que finalmente (...) “habrá un solo rebaño y un solo Pastor”. Profundamente animados de esta suavísima esperanza, hemos promulgado nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico (...)

»Nuestro divino Redentor fundó su Iglesia con el fundamento de una solidísima unidad, y si, por un absurdo, no la hubiera hecho así, habría fundado una cosa caduca y contraria a sí misma; como los diversos sistemas filosóficos que, abandonados al arbitrio y opinión del hombre, en el transcurso de los tiempos nacen, se transforman y desaparecen uno tras otro. Esto se opone diametralmente al magisterio de Jesucristo, que es camino, verdad y vida».

»(...) esta unidad no debe ser algo vano, incierto y caedizo, sino sólido, estable y seguro. Si a las otras comunidades cristianas les falta, a la Iglesia católica no le falta, como fácilmente puede echarlo de ver cualquiera que con diligencia lo examine (...) todos los hijos están llamados a venir a la única casa paterna, que descansa sobre el fundamento de Pedro, y en ella se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos como en el único Reino de Dios: Reino cuyos súbditos, unidos en la tierra en la concordia del espíritu, puedan gozar un día de la eterna bienaventuranza en el Cielo.»

Es importante para encontrar el hilo conductor de su tarea pastoral atender ahora a la alocución de Juan XXIII en la apertura de la primera sesión del Concilio Vaticano II:

«Lo que principalmente atañe al Concilio Ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doc-

trina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Tal doctrina comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo, al cual, como peregrino que es sobre la tierra, le enseña que debe aspirar hacia el Cielo. Esto demuestra que se debe ordenar nuestra vida mortal de modo que, cumpliendo nuestros deberes de ciudadanos del Cielo y de la Tierra, consigamos el fin establecido por Dios (...) pero a fin de que esta doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana referentes al individuo, a la familia y a la sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad recibido de los Padres (...) la Iglesia no se considera inerte ante el progreso admirable de los descubrimientos del ingenio humano, y ha sabido estimarlos debidamente, mas, auxiliando estos desarrollos, no deja de advertir a los hombres que, por encima de las cosas visibles, vuelvan los ojos a Dios y no olviden los hombres a quienes se dijo: “Poblad la Tierra y dominadla” y el gravísimo precepto “adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás”, a fin de evitar que la atracción fascinadora de las cosas visibles impida el verdadero progreso.

»La solicitud de la Iglesia en promover y defender la verdad deriva del hecho de que (...) no pueden los hombres, sin ayuda de toda la doctrina revelada, conseguir la completa y firme unidad de ánimo a la que están ligadas la verdadera paz y la salvación eterna. Desgraciadamente, la familia cristiana no ha conseguido plenamente esta visible unidad en la verdad (...) esto es lo que se propone el Concilio Ecuménico Vaticano II que, al esforzarse en agrupar las mejores energías de la Iglesia, trabaja para que todos los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la Salvación y, al hacer esto, prepara y consolida el camino hacia la unidad del género humano, que es el fundamento necesario para que la Ciudad terrena se organice a semejanza de la Ciudad celeste, en la que, según san Agustín, “reina la verdad, dicta la caridad su ley, y cuyas fronteras son la eternidad”.

Juan XXIII concluía la alocución inaugural invocando la cercanía de la Iglesia celeste a la Iglesia terrena en orden a que ésta pudiese obrar en el mundo aquella unidad por la que la Ciudad terrena sea semejante a la celestial:

«Puede decirse que el Cielo y la tierra se unen para celebrar el Concilio; los santos del Cielo, para proteger vuestros trabajos; los fieles de la tierra, perseverando en la oración al Señor, y vosotros siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo (...).

»Oh, Dios omnipotente, en tí ponemos toda nuestra confianza, desconfiando de nuestro esfuerzo. Mira benigno a estos pastores de tu Iglesia. La luz de tu gracia nos ayude a tomar decisiones y a for-

mular leyes, y escucha clemente las oraciones que te elevamos con unanimidad de fe, de palabra y de alma.

»Oh, María, auxilio de los cristianos, auxilio de los obispos, de cuyo amor hemos tenido recientemente particular prueba en tu templo del Loreto, en el cual quisimos venerar el misterio de la Encarnación, dispón todas las cosas para un feliz y propicio éxito y, junto con tu esposo san José, con los santos apóstoles Pedro y Pablo, con los santos Juan, el Bautista y el Evangelista, intercede por nosotros ante Dios. A Jesucristo, nuestro adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor; el poder y la gloria por los siglos de los siglos, Amén.»

Una piedad filial hacia María impregna siempre las palabras y los gestos de Juan XXIII. En honor a María peregrinó al santuario de Nuestra Señora de Loreto en 1962, en el que fue el primer viaje de un papa fuera de Roma, después de los pactos de Letrán de 1929.

Y en Asís aquel mismo año invocaba así a María: «¡Oh María, Reina de los ángeles!: los espíritus bienaventurados que la bondad misericordiosa del Señor envía para nuestra custodia, para proteger cada uno de nuestros pasos, para proteger a cada hombre en cada página de la historia humana, son tu corona en presencia de la augusta Trinidad. Desde allí nos muestras el camino del Paraíso; enciende el entusiasmo general por la celebración del Con-

cilio Ecuménico, que quiere ser una verdadera fiesta inmensa del Cielo y de la tierra: de los ángeles, de los santos y de los hombres; en tu honor, en honor de tu castísimo esposo san José, de san Francisco y de todos los santos; para la alabanza y para el triunfo en las almas y en los pueblos del nombre y del Reino de Jesucristo, Redentor y Maestro del género humano».

La devoción mariana de Juan XXIII, presente en todos los momentos de su pontificado y, según confidencia propia de su vida, que expresó de forma muy concreta en dos significativos documentos, la encíclica *Grata recordatio* de 26 de septiembre de 1959 y la carta apostólica *Il religioso convegno*, de 29 de septiembre de 1961, evocaba la profunda impresión que le habían producido desde su primera juventud las reiteradas encíclicas del papa León XIII recomendando el rezo del Santo Rosario de María. En esta encíclica, Juan XXIII afirma complacido que todos los días de su vida había perseverado en el rezo íntegro del Rosario, es decir, en sus tres partes, de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, procurando atender a su contemplación. En el año anterior al de su muerte y al acercarse la primera sesión del Concilio Vaticano II, en una nueva carta apostólica insistía en recomendar el Rosario, pero entonces para exhortar a todos a invocar por él a María implorando su protección para las tareas del Concilio Ecuménico.

El Rosario, una gran plegaria pública y universal

¡Qué bello es siempre el Rosario del niño inocente y del enfermo; de la virgen consagrada al retiro del claustro o al apostolado de la caridad, siempre en la humildad y en el sacrificio; del hombre y de la mujer, padre y madre de familia, alimentados por alto sentido de responsabilidad noble y cristiana; de las modestas familias fieles a la antigua tradición doméstica; de las almas recogidas en silencio y abstraídas de la vida del mundo al que han renunciado, aunque debiendo siempre vivir con el mundo, pero como anacoretas, entre las incertidumbres y las tentaciones!

Este es el Rosario de las almas piadosas, que mantienen viva la preocupación de la propia singularidad de vida y de ambiente.

* * *

El Rosario de María, pues, viene elevado a la condición de una gran plegaria pública y universal frente a las necesidades ordinarias y extraordinarias de la Iglesia santa, de las naciones y del mundo entero.

Ha habido épocas difíciles, demasiado difíciles en la historia de los pueblos, por la sucesión de acontecimientos que sellaron con lágrimas y sangre los cambios de los estados más potentes de Europa.

Es bien conocida de quienes siguen, desde el punto de vista histórico, los acontecimientos de las transformaciones políticas, la influencia ejercitada por la piedad mariana como preservación de amenazas desventuradas, como reanudación de prosperidad y de orden social, como testimonio de las espirituales victorias obtenidas.

JUAN XXIII: exhortación apostólica *Il religioso convegno* (1961)

TESTAMENTO DE JUAN XXIII

Venecia, 29 de junio de 1954

En el momento de presentarme ante el Señor Uno y Trino que me creó, me redimió, me quiso su sacerdote y obispo, me colmó de gracias sin fin, confió mi pobre alma a su misericordia, le pido humildemente perdón de mis pecados y de mis deficiencias, le ofrezco aquel poco de bien que con su ayuda he logrado hacer, aunque imperfecto y mezquino, para gloria suya, para servicio de la santa Iglesia, para edificación de mis hermanos, suplicándole en fin que me acoja, como padre bueno y piadoso, con sus santos, en la bienaventurada eternidad.

Deseo profesar una vez más toda entera mi fe cristiana y católica, y mi pertenencia y sujeción a la santa Iglesia apostólica y romana, y mi perfecta devoción y obediencia a su augusto jefe, el sumo pontífice, a quien fue para mí un gran honor representar durante largos años, en diversas regiones de Oriente y Occidente, que me quiso en fin en Venecia como cardenal y patriarca, y a quien he seguido siempre con afecto sincero, fuera y por encima de toda dignidad a mí conferida. El sentimiento de mi poquedad y de mi nada me ha hecho siempre buena compañía manteniéndome humilde y tranquilo, y concediéndome la alegría de emplearme lo mejor que puedo en continuado ejercicio de obediencia y de caridad por las almas y por los intereses del Reino de Jesús, mi Señor y mi todo. A Él toda la gloria; para mí y como mérito mío, su misericordia. *Meritum meum miseratio Domini. Domine, tu omnia nosti: tu scis quia amo te.* Esto sólo me basta.

Pido perdón a quienes hubiera ofendido inconscientemente; a cuantos no hubiese causado edificación. Siento que no tengo nada que perdonar a nadie, porque en cuantos me conocieron y se relacionaron conmigo –aunque me hubieran ofendido o despreciado o tenido, justamente por lo demás, en poca estima, o me hubieran sido motivo de aflicción– no reconozco sino hermanos y bienhechores, a los que estoy agradecido y por los que ruego y rogaré siempre.

Nacido pobre, pero de gente honrada y humilde, estoy particularmente contento de morir pobre, habiendo distribuido según las diversas exigencias y circunstancias de mi vida sencilla y modesta, en servicio de los pobres y de la santa Iglesia que me ha nutrido, cuanto me vino a caer entre manos –en medida, por lo demás, bastante limitada– durante los años de mi sacerdocio y de mi episcopado. Apariencias de desahogo velaron a

veces, más bien con frecuencia, escondidas espinas de congojosa pobreza y me impidieron dar siempre con la largueza que hubiese querido. Agradezco a Dios esta gracia de la pobreza de la que hice voto en mi juventud, pobreza de espíritu, como sacerdote del Sagrado Corazón, y pobreza real; y que me sostuvo para no pedir nunca nada, ni puestos, ni dinero, ni favores, nunca, ni para mí, ni para mis parientes o amigos.

A mi dilecta familia *secundum sanguinem* –de la que, por lo demás, no he recibido ninguna riqueza material– no puedo dejar sino una grande y especialísima bendición, con la invitación a conservar ese temor de Dios que me la hizo siempre tan querida y amada, aunque sencilla y modesta, sin jamás sonrojarme por ello; y es su verdadero título de nobleza. También la he socorrido a veces en sus necesidades más graves, como pobre con los pobres, pero sin sacarla de su pobreza honrada y contenta. Pido y pediré siempre por su prosperidad, alegre como estoy de constatar también en sus nuevos y vigorosos retoños la firmeza y la fidelidad a la tradición religiosa de los padres, que será siempre su fortuna. Mi más ferviente deseo es que ninguno de mis parientes y allegados falte al gozo de la reunión final y eterna.

Partiendo, como confío, camino del Cielo, saludo, agradezco y bendigo a tantos y tantos que compusieron sucesivamente mi familia espiritual en Bérgamo, en Roma, en Oriente, en Francia, en Venecia, y que me fueron conciudadanos, benefactores, colegas, alumnos, colaboradores, amigos y conocidos, sacerdotes y laicos, religiosos y religiosas, y de los que, por disposición de la Providencia, fui, aunque indigno, hermano, padre o pastor.

La bondad de la que mi pobre persona fue hecha objeto por parte de cuantos encontré en mi camino hizo serena mi vida. Recuerdo bien, frente a la muerte, a todos y a cada uno, aquellos que me han precedido en el último paso, aquellos que me sobreviven y que me seguirán. Rueguen por mí. Les daré su recompensa desde el Purgatorio o desde el Paraíso donde espero ser acogido, lo repito aún, no por mis méritos, sino por la misericordia de mi Señor.

A todos recuerdo y por todos rogaré. Pero a mis hijos de Venecia, los últimos que el Señor puso en torno mío, para extremo consuelo y gozo en mi vida sacerdotal, quiero nombrarlos aquí particularmente como signo de admiración, de reconocimiento, de ternura totalmente singular. Los abrazo en espíritu

a todos, a todos, del clero y del laicado, sin distinción, como sin distinción los amé como pertenecientes a una misma familia, objeto de una misma solicitud y responsabilidad paterna y sacerdotal. *Pater sancte, serva eos in nomine tuo quos didisti mihi: ut sint unum sicut et nos* (Jn 17,11).

En la hora del adiós, o mejor del hasta la vista, evoco aún todo lo que más vale en la vida: Jesucristo bendito, su santa Iglesia, su Evangelio, y, en el Evangelio, sobre todo el *paternoster*, y en el espíritu y el Corazón de Jesús y del Evangelio, la verdad y la bondad,

la bondad mansa y benigna, activa y paciente, invicta y victoriosa.

Hijos míos, hermanos míos, hasta la vista. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. En el nombre de Jesús nuestro amor; de María, dulcísima Madre suya y nuestra; de san José, mi primer y predilecto protector. En el nombre de san Juan Bautista, de san Pedro y de san Marcos, de san Lorenzo Justiniano y de san Pío X. Así sea.

Card. Ang. Gius. Roncalli patriarca

Mi testamento

Castelgandolfo, 12 de septiembre de 1961

Bajo el auspicio querido y confidente de María, mi Madre celeste, a cuyo nombre está consagrada la liturgia de este día, y del año LXXX de mi edad, depongo aquí y renuevo mi testamento, anulando cualquier otra declaración sobre mis voluntades, hecha o escrita precedentemente, en diversas ocasiones.

Espero y acogeré sencilla y alegremente la llegada de la hermana muerte según todas las circunstancias con las que le parezca bien al Señor enviármela.

Ante todo pido perdón al Padre de las misericordias *pro innumerabilibus peccatis, offensionibus et negligentibus meis* como tantas y tantas veces dije y repetí en el ofrecimiento de mi sacrificio cotidiano.

Para esta primera gracia del perdón de Jesús sobre todas mis culpas y de la introduc-

ción de mi alma en el bienaventurado y eterno Paraíso, me encomiendo a las plegarias sufragantes de cuantos me han seguido, conocido durante toda mi vida de sacerdote, de obispo, y de humildísimo e indigno siervo de los siervos de Dios.

A continuación me causa gran alegría en el corazón renovar íntegra y fervorosa mi profesión de fe católica, apostólica y romana. Entre las varias formas y símbolos con los que la fe suele expresarse, prefiero el *Credo* de la misa sacerdotal y pontifical, de una elevación más amplia y melodiosa, como en unión con la Iglesia universal de todo rito, de todo siglo, de toda región: desde el *Credo in unum Deum Patrem omnipotentem* al *Et vitam venturi saeculi*.

Io[annes] XXIII

El Rosario, bandera augural de paz en los corazones

¡Oh Rosario bendito de María; cuánta dulzura al verte sostenido por la mano de los inocentes, de los sacerdotes santos, de las almas puras, de los jóvenes y de los ancianos, de cuantos aprecian el valor y la eficacia de la oración, llevado por innumerables y piadosas multitudes como emblema y como bandera augural de paz en los corazones y de paz para todas las gentes humanas!

Decir paz en sentido humano y cristiano significa la penetración en las almas de aquel sentido de verdad, de justicia, de perfecta fraternidad entre las gentes, que disipa todo peligro de discordia, de confusión, que armoniza la voluntad de todos y de cada uno sobre las huellas de la doctrina evangélica, mediante la contemplación de los misterios de Jesús y de María, convertidos en algo familiar a la devoción universal: mediante el esfuerzo de cada alma, de todas las almas, hacia la práctica perfecta de la ley santa, que, regulando los secretos del corazón, rectifica las acciones de cada uno hacia el cumplimiento de la paz cristiana, delicia del vivir humano, gusto anticipado de los goces impercederos y eternos.

JUAN XXIII: exhortación apostólica *Il religioso convegno* (1961)



TESTAMENTO DE JUAN PABLO II

Testamento del 6.3.1979
(y añadidos sucesivos)
«*Totus tuus ego sum*»

En el nombre de la Santísima Trinidad.
Amén.

«Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor» (cf. Mateo 24, 42). Estas palabras me recuerdan la última llamada que llegará en el momento en el que quiera el Señor. Deseo seguirle y deseo que todo lo que forma parte de mi vida terrena me prepare para este momento. No sé cuándo llegará, pero al igual que todo, pongo también este momento en las manos de la Madre de mi Maestro: «*Totus tuus*». En estas mismas manos maternas dejo todo y a todos aquellos con los que me ha unido mi vida y mi vocación. En estas manos dejo sobre todo a la Iglesia, así como a mi nación y a toda la humanidad. Doy las gracias a todos. A todos les pido perdón. Pido también oraciones para que la misericordia de Dios se muestre más grande que mi debilidad e indignidad.

Durante los Ejercicios espirituales he releído el *testamento* del santo padre Pablo VI. Esta lectura me ha llevado a escribir este testamento.

No dejo tras de mí ninguna propiedad de la que sea necesario tomar disposiciones. Por lo que se refiere a las cosas de uso cotidiano que me servían, pido que se distribuyan como se considere oportuno. Que los apuntes personales sean quemados. Pido que vele sobre esto don Stanislaw, a quien agradezco su colaboración y ayuda tan larga a través de los años y por haber sido tan comprensivo. Todos los demás agradecimientos los dejo en el corazón ante Dios, pues es difícil expresarlos.

Por lo que se refiere al funeral, repito las mismas disposiciones que dejó el santo padre Pablo VI [*aquí hay una nota al margen: el sepulcro en la tierra, no en un sarcófago, 13.3.92*).

«*Apud Dominum misericordia
et copiosa apud Eum redemptio*»

Juan Pablo pp II

Roma, 6.III.1979

* * *

Tras la muerte, pido santas misas y oraciones

Ejercicios espirituales del Jubileo del año 2000
(12-18.III)

[para el testamento]

1. Cuando en el día 16 de octubre de 1978 el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el primado de Polonia, el cardenal Stefan Wyszyński, me dijo: «La tarea del nuevo Papa consistirá en introducir a la Iglesia en el tercer milenio». No sé si repito exactamente la misma frase, pero al menos éste era el sentido de lo que entonces escuché. Lo dijo el hombre que ha pasado a la historia como el primado del milenio. Un gran primado. Fui testigo de su misión, de su total entrega. De sus luchas: de su victoria. «La victoria, cuando llegue, será una victoria a través de María», solía repetir el primado del milenio estas palabras de su predecesor, el cardenal August Hlond.

De este modo, he sido preparado en cierto sentido para la tarea que el día 16 de octubre de 1978 se presentó ante mí. En el momento en el que escribo estas palabras, el Año jubilar de 2000, ya es una realidad en acto. La noche del 24 de diciembre de 1999, se abrió la simbólica puerta del Gran Jubileo en la basílica de San Pedro, después la de San Juan de Letrán y la de Santa María la Mayor —a final de año—, y el 19 de enero la puerta de la basílica de San Pablo Extramuros. Este último acontecimiento, a causa de su carácter ecuménico, ha quedado grabado en la memoria de manera particular.

2. A medida que avanza el Año Jubilar 2000, va quedando día a día a nuestras espaldas el siglo xx y se abre el siglo xxi. Según los designios de la Providencia, se me ha concedido vivir en el difícil siglo que está quedando en el pasado y ahora, en el año en que mi vida alcanza los ochenta años («*octogesima adveniens*»), es necesario preguntarse si no ha llegado *la hora de repetir con el bíblico Simeón: «Nunc dimittis»*.

En el día 13 de mayo de 1981, el día de atentado contra el Papa durante la audiencia general en la plaza de San Pedro, la divina Providencia me salvó milagrosamente de la muerte. El mismo único Señor de la vida y de

la muerte me ha prolongado esta vida, en cierto sentido me la ha vuelto a dar de nuevo. A partir de este momento le pertenece aún más a Él. Espero que me ayude a reconocer hasta cuándo tengo que continuar este servicio al que me llamó el día 16 de octubre de 1978. Le pido que me llame cuando Él mismo quiera. «Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos... del Señor somos» (Cf. Romanos 14, 8). Espero que hasta que pueda cumplir el servicio petrino en la Iglesia, la misericordia de Dios me dé las fuerzas necesarias para este servicio.

3. Como en todos los años, durante los Ejercicios espirituales he leído mi testamento del 6.III.1979. Sigo manteniendo las disposiciones que contiene. Lo que entonces, y durante los sucesivos Ejercicios espirituales se ha añadido, refleja la difícil y tensa situación general que ha marcado los años ochenta. Desde el otoño del año 1989, esta situación ha cambiado. La última década del siglo pasado ha quedado libre de las precedentes tensiones; esto no significa que no haya traído consigo nuevos problemas y dificultades. *Sea alabada la Providencia divina de manera particular* por el hecho de que el período de la así llamada «guerra fría» ha terminado *sin el violento conflicto nuclear*, peligro que se cernía sobre el mundo en el período precedente.

4. Al estar en el umbral del tercer milenio, «*in medio Ecclesiae*», deseo expresar una vez más *gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II*, al que junto con toda la Iglesia, y sobre todo con todo el episcopado, me siento en deuda. Estoy convencido de que durante mucho tiempo se les concederá a las nuevas generaciones recurrir a las riquezas que este concilio del siglo xx nos ha ofrecido. Como obispo que participó en el acontecimiento conciliar desde el primer hasta el último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos los que están y estarán llamados a realizarlo. Por mi parte, doy gracias al eterno Pastor que me ha permitido estar al servicio de esta grandísima causa en el transcurso de todos los años de mi pontificado.

«*In medio Ecclesiae*»... desde los primeros años del servicio episcopal –precisamente gracias al Concilio– se me ha permitido *experimentar la fraterna comunión del episcopado*. Como sacerdote de la archidiócesis de Cracovia, había experimentado lo que significaba la comunión fraterna del episcopado.

El Concilio ha abierto una nueva dimensión de esta experiencia.

5. ¡*Cuántas personas debería mencionar!* Probablemente el Señor Dios ha llamado a su presencia a la mayoría de ellas. Por lo que se refiere a quienes todavía se encuentran en esta parte, que las palabras de este testamento les recuerden, a todos y por doquier, allí donde se encuentren.

En los más de veinte años que desempeño el servicio petrino «*in medio Ecclesiae*», he experimentado la benevolente y particularmente fecunda colaboración de tantos cardenales, arzobispos, y obispos, de tantos sacerdotes, de tantas personas consagradas –hermanos y hermanas– y, por último, de muchísimas personas laicas, en el ambiente de la Curia, en el vicariato de la diócesis de Roma, así como fuera de estos ambientes.

¡Cómo no abrazar con un agradecido recuerdo a todos los episcopados del mundo, con los que me he encontrado en las visitas «*ad limina Apostolorum*»! ¡Cómo no recordar también a tantos hermanos cristianos, no católicos! ¡Y al rabino de Roma y a tantos representantes de las religiones no cristianas! ¡Y a quienes representan al mundo de la cultura, de la ciencia, de la política, de los medios de comunicación social!

6. A medida que se acerca el final de mi vida terrena, vuelvo con la memoria a los inicios, a mis padres, a mi hermano y a mi hermana (a la que no conocí, pues murió antes de mi nacimiento), a la parroquia de Wadowice, donde fui bautizado, a esa ciudad de mi amor, a mis coetáneos, compañeras y compañeros de la escuela, del bachillerato, de la universidad, hasta los tiempos de la ocupación, cuando trabajé como obrero, y después a la parroquia de Niegowic, a la de San Florián en Cracovia, a la pastoral de los universitarios, al ambiente... a todos los ambientes... a Cracovia y a Roma... a las personas que el Señor me ha confiado de manera especial.

A todos sólo les quiero decir una cosa: «Que Dios os dé la recompensa».

«*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*»

A.D.

17.III.2000

Mensaje de Su Santidad Juan XXIII con motivo de la consagración de la basílica del Valle de los Caídos

5 de junio de 1960

Un vivo y particular consuelo experimenta Nuestro corazón al sentirnos presente en espíritu entre los numerosos fieles congregados para las ceremonias de estos días en la grandiosa iglesia de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, que acaba de ser solemnemente consagrada y a la que, por el esplendor de su arte, por la dignidad de su culto y por la piedad de los numerosos peregrinos que con ritmo creciente la frecuentan, hemos querido honrar con el título de basílica. A cuantos en ella están reunidos y a todo el noble pueblo español deseamos llegue en estos momentos nuestra palabra de bendición.

Los anales gloriosos de España, los encantos de su paisaje, lo que de grande y elevado se ha forjado con su dolor en los años duros del pasado, se han dado cita en ese hermoso valle, bajo el signo de la paz y de concordia fraternas, a la sombra de esa cruz monumental que dirige al Cielo las oraciones de la fervorosa comunidad benedictina y de los devotos visitantes por la cristiana prosperidad de la nación, y que quedará como en alerta permanente para transmitir la antorcha de la fe y de las virtudes patrias a las generaciones venideras.

¡Cuánto nos complace en esta solemne circunstancia alentar a los católicos españoles en su empeño de conservar íntegro y puro su fecundo patrimonio espiritual! Testigo es la historia de que los altos ideales cristianos dieron cohesión e impulso a sus antepasados para las grandes empresas y de que, cuando decayeron tales ideales, se mermaron y debilitaron igualmente sus lazos de unión, poniéndose en peligro su límpida y heroica trayectoria secular.

Amamos a España, cuya pureza de costumbres, lo

mismo que sus bellezas y tesoros de arte, hemos podido admirar en los gratos viajes en los que hemos recorrido sus tierras. Por eso nos alegramos de que la España que llevó la fe a tantas naciones quiera hoy seguir trabajando para que el Evangelio ilumine los derroteros que marcan el rumbo actual de la vida, y para que el solar hispánico, que se ufana justamente de ser cuna de civilización cristiana y faro de expansión misionera, continúe y aun supere tales glorias, siendo fiel a las exigencias de la hora presente en la difusión y realización del mensaje social del cristianismo, sin cuyos principios y doctrina fácilmente se resquebraja el edificio de la convivencia humana.

Que tengan levantada siempre su mirada nuestros hijos amadísimos de España hacia las altas metas, con el espíritu grande que los caracteriza, seguros de que la obediencia a la ley de Dios atraerá la protección de la Providencia, que en el tejido de todo quehacer histórico guía a los individuos y a los pueblos, dóciles a la voz del Rey de Cielos y tierra, *in viam prosperitatis et pacis*.

Nuestra súplica confiada va en estos momentos a la Virgen Santísima, venerada con tanta devoción en España, la que en sus más significativas advocaciones tiene puesto de honor en ese santuario y a la que pedimos cobije bajo su manto las almas de cuantos en él duermen fraternamente unidos su último sueño. Que ella proteja a esa grande nación y a los que rigen su suerte. Con estos sentimientos y estos votos gustosamente te damos a ti, querido hijo, con el venerable episcopado de ese católico país, a su Jefe de Estado y Gobierno, con todo el amadísimo pueblo español, una particular bendición apostólica.

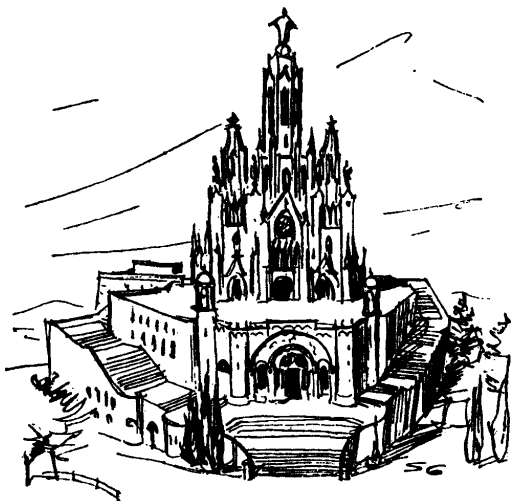
Las leyes eternas son el fundamento de la vida civil

Que los hombres responsables del destino así de las grandes como de las pequeñas naciones, cuyos derechos y cuyas inmensas riquezas espirituales deben ser escrupulosamente conservados intactos, sepan valorar cuidadosamente su grave tarea en la hora presente. Rogamos, pues, al Señor para que ellos se esfuercen por conocer a fondo las causas que originan las pugnas y con buena voluntad las superen: sobre todo, valoren el triste balance de ruinas y de daños de los conflictos armados —¡que el Señor mantenga lejos!— y no pongan en ellos esperanza alguna; ajusten la legislación civil y social a las necesidades reales de los hombres, sin olvidarse en ello de las leyes eternas que provienen de Dios y son el fundamento y el quicio de la misma vida civil; no olviden asimismo el destino ultraterreno de cada una de las almas, creadas por Dios para alcanzarle y gozarle un día.

JUAN XXIII: encíclica *Grata recordatio* (1959)

Breve pontificio «In colle» de Su Santidad Juan XXIII con el que concedía el título de Basílica Menor al templo del Tibidabo de Barcelona

29 de septiembre de 1961



En la hermosa montaña del Tibidabo, que como alcázar y fortaleza de auténtica piedad se levanta sobre Barcelona, en España, se están desarrollando durante estos días tales y tantos acontecimientos que, sin duda alguna, a todo aquel que con atención siguiere el curso de la fe cristiana, parecerán emanados de una providencial disposición de Dios.

A nos que, en el cumplimiento de nuestros sagrados deberes, seguimos con ojo atento todos los acontecimientos de la Cristiandad, no pueden pasar inadvertidas estas festividades. Consideramos, pues, como cosa nueva y oportunísima ese congreso internacional que específicamente aspira a obtener que el Corazón sacratísimo de Jesús sea honrado con piedad insigne y con el honor que se merece.

Plácenos también subrayar los otros acontecimientos relacionados, por así decir, con esta loable iniciativa, cuales son la dedicación del templo en honor del mismo sacratísimo Corazón y la colocación de la estatua de bronce de Cristo sobre la cúspide. Y por añadidura, será la fiesta de nuestro Señor Jesucristo Rey, en el último domingo de octubre, la que ponga a todo ello un broche de magnificencia.

Del mismo modo que desde la cumbre se ofrece a los ojos la hermosa vista del mar Mediterráneo, así también, ante tan singulares acontecimientos, conviene tener presentes aquellas palabras de san Juan Bosco en las que hay cierta razón y fuerza de presentimiento. Solía decir, en efecto, que el templo del Tibidabo estaba destinado a dar muchísima gloria y honra a Dios y a poner de manifiesto la tradicional fe del pueblo español.

Ni podemos tampoco olvidar que los promotores

del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Madrid en el año 1911 con frase feliz llamaron a aquel templo, cuyas obras se iniciaban y estaban bien lejos de su terminación, templo nacional expiatorio, y lo destinaron a reparar por los crímenes y pecados de la humanidad.

Y así sucedió que, por más de cincuenta años, y por obra y celo de los miembros de la Congregación salesiana, se desarrollaron maravillosamente en él la piedad y el culto hacia el sacratísimo Corazón, y desde allí se difundieron ampliamente.

A nuestra mente acude también, y ojalá nos fuera dado abrazarla dulcemente, aquella guirnalda de niños inocentes que, como delegados de todas las regiones de España, imploran el perdón de Dios «por los delitos y pecados del pueblo». Y, como haciendo eco a sus voces, responden las súplicas y oraciones de los fieles que en espíritu de penitencia suben a aquel sagrado lugar.

Es, pues, manifiesto que, por justas y oportunas razones que nos de buen grado apoyamos, ese templo eximio en piedad y arte debe ser honrado con singulares prerrogativas. Nos es, por tanto, gratísimo acoger el deseo expresado por el venerable hermano Gregorio Modrego Casaus, arzobispo-obispo de Barcelona, y, después de consultar a la Sagrada Congregación de Ritos, con claro conocimiento y madura deliberación, en ejercicio de la plenitud de la potestad nuestra y apostólica, en fuerza de estas presentes letras, y a perpetuidad, **DISTINGUIMOS Y HONRAMOS EL TEMPLO DEL TIBIDABO**, situado en la diócesis de Barcelona, con el título y dignidad de **BASÍLICA MENOR**, concediéndole todos los privilegios que legítimamente corresponden a los templos enriquecidos con tal dignidad.

Sin que nada obste en contrario, promulgamos y establecemos que estas letras queden y permanezcan firmes, válidas y eficaces para siempre; y que surtan y obtengan sus efectos plena e íntegramente; y que aquellos a quienes concierne o pudiere concernir, ahora y en el futuro, hagan por darle feliz cumplimiento, debiéndose así legítimamente fallar y definir; y sea tenido como inválido y sin efecto desde ahora cuanto contra ellas cualquier autoridad osase atentar, consciente o inconscientemente.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el Anillo del Pescador, a los 29 días del mes de septiembre, en el año 1961, tercero de nuestro pontificado.

La Virgen María canta la infancia espiritual

ENRIQUE MARTÍNEZ

Proclama mi alma la grandeza del Señor

EN el *Magnificat* la Santísima Virgen María nos relata «la historia de un alma», la suya, llena de gracia, humilde, escogida por Dios para ser Madre de su Hijo: «Proclama *mi alma* la grandeza del Señor» (Lc 1, 46). El Evangelio es siempre la historia de un alma, de quien descubre que Dios lo mira, de un encuentro personal que se convierte en Buena Noticia. También la Virgen María percibió la mirada de Dios: «*Ha mirado* la humildad de su esclava» (Lc 1, 48).

Generación tras generación Cristo se ha hecho encontradizo con los hombres; ahí comienza la *historia de un alma* de cada uno de los santos. También santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz experimentó ese encuentro, esa mirada, que tuvo lugar el día de su primera comunión, a la edad de once años: «¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! ¡Sí, fue un beso de amor! Sentíame amada y repetía a mi vez: ¡Os amo, me entrego a Vos para siempre! Jesús no me pidió nada, no exigió de mí ningún sacrificio. Hacía ya mucho tiempo que Él y Teresita se habían mirado y comprendido; aquel día no pudo llamarse nuestro encuentro simple mirada, sino verdadera fusión» (Ms A, IV).

En el origen de la creación del mundo y del hombre está el amor de Dios, que quiere comunicar su Bondad, y ponernos ante su mirada amorosa: «Nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (Ef 1, 4). La respuesta que se nos pide, pues, no es otra que el amor (cf. Dt 6,5). «*Inmolad a Dios sacrificios de alabanza y de acción de gracias*. He aquí lo que Dios exige de nosotros —explica santa Teresita—. No tiene necesidad de nuestras obras, sino tan sólo de nuestro amor. Este mismo Dios, que reconoce que no tiene necesidad de decirnos que tiene hambre, no teme *mendigar* un poco de agua a la Samaritana. Tenía sed, pero, al decir: *Dame de beber*, era el amor de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor» (Ms B, IX).

Este amor al Creador del universo lo expresa el alma mediante *sacrificios de alabanza y de acción de gracias*. Es el acto propio de la virtud de la religión, por la que se tributa a Dios el culto que le es debido, con una actitud de respeto, adoración, reconocimiento religioso de la omnipotencia de Dios:

«Proclama mi alma *la grandeza del Señor*». Pero tras la mirada íntima de Dios, que en Cristo se revela como Padre, se transfigura en un nuevo modo de amor: «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15). Por eso la respuesta de amor no se limita a la adoración del Creador y Señor de todas las cosas, sino al amor con Cristo, íntimo y cordial: «El amor llama al amor; por eso, Jesús mío, mi amor se lanza hacia vos, quisiera llenar el abismo que le atrae, pero, ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano... Para amaros como vos me amáis, necesito pedir os prestado vuestro propio amor. Sólo así hallo el reposo» (Ms C, XI). La infancia espiritual es un camino de amor íntimo y cordial. Es el amor que siente la Virgen María al sentir en sus mismas entrañas, antes que ningún otro, los latidos del Corazón de Cristo, exclamando con inmenso gozo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor».

Ha mirado la humildad de su esclava

ANTE la grandeza de Dios, Creador del universo, el alma se reconoce pequeña en su condición de criatura; y más aún cuando es ante la grandeza del amor de Dios Padre, que envió a su propio Hijo para redimirla del pecado (cf. Jn 3, 16). El pecado es en su origen soberbia de querer ser como Dios; por eso la Redención se obra por medio de la humildad del Hijo, obediente por amor a la voluntad del Padre. Es la enseñanza de san Pablo: «Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2,5-8). Por eso afirma santo Tomás que «la humildad es el cimiento de la vida espiritual (...) en cuanto que elimina la soberbia» (S.Th II-II, 161, 5 ad 2). La vida del que ama a Dios va así inseparablemente unida a la humildad, como canta María: «Porque ha mirado *la humildad de su esclava*» (Lc 1, 48); pero no como si hubiera un abismo entre la grandeza divina y la pequeñez humana, sino sabiéndose ante la mirada de Dios que lo conoce tal cual es y lo ama: «*Ha mirado* la humildad de su esclava».

La infancia espiritual encuentra así en la humildad una de sus notas características, y consiste en reconocerse pequeño, esto es, ser consciente de la



propia debilidad y fragilidad: «Ahora ya no me sorprende de nada. No siento pena alguna al ver que soy la *debilidad* misma, al contrario, me glorío de ello, y cuento con descubrir en mí cada día nuevas imperfecciones» (Ms C, X). Pero es una pequeñez experimentada ante la mirada paterna de Dios, como se siente el niño ante su padre: «No he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganarme la vida: la vida eterna del Cielo. Permanezco, pues, ‘pequeñita’, sin otra ocupación que la de coger flores, las flores del amor y del sacrificio, a fin de ofrecerlas a Dios para complacerle» (NV 6.08.1897). Es una humildad que arroja del corazón los deseos de soberbia y vanagloria, y mueve por ello al alma de Teresa a desear pasar desapercibida; tal es el sentido de su devoción a la Santa Faz: «Estas palabras de Isaías *Está sin brillo, sin belleza; su rostro está oculto y nadie le ha reconocido*, han sido el fondo de mi devoción a la Santa Faz, o, mejor dicho, el fondo de toda mi piedad. También yo deseaba estar sin brillo, sola en pisar el vino en el lagar, desconocida de toda criatura» (*Proceso apostólico*, 580). Y vio cumplidos sus deseos en su pe-

regriñar en esta vida: «Lo que particularmente me ha impresionado en la vida de la sierva de Dios ha sido su humildad y su modestia. Ha sabido pasar inadvertida y mantener ocultas las gracias y los dones de Dios, que muchos, como yo, no han conocido sino hasta después de su muerte» (*Proceso apostólico*, 1264). Por eso Teresa hace suyo el *Magnificat* de la que se alegra en su pequeñez: «Soy demasiado pequeña para sentir vanidad, soy demasiado pequeña también para hacer frases bonitas con el fin de hacerle creer que tengo una gran humildad. Prefiero reconocer con toda sencillez que el Todopoderoso ha obrado grandes cosas en el alma de la hija de su divina Madre; y la más grande de todas es precisamente haberle dado a conocer su pequeñez y su impotencia» (Ms C, X).

Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador

CUANDO la humildad se ve iluminada por el amor da como fruto la confianza. El humilde que se sabe amado de Dios puede confiar su pequeñez en la grandeza divina, puede confiar su debilidad en la fuerza divina; puede, en definitiva, confiar su pecado en la misericordia divina. Y esta confianza llena el corazón humilde de alegría. Ésta, ciertamente, «es causada por la presencia del bien amado» (S.Th II-II, 28, 1 c), como enseña santo Tomás, mas el que confía firmemente en la fuerza de Dios sabe que Él le concederá todo aquello que no puede su debilidad: «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Fil 4,13). Por eso canta la Virgen María cómo Dios sacia a quien confía en Él: «Dispersa a los soberbios de corazón, derroca del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos despidе vacíos» (Lc 1,51-53). Y de ahí que pueda exclamar con gozo al saber que Dios ha colmado sus deseos: «Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador» (Lc 1, 47). Qué lejos de la virtud cristiana está el anonadamiento encerrado en sí mismo y ajeno a la mirada de Dios, desesperanzado al no contemplar otra cosa que la propia miseria, sumido en la tristeza al ver perdido todo bien.

El camino de la infancia espiritual conduce, en efecto, a la confianza y la alegría de espíritu: amar a Dios, reconocer la propia pequeñez y confiar en la misericordia divina; tal debe ser el caminar del alma pequeña que aspira a la santidad: «Ser pequeñuelo –nos dice Teresa– es reconocer la propia nada, esperar todo de Dios, como un niño pequeño lo espera todo de su padre» (NV 6.08.1897). Qué páginas tan hermosas nos ha dejado la santa de Lisieux acerca de la confianza filial, como por ejemplo estas palabras: «Jesús se complace en mostrar-

me el único camino que conduce a esta divina hoguera. Este camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... *Si alguno es pequeño, que venga a mí*, dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón» (Ms B, IX). Por esta confianza filial el alma no se desanima al comprobar sus faltas: «Ser pequeño (...) es no desalentarse por las faltas, porque los niños caen con frecuencia, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño» (NV 6.08.1897). Por esta confianza filial el alma despliega sus velas y aspira sin temor hacia la santidad más elevada: «¡Oh, Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame que te diga que tu amor llega hasta la locura!... ¿Cómo quieres que ante esta locura mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo habría de tener límites mi confianza? ... Mi locura consiste en suplicar a las águilas, mis hermanas, que me obtengan la gracia de volar hacia el Sol de amor con las propias alas del Águila divina» (Ms B, IX). Es precisamente esta confianza absoluta en la fuerza del amor de Dios la que hace exclamar a la que iba a ser asunta al Cielo en cuerpo y alma: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48).

Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación

MAS la Virgen María fue consciente de que la elección divina trascendía su persona, y que si la había llenado de gracia era para que ésta desbordara en los hombres. Por eso tras exclamar en el *Magnificat* que «el Poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lc 1,49), no duda en afirmar que «su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc 1,50). Efectivamente, el amor de Dios no es para guardárselo, sino para comunicarlo, para difundirlo, pues «el bien es difusivo de sí» (S.Th. I, 5, 4 ad 2). Además, la misericordia de Dios no se agota nunca: Dios, «rico en misericordia» (Ef 2,4), siempre sigue perdonando, salvando, «de generación en generación».

Y lo hace de manera particular en la nuestra, mostrando por mediación de santa Teresita su rostro misericordioso y haciendo que la santidad sea accesible a todos. Por ello el papa san Pío X dijo de ella que era «la santa más grande de los tiempos modernos». Esa es su misión: enseñar el camino de la infancia espiritual, primero a sus novicias y luego a todos los hombres: «Presiento que mi misión va a comenzar: mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de dar a las almas mi caminito. Si Dios escucha mis deseos, pasaré mi cielo en la tierra hasta

el fin del mundo. Sí, quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra» (*Cuaderno amarillo* 17.7.1). Por esta razón san Juan Pablo II la asoció en 1997 a los otros grandes maestros en la fe, como san Agustín y santo Tomás, declarándola doctora de la Iglesia. El camino de infancia espiritual pertenece, de este modo, a la economía de la dispensación de la misericordia divina en la historia, que nos llega siempre por la maternidad de María.

Auxilia a Israel, su siervo

ESTA misericordia de Dios acoge al pecador como hijo suyo, lo viste de gala y lo introduce en su casa en donde celebra un banquete (cf. Lc 15,11-32); pues esta casa es su Iglesia, el nuevo Israel, y por eso exclama la excelsa hija de Sión: «Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres a favor de Abraham y su descendencia por siempre» (Lc 1,54-55).

Santa Teresa de Lisieux también sintió su misión en el seno del Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia: ser su corazón por el amor. Éste es el inolvidable texto en el que relata el descubrimiento de su vocación: «Entonces, en el exceso de mi alegría exclamé: ¡Oh, Jesús, Amor mío!... Por fin, he encontrado mi vocación, ¡mi vocación es el AMOR!... Sí, he encontrado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡Oh, Dios mío!, tú mismo me lo has dado... ¡¡¡En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el AMOR!!! De esta forma lo seré todo; así mi sueño se verá realizado» (Ms B, IX). Esta vocación eclesial de Teresa está íntimamente unida a su magisterio, a su enseñanza del camino de infancia espiritual, pues por éste nos enseña a amar: «Amar, ser amada y volver a la tierra para hacer amar al Amor» (*Dichos a Celina*, julio de 1897).

La Iglesia está llamada a vivir, y en particular en nuestra generación, el amor misericordioso de Dios tal y como nos lo enseña santa Teresa del Niño Jesús por medio del camino de la infancia espiritual; esto es, con la confianza en su misericordia y el gozo que de ésta se deriva, en la espera del cumplimiento de las promesas mesiánicas, del Reino de Cristo. El pesimismo desesperanzado y la tristeza melancólica deben ser desterrados del corazón de la Iglesia.

Hoy, más que nunca, Dios «auxilia a Israel, su siervo». Y lo hace por medio de la que es Madre de la Iglesia, por ser primero Madre de Dios: «He ahí a tu Madre», nos señala hoy quien iba a dejar en la cruz plenamente abierto su Corazón misericordioso.

La devoción a María preside el renacimiento de Cataluña

Sermón de Josep Torras i Bages en el monasterio de Ripoll con motivo de la «Corona poética» a la Reina de Cataluña cristiana

(15 de septiembre de 1895)

Ego, Mater pulchrae dilectionis,
«Yo, Madre del Amor Hermoso» (Ecl 24,24)

Excelentísimo e Ilustrísimo Sr,¹
Excelentísimo Sr,²
Queridos hermanos

La inmutabilidad y la actividad son los atributos que mejor manifiestan la naturaleza y esencia de Dios. Dios es siempre el mismo y nunca cambia; y, sin embargo, Él es el principio de todo movimiento y de la renovación continua de las cosas del mundo (Sb 7,27). Por ello el conocimiento de la Sabiduría eterna nos hace comprender, dice el Espíritu Santo, el principio, el medio y el fin de los tiempos y de las mudanzas y revoluciones de los tiempos; pues entonces el Autor de todas estas cosas es el mismo Maestro quien las enseña (Sb 7,18 y 21), y nos instruye sobre las mutaciones y variaciones de los tiempos y todas todas las cosas, por diferentes que sean entre sí, vienen a tocarse y unirse con el que es el Principio eterno de todo lo existente, Dios nuestro Señor.

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob es el Dios de Wifredo, de Tallaferro, de Oliva y los Berenguers, cuyos huesos hace ya siglos que yacen aquí. Mil años ante Dios son como el día de ayer, que ya pasó; y entre aquellos condes y obispos, guerreros y monjes que se reunieron en este lugar para proceder a la reconquista de la tierra y rogaban a la Virgen para obtenerla, y los sacerdotes, jurisconsultos, gente científica, artistas y hombres de diferentes estamentos que se han juntado en un mismo espíritu, bajo la bendición de la Virgen María, tomando por bandera esta devota imagen, para trabajar en la reconstrucción de Cataluña; entre unos y otros hay, digo, la comunidad de un gran principio: que los hombres, en los desastres y las ruinas de una gran invasión guerrera que ha desmenuzado la sociedad, lo mismo que en los desfallecimientos públicos que provienen de las desgracias de la política, de la disolu-

ción social que lleva la alteración de las ideas y de las flaquezas de los vicios, si quieren reconstruir el pueblo, deben acudir a Dios, autor y restaurador de la sociedad humana, y que los pueblos creyentes deben buscar la protección de aquella que, por boca de la Iglesia, es llamada Auxilio de los Cristianos.

El siglo IX, en que se construyó esta basílica, y el siglo XIX, en que ha sido reconstruida, son, en cierto sentido, una misma cosa, porque los hombres, aunque estén a siglos de distancia los unos de los otros, tienen una misma naturaleza; y la verdad es siempre la reina de la humanidad, por lo que la Virgen María, que engendró en su vientre la Verdad eterna y la dio a los hombres, es el trono de la sabiduría, quien debe gobernar el mundo; y, *así como en el siglo IX la Virgen fue la benéfica Madre quien daba el calor vital en la Cataluña naciente, así también en el siglo XIX debe ser la que infunda el espíritu de vida en la Cataluña renaciente.* Y he aquí indicada la materia de que os voy a sermonear. – *Ave, María.*

I

El panteísmo humanitario, última moda de la impiedad y del que querían hacer como la religión final de la sociedad humana, no es más que la deformación, como suele suceder en todas las herejías, de un dogma católico. Ese organismo viviente, sujeto a leyes necesarias y poseyendo una vida propia y progresiva, es una alteración de la admirable doctrina del apóstol san Pablo cuando enseña que toda la humanidad, sobrenaturalizada por la fe y la gracia, es un solo Cuerpo Místico, siendo su cabeza la divina persona de nuestro Señor Jesucristo. La Madre que engendra el cuerpo real, la carne del Redentor, es la misma que engendró su Cuerpo Místico. En efecto, los doctores eclesiásticos reconocen que cuando, al efectuarse en el Calvario el misterio de nuestra redención, Jesucristo dijo a su Madre aquellas palabras: «He aquí a tu Hijo», en la persona de san Juan, a quien directamente se referían, designaba todo el linaje; y la tradición nos muestra a la Virgen María ejerciendo una autoridad especial y eficacísima en la

1. Sr. obispo de Vic, Dr. D. Josep Morgades i Gili, restaurador de la Basílica.

2. Sr. Capitán General del Principado de Cataluña, D. Valeriano Weyler, representante de S.M. la Reina Regente.

Iglesia primitiva. En la casa de Nazaret, lo mismo que en la Iglesia de Jerusalén, María no era el jefe; la Providencia había designado para ejercer la autoridad, en uno y otro caso, a san José y a san Pedro; mas, sin embargo, María Santísima poseía la plenitud de la influencia y de la gracia, y era como la maestra y doctora de las cosas divinas. San Juan Evangelista la tuvo en su casa (Jn 19,27), y, por consiguiente, hemos de pensar que ella fue el testigo más fiel de los misterios y de la doctrina de su Hijo. San Lucas (Lc 2,19) refiere que María conservaba en su corazón las palabras del divino Maestro y que las meditaba; y el venerable Beda dice³ que los misterios de la Encarnación, los evangelistas los aprendieron de esta celestial Señora, ya que ella fue testigo cualificado y parte esencial en la misma, lo cual constituye una de las fuentes más interesantes de la revelación, maestra de la fe y oráculo de la Iglesia primitiva.

Por eso, cuando contemplamos las más venerables iglesias antiguas, vemos siempre la maternal sombra de María. Célebre es la devoción que las Iglesias orientales le profesaron; magnífica la liturgia con que expresaban sus filiales sentimientos los cristianos de aquellos pueblos; y la Iglesia de Éfeso, que reconoce en san Juan su apóstol y doctor, se distinguió, como no podía ser menos, en el entusiasmo fervoroso hacia la Virgen. Considerando ahora las iglesias de estas tierras de Occidente, en España encontramos la autorizada tradición de la venida de la Virgen en carne mortal a las riberas del Ebro, a fin de animar a los discípulos de Santiago, nuestro apóstol nacional, para predicar el Evangelio a nuestros antepasados. La Iglesia de las Galias muestra también desde sus orígenes una devoción especial a la Madre de Jesucristo, pues Dionisio Areopagita, quien había, al parecer, tratado personalmente con María, de la que dice cosas admirables, fue el obispo más famoso de la Iglesia de París, la cual hasta hoy, para dar como un testimonio perenne de su devoción, se llama de *Nuestra Señora*. En cuanto a la Iglesia romana, cabeza de todas las de la Cristiandad, su amor a María es suficientemente conocido. Fundada por Príncipe de los Apóstoles, ha tenido, desde la más remota antigüedad, imágenes de origen misterioso, que se han considerado auténticas, de la Virgen María, en honor de la cual edificaron suntuosos templos.

La Providencia divina quiso borrar lo antiguo y formar nuevos pueblos, y en las confusiones, tinieblas y nubes, en las guerras de costumbres y de principios opuestos, entre la mezcla de elementos que debía producir el nuevo estado social, una herejía venida de Oriente amenazaba corromper toda la masa; cuando, levantándose los hijos del glorioso santo Do-

mingo, escudados con la protección de María y armados de su rosario, como es buen testigo el Pirineo, destruyeron los errores metafísicos y sobrenaturales de una secta que hasta hoy, después de tantos siglos, vemos reaparecer en la civilizada Europa, demostrando una vivacidad espantosa. Entre las gloriosas figuras de ese cuadro histórico tan interesante, como fautores de gran eficacia, representando un espiritualismo de alta potencia, descubrimos los hijos del seráfico san Francisco, quien, como heraldos de las más altas prerrogativas de María, cooperan en la transformación social bajo la protección de aquella celestial Señora. Fijándonos en la historia civil, vemos exactamente el mismo hecho. Nuestros hermanos de Castilla dicen que Covadonga fue la cuna de su pueblo; los catalanes decimos que nuestro lo es Ripoll; siempre al lado de la cuna está la madre, y por ello son estos lugares venerables Santa María de Covadonga y Santa María de Ripoll. Pero, considerando especialmente la historia patria, vemos cómo la devoción a María no se interrumpe en Wifredo, fundador al mismo tiempo del pueblo catalán y de la basílica ripollesa, sino que continúa fervorosa en sus sucesores, y se presenta magnífica en el Rey admirable quien lleva la gente y la lengua catalana hasta los confines de Andalucía y a la *Dorada Isla*. Muchos de vosotros habréis leído conmovidos explicación que el ilustre Conquistador hace de sus entradas triunfantes en las ciudades que tomaba a los sarracenos, cuidando ante todo dedicarse a la Virgen María la principal iglesia, y como el real cronista refiere el fervor con que oía cantar la Misa *Salve, santa Parens*, por él dispuesta, añadiendo con ingenua sublimidad: *E nos llorábamos*.

Nunca la sociedad cristiana puede estar enteramente segura, y por eso siempre necesita la protección de María. Cuando nuestra civilización estuvo amenazada y a punto de quedar destruida por la formidable potencia de los turcos, el poder de María se manifestó en las aguas de Lepanto; y hoy, fiesta del Santísimo Nombre de María, no se puede dejar de hacer memoria de la victoria obtenida cerca de Viena sobre aquel ejercido que parecía iba a destruir, no sólo el Imperio, sino también las otras naciones. El instinto de los pueblos y la autoridad de la Iglesia han aclamado a María como Salvadora de la civilización en aquellos peligrosos tránsitos. Dentro de los pueblos cristianos hay ciertos organismos, nacidos por influencia divina de la sustancia del pueblo, que tienen una gran importancia en la historia del espíritu: es decir, las órdenes religiosas, que han formado la sociedad de Europa. Son el pueblo cristiano por excelencia, porque profesan la práctica de la perfección evangélica. Pues María es también la Madre que ha formado estos pueblos elegidos: el orden monacal, universalmente reconocida como protectora de la civilización, arca que salva los tesoros de la ilustra-

3. Hom. Brev. Rom. In festi. C.M.



Mosaico que preside el altar central del monasterio de Santa María de Ripoll, donativo del papa León XIII

ción antigua, difundiéndola después por todo el pueblo, vivió abrigada bajo el manto maternal de María, de lo cual son indestructible testigo, en Cataluña, los que fueron núcleos que irradiaba la vida social y religiosa sobre nuestro pueblo, Santa María de Ripoll, Santa María de Montserrat, Santa María de Poblet, Santa María de Santes Creus... santo Domingo y san Francisco son hijos predilectos de María; y cuando, al llegar la Edad Moderna, Lutero, se subleva contra la autoridad espiritual de la Iglesia, desgarrando diferentes miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, la Providencia divina suscita al heroico soldado que, viniendo de los valles de Vasconia a Cataluña, vela las armas de su espiritual milicia a los pies de la Virgen de Montserrat, y ella le dictó el código de estrategia sobrenatural, el libro de los *Ejercicios*, que el fundador y sus discípulos debían usar en diferentes combates. Decretó Dios que se multiplicaran las clases populares, y entonces el Espíritu Santo, que rige

la Iglesia y satisface todas las nuevas necesidades que se presentan, quiso que se multiplicase y generalizase la instrucción literaria entre la gente, evocando a un hombre pirenaico, el bienaventurado José de Calasanz, que por la instrucción de los muchachos instituyó la orden que significativamente llama de Clérigos Pobres de la Madre de Dios.

[...]

III

Tal vez diréis que la devoción a la Virgen María pudo hacer un pueblo allí en el inicio de la civilización, tratándose de pueblos niños; pero que en los pueblos adultos, y quizás hasta caducos, esta influencia será nula. Y, sin embargo, es cierto que el pueblo catalán debe volver a nacer, y el instinto público lo reconoce cuando habla de renacimiento. El pueblo de Israel se alborotaba cuando oía al Mesías quien decía a los que le seguían que si querían entrar en su reino debían volver a nacer (Jn 3,5), y la gente exclamaba: «¿Como un hombre viejo podrá volver a nacer?» (Jn 3,4) y sin embargo, el divino Maestro se reafirmaba en su sentencia, y en otro lugar repetía: «Si no os volvéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos.» (Mt 18,7). Y esta sentencia de la sabiduría eterna lo mismo se aplica a los pueblos que a los individuos, al orden natural que al orden sobrenatural. La perfección de la vida requiere el conservar ciertas cualidades propias de la infancia y la juventud. Ojalá que a los viejos pueblos de Europa se les pudiera quitar años de encima, que los hombres de Estado que los gobiernan no tendrían tantas dificultades! *Cuando un hombre se cree gran hombre está perdido y deja de ser grande; cuando un pueblo se enorgullece se encuentra a punto de caer en el abismo de las ignominias y de la decadencia, como lo vemos en tantas ciudades que cayeron a los empujones de la soberbia. La humildad es una virtud que crece espontáneamente en la infancia y generalmente en la juventud.* La Virgen María hace consistir el origen de su grandeza en su profunda humildad. «Porque Dios mira la humildad de su esclava, dice, todos los pueblos me llamarán bienaventurada.» (Lc 1,48). En el orden natural de las cosas vemos evidentemente cumplida esta ley de la revelación cristiana, pues sólo obtiene la perfección si se conservan ciertas cualidades de la edad primera. En las manifestaciones del genio humano exigimos siempre la ingenuidad de la expresión, la fuerza y la pureza de vida. Es decir: quien quiere entrar en el reino de la perfección ha de conservar incorruptas ciertas cualidades de la naturaleza. Por eso vemos que los pueblos viejos buscan y estudian el arte de los pueblos jóvenes, que no han sufrido el agotamiento de la civilización; estudiamos la poesía y la música populares, porque su

ingenuidad y naturalidad nos complacen, y hasta dichas cualidades son indispensables para que resulten agradables la pintura, la arquitectura y todas las otras manifestaciones del genio de los hombres. El mismo sistema político no puede renunciar a aquellas excelencias; el gobierno patriarcal es el gobierno óptimo, y así observamos, hasta cuando los pueblos están ya en la plenitud de la civilización y de los avances materiales, que los sistemas políticos menos artificiosos, más naturales, son también los más sobresalientes; y la Santa Madre Iglesia parece demostrar una cariñosa preferencia por el sistema regional, porque conserva como un rayo de aquella luz que ilumina el inicio de los pueblos nacientes. Luz que es de origen divino, porque nunca se muestra más visiblemente la intervención de Dios en el mundo que en el nacimiento y en la muerte tanto de los hombres como de los pueblos; también el sol manifiesta más sus magnificencias cuando sale y cuando se pone.

Esta luz misteriosa y divina que ilumina los principios de nuestro pueblo nosotros la queremos perpetuar. Entre la donación que hace más de ochocientos años hizo en Santa María de Ripoll el conde Berenguer el Viejo, de un olivar de Camarasa, para que hasta el fin de los siglos fuera iluminada la imagen de María,⁴ y la oferta que a esta celestial Señora presentáis hoy vos, venerable Prelado, caudillo espiritual de la restauración catalana, de una Corona poética, hay una conexión íntima y profundísima. Quemamos delante del altar las lámparas de aceite por donativo de los cristianos, porque son como la confirmación de la fe de los oferentes. La luz de la vela es la luz de la fe. La luz de la poesía contenida en este *Álbum* es la luz cristiana que ha de iluminar la reconstrucción de nuestra patria. La religión es el cemento con que se construyen las naciones fuertes, el enlace que une entre sí las piedras fundamentales del edificio de la patria. Nunca se ha fundado ningún pueblo sobre la filosofía; al revés, a menudo ésta es un principio disolvente que deshace los pueblos y diluye la sociedad; por eso nosotros hemos de tener en cuenta que, engañados por la Ilustración, los estudios sociológicos, por las pretensiones de los nuevos sistemas políticos, es decir, creyéndonos sabios, no queramos poner la mano sobre la sustancia de nuestro pueblo. Dios es el autor y el restaurador de los pueblos. Las grandes legislaciones y constituciones no son obras de los hombres, no son fruto de refinamientos científicos, sino que han aparecido bajo el influjo de la creencia que animaba la vida popular. Sus discretos legisladores no han sido sabios, desde los antiguos hasta los que formaron la constitución política de los países norteamericanos. Los sabios son buenos para disputar, los filósofos para ponerlo todo en tela de juicio; Dios únicamente, valiéndose de

hombres casi siempre sin letras, como lo vemos con los fundadores de Cataluña, los huesos de los cuales reposan en esta basílica, que apenas si sabían leer, Dios solamente, repito, es el que edifica los pueblos. Qué lección dan aquellos antiguos pastores de pueblos, guiados solamente por la fe, a los modernos hombres de Estado, a los que la sociedad se les deshace entre las manos, a pesar de todos los refinamientos científicos!

Cuando Jesucristo, Hijo de Dios, manda a los Apóstoles a fundar un pueblo que se debía extender por toda la tierra y durar hasta el fin de los siglos, no les da ningún libro; les da su Espíritu, que era el que les había de enseñar la verdad. No fue la Ley escrita la que hacía respetable nuestra patria, sino las discretas y honestas costumbres, las firmes creencias y el amor social que ligaba estrechamente entre sí los diferentes organismos de la comunidad; tenían los catalanes una ley grabada muy fuertemente en el corazón. La obra maestra de Jesucristo, nos enseña la sagrada teología, que no fue el promulgar una nueva legislación, sino el advenimiento de un nuevo Espíritu, del Espíritu Santo, que Él envía a difundirse por sobre la tierra; la Iglesia misma podemos decir que no existió hasta que vino el Espíritu Santo, vínculo que une por medio del amor, no sólo a las Personas de la naturaleza divina, sino también a todos los hombres que creen y practican la doctrina de Jesucristo. El cristianismo, más que un sistema legislativo, es la permanencia en la tierra del Espíritu de Dios, sirviéndole de instrumento visible la Santa Madre Iglesia. Por eso el cristianismo es eterno. Las mismas leyes de la Iglesia, de la sociedad cristiana, envejecen y mueren y son derogadas; pero este Espíritu es siempre nuevo, porque es eterno; sirve para todas las épocas de la historia, y de Él, como de una raíz misteriosa, salen las nuevas leyes que deben regir la sociedad, los hombres, en el largo viaje hacia la eternidad. Así también nosotros, todos los que nos hemos creído llamados a la reconstrucción de nuestro querido pueblo, hemos de trabajar principalmente en desarrollar su espíritu. Pedimos a Dios que nos envíe el Espíritu Santo, que todo lo crea y todo lo renueva. Aunque de Cataluña no quedaran más que los huesos, ella volvería a florecer. Ezequiel (cap. 37) vivía en época de gran desolación de su pueblo, y en profética visión se le presenta éste como un campo lleno de huesos secos y esparcidos; sin embargo, él sabía que Israel había de reaparecer como un pueblo sempiterno, el pueblo de la nueva ley; por eso llama al Espíritu y los huesos se juntan, los nervios y la carne se extienden sobre ellos y aparece la vida con toda su plenitud. Llamamos también nosotros al Espíritu para que venga por los cuatro vientos, y veremos el país viviendo otra vez de una manera noble y ordenada, y la sociedad catalana será como la figura e imagen de la celestial Jerusalén.

4. Pellicer, *Historia de Santa Maria de Ripoll*.

La mujer a la luz de María

ISABEL CONEJO

LA figura de la mujer es algo que actualmente se ha desnaturalizado. En gran parte, fruto de la fuerte corriente «libertadora» y de emancipación que empuja insistentemente hacia la defensa de una mujer en la que, queriéndose y ensalzándose a sí misma, su esencia más profunda se ve destruida.

Vamos a centrarnos ahora en la autora alemana Gertrud von le Fort, en su libro *La mujer eterna*, donde realiza una profunda reflexión acerca de qué es la mujer a la luz del ejemplo de la Virgen María.

Es cierto que, en nuestros días, no son pocos los que sostienen que la mujer ha sido discriminada durante años y disminuida a causa del mensaje propagado por la Iglesia. Sin embargo, «el dogma católico ha hecho las más vigorosas afirmaciones que jamás se hayan hecho sobre la mujer». ¹ En María vemos la plenitud de la mujer, la esencia, aquello a lo que toda mujer está llamada. Con ese saludo de Isabel a María, «bendita tú entre todas las mujeres», vemos el símbolo de lo femenino y mucho más. Dice Von le Fort que el dogma de la Inmaculada Concepción constituye la proclamación de lo que era verdaderamente el hombre antes de su caída: un semblante puro.

Apoyando la argumentación de la autora alemana, a la hora de desarrollar la personalidad de María debemos señalar, ante todo, un suceso esencial, el *fiat mihi*. Es gracias a ese «hágase en mí» que se abre la posibilidad de realizar la historia de la salvación y por lo tanto, vemos que es en este «sí» de María cómo la mujer pasa a ser copaciente y colaboradora para la Redención.

No obstante, este papel de corredentora de ningún modo sucede elevándose por ella misma, sino que María se eleva siempre a través del Hijo. La Virgen destaca precisamente por su actuar oculto, por el hallarse misteriosamente velada. Este velo (sencillez) es la forma más elevada de la mujer y el símbolo de lo metafísico en el mundo. Así pues, frente a la incapacidad por captar lo metafísico si no es bajo el velo de la forma, la mujer constituye una manifestación de lo religioso en lo relativo temporal.

El *fiat mihi* lleva consigo mismo la entrega a la voluntad de Dios. Esta entrega pasa a ser el signo de la mujer y de ella surge toda su vida, convirtiéndose su rostro en la viva imagen del rostro divino. Así pues, «en todas las partes en donde hay entrega, en-

contramos también un rayo de la Mujer Eterna [María]; pero en donde la mujer se quiere a sí misma, allí se esfuma el misterio metafísico». ² Esta afirmación, que el ateísmo moderno señalaría como una aberración hacia la mujer, queda resaltada e iluminada debido a su carácter verdadero. Pues, si el signo de lo femenino es su entrega velada y su sencillez, la mujer que eleva su propia imagen y se da culto a sí misma elimina necesariamente toda su femineidad, destruyéndose a sí misma y convirtiéndose en la plena oposición a la imagen divina. Siendo esto así, hay consecuentemente una ausencia de las virtudes propias de la mujer sencilla y tan necesitadas en nuestro mundo: el amor a los demás, la bondad y la compasión.

Von le Fort, tras haber hecho esta explicación acerca del *fiat mihi* en el primer capítulo de su libro, pasa a hablar de «la mujer en el tiempo» en tres sentidos: *virgo*, *sponsa* y *mater*.

La idea de la mujer virgen es algo que tanto en la historia, como en las leyendas o los cuentos se ha mostrado como valor y fuerza. Sin embargo, en nuestra época se concibe como un estado circunstancial o como tragedia («la solterona»). Ante esto, Von le Fort señala dos problemas: el primero es que Dios ha dejado de ser el centro del pensamiento y se ha puesto al hombre en su lugar; y el segundo es que ahora el hombre sólo busca una cadena ininterrumpida de generaciones y por tanto, la virgen se convierte en un estorbo. ³ No obstante, cabe destacar que la consagración de la virgen también es una unión nupcial, con la consumación del amor en el *mysterium caritatis* que es una unión todavía más fuerte que la natural, pues «todo lo temporal recibe su verdadero sentido de lo intemporal». ⁴ Y esta mujer virgen que se creía estorbo para la sucesión de generaciones, resulta que pasa a ser indispensable porque justo por estar «libre de generación» colabora en la vida histórico-cultural de su pueblo, entrando en acción siempre que sea necesario, con su acostumbrado y silencioso *fiat mihi* hasta que su acción (entrega) ya no es necesaria y entonces se replega.

La idea de la mujer esposa es entendida como esa unión sacramental e indisoluble entre la Virgen María y el Espíritu Santo, así como lo es entre la Iglesia y Cristo y también, aplicada a la esfera profana, en la

1. Gertrud von le Fort, *La mujer eterna*, p. 17.

2. *Ibidem*, p. 25.

3. *Ibidem*, p. 46.

4. *Ibidem*, pp. 47-48.

conciencia de creación a dúo, como vemos en las palabras que le dirige Hölderlin a Diotima: «Asombrado te miro, como de época pretérita / oigo voces y dulces cantos y el tañido de las cuerdas / y en llamas liberado se nos eleva por los aires el espíritu».⁵

Es la idea de *sponsa* como novia del espíritu masculino, como la otra mitad de la existencia del absoluto y por lo tanto, se muestra la esencia de la participación femenina, aunque ésta no colabore activamente. De hecho, tal y como señala la autora, las órdenes religiosas masculinas han gozado siempre de una estrecha e intensa amistad con la mujer, como por ejemplo, san Francisco de Asís y santa Clara o san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús. En estas figuras de mujeres auténticas, que han caracterizado la obra del hombre —de forma velada—, se reconoce en el fondo el *mysterium caritatis*. Así pues, la presencia de lo femenino supone un oculto auxiliador, colaborador y servidor, y que por lo tanto, merece respeto. Una cultura, con ausencia de existencia femenina se convierte en ausencia de lo religioso. En la cultura del individualismo se rompe la idea de esposa y de unión espiritual. Y en ese mundo sin mujer tampoco hay *fiat mihi* para el hombre, no hay cooperación de la criatura con Dios, convirtiéndose en una sociedad que, a merced del hombre, se torna destructiva, decadente, llena de divorcios y falta de *mysterium caritatis*.⁶

5. Citado en *ibídem*, p. 66.

6. Ideas tomadas de Von le Fort, *ob. cit.*, p. 88.

Por último, Von le Fort habla de la mujer maternal como aquella que en el silencio de la vida cotidiana es héroe, aquella que se entrega a las necesidades del día a día y las vence haciendo la vida soportable. «La sencillez de la victoria diaria, su completa falta de celebridad, es la gloria auténtica y más profunda de la mujer intemporal»,⁷ esa mujer atenta a los pequeños detalles para que todos estén a gusto y entregada al cuidado de los suyos, igual que María en las bodas de Caná pendiente de si faltaba el vino o no. De esta maternidad hacia el hijo propio surge también otra maternidad, la maternidad espiritual capaz de vencer al tiempo y que se extiende a todas las mujeres, también a las vírgenes. Es la maternidad propia de la mujer que se aplica también a su vida profesional, la doctora, la profesora, la psicóloga... Cuya misión es conservar y cultivar los valores espirituales en la cultura.

En definitiva, *La mujer eterna* nos ayuda a comprender con mayor profundidad que «varón y mujer son creados para ser imagen de Dios y han de complementarse en la ejecución del designio divino para el género humano».⁸ Por lo tanto, es necesario para nuestro mundo un retorno de la figura de la mujer, pero no en el modo de feminismo masculinizado y ensalzándose sobre sí misma, sino con la figura velada, religiosa y obediente, al ejemplo de la Virgen María.

7. Gertrud von le Fort, *ob. cit.*, p. 132.

8. *Ibídem*, p. 105.

Que los hombres busquen el oportuno remedio en la sana doctrina

¡Dios ha hecho a los hombres y a las naciones para salvarse! (cf. Sab 1, 14). Por ello esperamos que, desechados los áridos postulados de un pensamiento y de una acción penetrados de laicismo y de materialismo, busquen el oportuno remedio en aquella sana doctrina, que cada día es más confirmada por la experiencia; en ella han de encontrarlo. Ahora bien: esta doctrina proclama que Dios es el autor de la vida y de sus leyes, que es vindicador de los derechos y de la dignidad de la persona humana; por consiguiente, que Dios es «nuestra salvación y redención» (Sagrada Liturgia).

Nuestra mirada se alarga a todos los continentes, allí donde los pueblos todos están en movimiento hacia tiempos mejores: en ellos vemos un despertar de energías profundas que hace esperar en un decidido empeño de las conciencias rectas por promover el verdadero bien de la sociedad humana.

A fin de que esta esperanza se cumpla del modo más consolador, es decir, con el triunfo del reino de la verdad, de la justicia, de la paz y de la caridad, deseamos ardientemente que todos nuestros hijos formen «un solo corazón y una sola alma» (Hch 4, 32), y eleven comunes y fervientes súplicas a la celestial Reina y Madre nuestra amantísima durante el mes de octubre, meditando estas palabras del Apóstol de las Gentes: «Por todas partes se nos oprime, pero no nos vencen; no sabemos qué nos espera, pero no desesperamos; perseguidos, pero no abandonados; se nos pisotea, pero no somos aniquilados. Llevamos siempre y doquier en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que la misma vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos» (2 Cor 4, 8-10).

JUAN XXIII: encíclica *Grata recordatio* (1959)

Algunas reflexiones sobre la acción educativa de la madre y la virtud de la fortaleza

MERCEDES PALET FRITSCHI

SALVO en pocas excepciones, las corrientes de psicología contemporánea, al ignorar la realidad del «misterio del mal» (tanto del mal que padecemos como del mal que hacemos), formulan una concepción de la felicidad centrada en la resolución interna de conflictos psíquicos más o menos satisfactoria. Desde esta perspectiva no se considera desorden alguno en la naturaleza humana, sino tan sólo una dificultad con la que el «yo» ha de enfrentarse en su adaptación a la realidad exterior. La felicidad nada tendrá que ver con un «salir de sí mismo» para el encuentro y la unión gozosa con el «otro». Desde estas posiciones, «la vida feliz», aquello que es lo más propio de la orientación íntima del ser humano, aquello a lo que todos aspiran desde lo más profundo de su ser, se ha convertido en una especie de «utopía» irrealizable que queda necesariamente reducida a una dinámica orientada ante todo a «evitar el malestar». La vida feliz consistiría entonces en la ausencia de dolor y sufrimiento; o, por lo menos, en su reducción a niveles mínimos.

Desde este modo de entender la realidad, fuera del «yo» no existe realidad alguna, real y objetiva, que pueda proporcionar sosiego y felicidad de forma continuada y perfecta. Por esta razón, en la psicología y pedagogía contemporáneas, no se concibe la idea del «bien arduo», de aquel bien difícil de conseguir al que el hombre pueda aspirar; como tampoco queda considerado el hecho de que la educación de las emociones pueda contribuir en modo alguno a un crecimiento personal que facilite aquella ordenación del hombre a sí mismo, al prójimo y a Dios. De ahí que la mayor parte de las teorías que conforman la psicología y la pedagogía de nuestros días tampoco conciban la necesidad de la virtud en general, ni de la virtud de la fortaleza en particular para la felicidad personal. Cuando fuera de uno mismo no hay Bien ni Verdad a los que aspirar y en los que descansar, la misma presencia del temor humano, la lucha contra las dificultades y la superación de los temores pierde su sentido profundo que, inevitablemente queda falsamente sustituido por el ansia y la angustia en busca de seguridades materiales y pasajeras.

La fortaleza es aquella virtud cardinal que ordena las emociones del apetito irascible que se producen ante lo que contrasta, ante lo que atemoriza: por eso se dice que la fortaleza tiene por objeto los temores y las audacias en cuanto reprime los primeros y mo-

dera las segundas.¹ Por lo tanto, por la virtud de la fortaleza se ordenan aquellas emociones y pasiones que surgen ante la presencia del mal, ante la presencia de las dificultades que *sin duda alguna* aparecen en el camino arduo de la consecución del bien.

El temor que se opone a la adquisición de la virtud es aquel *temor desordenado* que surge, a su vez, de un amor desordenado. Este tipo de temor es contrario a la virtud porque, quien se deja llevar por él, *rehuye lo que no debiera rehuir*, y, en realidad, obra de tal modo que evita aquellos males que según la razón deben ser menos evitados –los males del cuerpo y los males exteriores–, e incurre en males que según la razón deben ser más evitados, los males del alma.

El temor es una pasión que surge cuando en su obrar el hombre se enfrenta a dificultades y peligros difíciles de soportar y, dada la vulnerabilidad y debilidad humanas, el sentir temor ante los males de gran magnitud *no puede ser evitado*. Sin embargo, lo que sí ha de evitarse mediante la educación en la fortaleza es que el temor llegue a ser desordenado o, lo que es lo mismo, que un amor desordenado a los bienes particulares que son contrarios al bien de la razón, se instale en el actuar humano y se convierta en un grave obstáculo para la virtud.

De todo ello se desprende una de las cuestiones educativas más urgentes y que hoy en día más se desatienden: *la de que la realización y consecución del bien es una tarea sumamente difícil que exige muchos trabajos y esfuerzos*. La fortaleza es la virtud del «bien arduo» y permite aquella *ordenación de las emociones* necesaria para poder *soportar* con firmeza las dificultades y para poder *enfrentarse* a ellas cuando sea necesario.

Lo propio de la fortaleza, en su «aspecto externo», su manifestación más clara, es mantener el ánimo afianzado firmemente en lo que es conforme al bien de la razón frente al ímpetu pasional de retirada causado por los temores y frente al cansancio que tantas veces es compañero en el camino de la consecución del bien. Desde esta perspectiva, la fortaleza se entiende como *la firmeza de ánimo para afrontar y rechazar* los peligros y los males en los cuales es

1. Para el análisis de la virtud de la fortaleza seguimos el «Tratado de la fortaleza» de la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino, II-II, q. 123, a 140.

sumamente difícil mantener la firmeza. La fortaleza consiste, por tanto, en aguantar, resistir el temor y soportar con firmeza la acometida de los males y dificultades reprimiendo el temor, e incluso, en caso necesario atacando esas dificultades. Sin ese enfrentamiento «fuerte» a las dificultades no se adquiere la experiencia de «lo que uno puede», de las propias posibilidades, pero, además, se desconoce la fuerza de los obstáculos. La consecuencia es simple: *incapacidad para la frustración*.

Lo propio de la virtud de la fortaleza es proteger la voluntad para que no se aparte del bien de la razón por temor al mal corporal, especialmente por los que se refiere a los peligros de muerte. Por eso, el martirio es un acto de fortaleza. Es el máximo acto de fortaleza. Y si bien los peligros de muerte, en nuestra vida cotidiana, no son muy frecuentes, sin embargo sí lo son las ocasiones de tales peligros porque, como dice santo Tomás de Aquino, al hombre *le surgen peligros mortales por la búsqueda de la justicia y la práctica de las buenas obras*.²

Analizando, pues, los movimientos de la fortaleza se hace patente una «dinámica interna propia de la fortaleza»: reprimiendo los temores y moderando las audacias. Ese primer movimiento de represión y freno de los temores es más difícil y complejo. Es más difícil porque resistir es siempre más difícil que atacar. El acto de resistir, movimiento prin-

2. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, II-II, q. 123.

cial de la fortaleza, supone sin duda una pasión corporal, pero también un acto del alma por el cual ésta se adhiere fuertemente al bien. Este es el elemento esencial que concede a la fortaleza su particular sello: *la adhesión firme al bien*; al bien que es difícil de conseguir y de realizar. Y puesto que el acto de la fortaleza exige la firme adhesión al bien, tanta más perfección supondrá cuanto más perfecto sea ese bien.

El relativismo propio de los tiempos en que vivimos hace cada día más difícil el que el hombre pueda orientarse según un bien y una verdad que llene y colme las ansias de felicidad que surgen de lo más profundo de su corazón. Sin la presencia clara de un bien real que nutra la esperanza humana, el corazón del hombre no encuentra motivo por el que luchar ni por el que ser fuerte. Sin la presencia del Bien la fortaleza pierde su rumbo y su sentido. Es por la falta de la presencia de bien real y social y por la consecutiva falta de la experiencia de aquel bien capaz de llenar el corazón del hombre, que el hombre de nuestros días queda debilitado y sin fuerzas. Si de lo que se trata es de *fortalecer* al hombre, lo que urge es la acción educativa de padres y madres de familia, de hombres y mujeres fuertes y alegres que con su vida y su ejemplo den testimonio de bien y, de este modo, sean capaces de poner en movimiento aquella dinámica fortaleciente que sólo espera a ser encendida por la atractiva presencia del amor.

Se indicaba ya en un artículo anterior que la edu-

La dignidad de la mujer

La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual, se une a la conciencia de que Dios le confía de un modo especial el hombre, es decir, el ser humano. Naturalmente, cada hombre es confiado por Dios a todos y cada uno. Sin embargo, esta entrega se refiere especialmente a la mujer –sobre todo en razón de su femineidad– y ello decide principalmente su vocación.

Tomando pie de esta conciencia y de esta entrega, la fuerza moral de la mujer se expresa en numerosas figuras femeninas del Antiguo Testamento, del tiempo de Cristo, y de las épocas posteriores hasta nuestros días.

La mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega, es fuerte por el hecho de que Dios «le confía el hombre», siempre y en cualquier caso, incluso en las condiciones de discriminación social en la que pueda encontrarse. Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de parte de Dios mismo, y todo ello la hace «fuerte» y la reafirma en su vocación. De este modo, la «mujer perfecta» (cf. Prov 31, 10) se convierte en un apoyo insustituible y en una fuente de fuerza espiritual para los demás, que perciben la gran energía de su espíritu. A estas «mujeres perfectas» deben mucho sus familias y, a veces, también las naciones.

En nuestros días los éxitos de la ciencia y de la técnica permiten alcanzar de modo hasta ahora desconocido un grado de bienestar material que, mientras favorece a algunos, conduce a otros a la marginación. De ese modo, este progreso unilateral puede llevar también a una gradual pérdida de la sensibilidad por el hombre, por todo aquello que es esencialmente humano. En este sentido, sobre todo el momento presente espera la manifestación de aquel «genio» de la mujer, que asegure en toda circunstancia la sensibilidad por el hombre, por el hecho de que es ser humano. Y porque «la mayor es la caridad».

Juan Pablo II: encíclica *Mulieris dignitatem*



cación de los hijos compete, sin duda, al matrimonio; al padre y a la madre en ayuda mutua.³ Pero hay cosas que competen a cada uno de ellos de un modo especial. Parece que lo más propio de la madre, por su mayor cercanía con el hijo y por su mayor capacidad a la hora de percibir tanto el conjunto como los detalles de la sensibilidad de los hijos, es la educación especialmente en las virtudes de la templanza y de la fortaleza, aquellas que permiten adquirir y mantener el «orden y la tranquilidad interior».

Las madres, que son las que más aman, estiman más amar que ser amadas;⁴ y, porque aman más, no se contentan con una visión superficial del modo de ser del hijo, sino que se esfuerzan en «escudriñar» interiormente cada una de las cosas que pertenecen al amado y así penetran en su intimidad.⁵ Esta capacidad de penetración íntima más propia de la madre es la que la capacita de un modo especial para *ser educadora de las emociones* del hijo y muy especialmente de las esperanzas, temores y tristezas a los que se ve sometido.

Las emociones, en su origen y en su manifesta-

3. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, III, q. 29, a. 2 in c.: «La forma del matrimonio consiste en una unión indivisible de las almas, en virtud de la cual cada uno de los cónyuges se compromete a guardar indivisiblemente fidelidad al otro. Pero el fin del matrimonio es la procreación y educación de los hijos. Lo primero se logra por medio de la cópula conyugal; lo segundo, mediante otras obras del marido y de la mujer, con las que se ayudan mutuamente para criar a los hijos.»

4. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, II-II, q. 27, a. 1, in.c.

5. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I-II, q. 28, a. 2, in.c.

ción, son siempre muy particulares y dependen del modo de ser concreto de cada persona, en el que se incluye la complejión natural. Así, por su complejión, a unos, por ejemplo, les resulta más fácil la mansedumbre que la venganza, mientras que a otros les resulta más fácil el resistir que el atacar, etc. Estos modos particulares de ser en el orden afectivo, porque se manifiestan ya muy tempranamente, son especialmente captados por la madre. Por su proximidad vital con el hijo y por ese mayor amor, la madre conoce de forma particular cuáles son los males y dificultades *concretas* que atemorizan y entristecen a su hijo, que no son siempre los mismos ni igualmente intensos para cada niño. Además es la madre quien también está más capacitada para discernir ya en épocas muy tempranas la subjetividad personal de cada hijo y, por lo mismo, tanto la causa como los efectos de sus temores y tristezas. Es por esta razón que las madres saben *modular* la intensidad y el grado en que sus hijos pueden y deben soportar con paciencia las dificultades y animarlos para el enfrentamiento conveniente y necesario.

El aprender y enseñar a soportar los temores es una tarea central en la educación porque el temor, de suyo, tiende siempre a impedir no sólo las operaciones exteriores, sino, cuando es intenso, incluso «la operación por parte del alma»⁶ llegando así a ser una de las causas más profundas de enfermedad psíquica.

Ante la vehemencia del temor, sobre todo cuando éste es más intenso, se requiere no sólo la intervención firme de la voluntad (para dominar el movimiento de huida), sino el esclarecimiento de la razón, lo cual no es fácil, porque «*cuando el temor es fuerte, el hombre quiere en verdad aconsejarse, pero está tan perturbado en sus pensamientos que no acierta en hallar consejo*».⁷ Ante la experiencia del temor, sobre todo ante la experiencia de temor más tempranas, la persona que teme, el niño, busca de modo necesario ayuda en los demás, busca ayuda fuera de sí. Y esta ayuda la encuentra en quién le está más cerca; particularmente en la madre.

La *firme adhesión al bien*, la voluntad firme y constante de realizar el bien, es la que distingue a la virtud de la fortaleza. Por su mayor proximidad con el hijo la madre es para el hijo *el ejemplo más próximo* de firme adhesión al bien. Es más, es ella la que, especialmente durante la primera infancia, presenta al hijo de forma *concreta, asequible y a la medida del hijo* el bien concreto por el que merece la pena el sacrificio y la renuncia. Y lo presenta, porque lo vive en lo pequeño y sencillo de la cotidianidad y en la paciente entrega.

6. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I-II, q. 44, a. 4.

7. TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, I-II, q. 44, a. 2, ad. 2.

La magnanimidad como rasgo característico de la maternidad

M^a DOLORES BARROSO LÓPEZ

Si se piensa en lo que se considera como propio de la mujer en la actual sociedad, encontramos que el crecimiento de ésta consiste en una autorrealización egoísta en la que se prima la capacidad de hacer muchas tareas y tener los éxitos superficiales que predica el mundo. Sobre esta cuestión, refiere Ratzinger:¹

«Es la mujer la que más duramente paga las consecuencias de la confusión, de la superficialidad de una cultura que es fruto de mentes masculinas, de ideologías machistas que engañan a la mujer y la desquician en lo más profundo, diciendo que en realidad quieren liberarla. Maternidad y virginidad han venido a ser valores opuestos a los dominantes. *Pero la mujer, creadora por excelencia al dar la vida, no ‘produce’ en sentido técnico, que es el único sentido que se tiene en cuenta en una sociedad entregada al culto de la eficacia, y, por ello, está más dominada que nunca por el hombre».*

Es por este olvido de lo qué es la mujer y cuál es su tarea educativo que es necesario recordar su importancia en la familia y su modo de ser característico. En su modo de ser brilla especialmente la virtud de la magnanimidad como una de las virtudes más propias de la madre.

Magnanimidad

SIGUIENDO las cuestiones de la *Suma teológica* que tratan sobre esta virtud,² procedemos brevemente a exponerla para poder explicar por qué es tan propia de la mujer en contraposición a lo que el mundo de hoy nos muestra.

La magnanimidad podemos decir que es la virtud que consiste en la «tendencia del ánimo hacia las cosas grandes». El magnánimo tiene el ánimo orientado hacia los actos grandes, difíciles y por tanto, dignos de honor. Al ser la esperanza la pasión que tiende a los bienes difíciles, la magnanimidad ordena esta pasión. El magnánimo por tanto, procura realizar las cosas dignas de honor, sin que dé importancia a los honores que reciba.

Ahora bien, al leer que el magnánimo es el que

tiene un «ánimo grande», y que tiende a cosas grandes y dignas de honor, podríamos pensar ¿Qué tiene que ver la grandeza con la vida doméstica? ¿Es la vida de la madre de familia digna de tales honores?

Santo Tomás desarrolla las características de dicha virtud y a qué se refiere la «grandeza». Hay principalmente dos motivos que dan razón suficiente para afirmar que la mujer en su tarea educativa es magnánima:

La primera es que, afirmando que la maternidad es un don que recibe la madre, ésta actuando como madre, y realizando los actos propios de una madre podemos decir que es magnánima. Pues «en el hombre se halla algo grande, que es un don de Dios, y un defecto, que procede de la debilidad de la naturaleza. Así pues, la magnanimidad hace que el hombre *se dignifique en cosas grandes* conforme a los dones recibidos de Dios; así, si posee una gran valentía de ánimo, la magnanimidad hace que tienda a las obras perfectas de virtud. Y lo mismo debemos decir del uso de cualquier otro bien, como la ciencia o los bienes de fortuna exterior».³ Reconocer el don recibido es propio del magnánimo en cuanto ve algo grande en él y no lo desprecia sabiendo que es recibido de Dios y hace buen uso de ello. La entrega continua de la madre al atender al niño en cada momento, ayudándolo a crecer, corrigiéndolo y orientándolo hacia el fin debido, animándole en las pequeñas dificultades cuando comienza a realizar sus primeras tareas, es el corazón de un ánimo grande.

Lo segundo, es que el magnánimo hace buen uso tanto de lo pequeño como de lo grande. Y de todo hace un uso óptimo. Y considera que la virtud «a la que se debe el honor por parte de Dios», no puede ser suficientemente honrada por el hombre, por eso, es magnánimo también el que atiende a las cosas pequeñas pero de un modo óptimo. Y por ello, la mujer, atendiendo en cada momento a su hijo, entregándose completamente, aunque no sea reconocido como algo grande a los ojos de muchos hombres, está realizando un acto de magnanimidad y digno de honor, en cuanto que está haciéndolo de un modo óptimo. Es centrándonos en este «buen uso tanto de lo pequeño como de lo grande» que se en-

1. J. RATZINGER, *Informe sobre la fe. Conversación con Vittorio Messori*, 1985, Madrid: BAC.

2. Cf. *S. Th.*, II-II, q. 129.

3. *S. Th.*, II-II, q. 129, a. 3, ad 4.

tiende que esta sencillez de la vida doméstica sea algo grande.

Esta grandeza la descubre Chesterton en uno de sus artículos recopilados en *La mujer y la familia* (2006):

«En su hogar, una mujer puede ser decoradora, cuentacuentos, diseñadora de moda, experta en cocina, profesora... Más que una profesión, lo que desarrolla son veinte aficiones y *todos sus talentos*. Por eso no se hace rígida y estrecha de mente, sino creativa y libre. *Ésta es la sustancia de lo que ha sido el papel histórico de la mujer*. No niego que muchas han sido maltratadas e incluso torturadas, pero dudo que jamás hayan sido torturadas tanto como ahora, cuando se pretende que lleven las riendas de la familia y, al mismo tiempo, triunfen profesionalmente. No niego que antes la vida era más dura para las mujeres que para los hombres. Por eso nos descubrimos ante ellas.

»Es la misma naturaleza quien rodea a la mujer de niños muy pequeños que requieren que se les enseñe, no cualquier cosa, sino todas las cosas. Los bebés no necesitan aprender un oficio, sino que se les introduzca en un mundo entero. El niño es un ser humano capaz de hacer todas las preguntas posibles, y muchas de las imposibles. Si alguien dice que responder a ese niño insaciable es una tarea agotadora, tiene razón. Si dice que es un cometido desagradable, admito que puede ser tan desagradable como el de un cirujano o un bombero. En cambio, cuando la gente dice que esa tarea femenina no sólo es cazadora, sino trivial y odiosa, se me hace imposible entender lo que quieren decir. Si odioso significa insignificante, descolorido e intrascendente, confieso que no lo entiendo. *Porque decidir y organizar casi todo; ser ministro de economía que invierte y compra ropa, libros, sábanas y pasteles, ser Aristóteles que enseña lógica, ética, buenos modales e higiene... Todo esto puede dejar a una persona exhausta, lo que no puedo imaginar es cómo podría hacerla estrecha y limitada*».

La madre sirviéndose de las variadas situaciones familiares en las que con su continuada entrega va educando el afecto en los hijos engrandece su corazón.

Y la madre va a necesitar ser magnánima para la tarea educativa en cuanto se requiere «no desfallecer en la práctica del bien a pesar de la dificultad que entrañe la realización de ciertas obras arduas o el aguante de ciertos males graves»,⁴ pues el educar del hijo es tarea difícil y de largo tiempo. Mercedes Palet, refiriéndose a la educación de la fortaleza en la familia⁵ afirma que esta actuación magnánima va a poder fundamentar la confianza de los hijos en los padres y la seguridad para disponer el ánimo a hacer cosas grandes, y por tanto, a seguir el ejemplo de los padres.

«El hombre llamó a su mujer Eva por ser la madre de todos los vivientes»⁶

EL don de la maternidad va a señalar las características propias de la mujer centradas principalmente en el carácter de servicio y entrega a la vida. Es la gratuidad de su entrega la que nos muestra el ánimo grande de la madre.

Es el mismo hijo al nacer el que ensancha el corazón de la madre y le dispone a abrirse a lo pequeño, a aquél que necesita de ella. No es una entrega posesiva que ahoga la vida a la que sirve, sino que permite el crecimiento del hijo, sabiendo que es hijo de Dios. La madre quiere al otro en sí y se entrega a él de un modo gratuito. Y este hecho es digno de gran honor.

Esta entrega gratuita, este reconocimiento de los dones recibidos por Dios como algo grande propio del magnánimo, lo podemos contemplar en la Virgen María. María, en la Anunciación acepta lo que el Señor quiere de ella con humildad y da gloria a Dios. ¿Y qué es lo que hace después? Va a visitar a su prima Isabel, no se queda en casa, sino que enterándose de la gran obra que ha hecho Dios en su prima, va a visitarla y a ayudarla. Contemplemos este fragmento del Evangelio⁷ para aprender más de ella como modelo de madre.

4. S. Th. II-II, q. 139, a. 1, in c.

5. M. PALET, *La educación de las virtudes en la familia*, 2007, Barcelona, Scire.

6. Gn 3, 20.

7. Lc 1, 26-45.

La mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción. A la luz de María, la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos, de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir a los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo.

JUAN PABLO II: encíclica *Redemptoris Mater* (1987)

Hace doscientos años, el papa Pío VII instituyó la fiesta de María Auxiliadora

NICOLÁS ECHAVE, SDB

Hace doscientos años, en mayo de 1814, el papa Pío VII regresaba triunfalmente a Roma tras las humillaciones y el exilio impuestos por Napoleón Bonaparte y, en acción de gracias, instituía la fiesta de María Auxiliadora de los Cristianos.

El genio de Napoleón

CUANDO Pío VII se convirtió en romano pontífice, en marzo del 1800, la estrella de Bonaparte acababa de iniciar su ascenso fulgurante: el águila emprendía el vuelo.

Por medio del golpe de Estado del 18 de Brumario (9 de noviembre) de 1799, había acabado con el corrupto y desprestigiado Directorio y, convertido en Primer Cónsul, se había hecho con un poder omnímodo, que le iba a permitir consolidar la Revolución.

Dotado de una notable clarividencia, comprendió que debía reconciliarse con la Iglesia de Roma para obtener el apoyo de la población francesa.

En 1801, la paz impuesta a Austria por la fuerza de las armas y la concedida por Gran Bretaña, le permitieron dedicarse por entero a su doble propósito de cimentar su régimen y devolver la paz religiosa a Francia. Como buen conocedor de la historia, sabía que este apoyo era la mejor garantía para la consolidación del poder político.

El primer paso fue la elaboración de un Concordato con la Santa Sede que suponía la aceptación de la Revolución francesa y de sus principios. Napoleón se reservó, además, la sanción de 77 artículos con los que la Iglesia quedaba totalmente sometida a su arbitrio.

La polémica coronación

EL 28 de marzo de 1804, el Senado francés proclamaba emperador a Bonaparte. Pero a éste no le bastaba la proclamación obtenida, quería consagrar de algún modo su monarquía y decidió que fuera el Papa quien le ciñese la corona imperial en París, de esta forma Europa quedaba obligada a reconocer su régimen. Napoleón sabía que una corona sin elementos religiosos sería un acto vacío de significado. Por otra parte él conocía la debilidad de Pío VII y no le temía. No eran ya los tiem-

pos en que un Gregorio VII obligaba a todo un Enrique IV a acudir a Canosa.

Los cardenales consultados se mostraron contrarios a que el Papa accediera, sería como consagrar a la Revolución, además ya existía un emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico. En todo caso debía ser Napoleón el que acudiese a Roma. Pero el Papa, aconsejado por el cardenal Consalvi, decidió que lo más prudente era condescender y no provocar las iras de un gobernante que había acumulado tanto poder, y acudió a París.

El domingo 2 de diciembre se iba a llevar a cabo, en la catedral de Notre Dame la gran ceremonia. Si en la Navidad del año 800 fue Carlomagno el «*sorprendido*» por la coronación del Papa, ahora, mil años después, el sorprendido iba a ser el propio Papa.

En el momento culminante de la ceremonia, cuando Pío VII se disponía a ceñir la corona en la cabeza de Napoleón, se adelantó éste y se la puso él mismo sobre sus sienes. Acto seguido, coronó a su esposa, escena inmortalizada por el famoso lienzo de Jacques Louis David. El gesto era simbólico. El emperador no reconocía otro poder en el mundo, ni siquiera espiritual, superior al suyo. El Papa tuvo que soportar más impertinencias, hasta que regresó a Roma.

Las grandes victorias

MIENTRAS tanto el águila imperial se enfrentó victoriosamente contra las coaliciones del Sacro Imperio y logró la abdicación de su emperador Francisco II. Siguió el sometimiento de Prusia y Rusia. Sólo quedaba Gran Bretaña sometida a un bloqueo continental.

Al negarse el Papa a sumarse a este bloqueo, ordenó Napoleón la ocupación de Roma y poco después la anexión al Estado francés de los Estados de la Iglesia. Respondió el Papa con la publicación de la bula *Quam memorandum* de excomunión contra los violadores de los derechos de la Iglesia. Hasta



que el general francés Radet dispuso la salida inmediata de Roma del Pontífice.

Fue un auténtico viacrucis para el enfermizo Pío VII que había superado los 67 años, hasta llegar a Savona donde permaneció hasta 1812.

Finalmente, antes de partir para su campaña de Rusia, el emperador ordenó que el Papa fuera trasladado a Fontainebleau. La travesía de los Alpes casi le costó la vida, llegándosele a administrar la extremaunción y el viático. En aquel palacio renacentista a unos 60 kilómetros de París, pasó el resto de su cautividad. Pero en Rusia y en España empezó a cambiar la fortuna del águila rapaz. En esta residencia llegó a conocer el Papa la derrota de Leipzig, llamada de las Naciones, y por fin, el humillado Napoleón ordenó su liberación. Mientras tanto en el mismo palacio que había servido de encierro a Pío VII, su antiguo carcelero firmaba el acta de abdicación de su corona imperial.

El regreso triunfal

EL 24 de mayo de 1814, tras cinco años de deportación, entraba en Roma su anciano y vapuleado obispo y, en recuerdo de esta fecha, instituía la festividad de Santa María bajo la advocación de Auxilio de los Cristianos. El público lo recibió con entusiasmo inigualable y lágrimas de alegría. Desde el puente Molle (el famoso Puente Milvio de la victoria de Constantino) hasta la Puerta del Popolo que el Pontífice debía recorrer, una serie de arcos de triunfo, columnas, tapices y adornos florales le daban la bienvenida. Acompañaban al cortejo la tropas cívicas y pontificias, la Guardia Suiza, la caballería austriaca, la infantería y caballería napolitanas... Las bandas de música se sucedían enar-

decido los ánimos. No faltaron los grandes monarcas como Carlos IV de España y la reina su mujer con los infantes, el rey de Cerdeña Carlos Manuel...

Sobre la escalinata de la iglesia de Santa María del Popolo, un joven de 22 años lloraba de alegría y ternura ante el paso de la comitiva y se persignaba devotamente recibiendo la bendición del venerable Anciano. Era el conde Juan María Mastai-Ferretti, que al cabo de 31 años sucedería a Pío VII con el nombre de Pío IX.

Muy cerca de allí, junto a la iglesia del Gesù, en un palco erigido para la ocasión, una fervorosa y entusiasta señora contemplaba la procesión con sus dos hijos que alargaban sus manos para tocar la carroza papal. Aquella señora era Ana Pecci y sus dos hijos iban a ser figuras importantes de la Iglesia: el mayor, de 8 años, Giuseppe Pecci llegaría a cardenal y el pequeño, de 5, Joaquín, al cabo de 64 años, ocuparía la Sede de Pedro con el nombre de León XIII.

Tras haber recorrido triunfalmente la Vía del Corso (por el nombre del emperador ya derrotado) la gran comitiva desembocó finalmente en la basílica vaticana. Allí tuvo lugar la recepción del Colegio cardenalicio y se dirigió, por último, al palacio de El Quirinal desde cuya logia bendijo y despidió al inmenso y emocionado pueblo.

Las notas solemnes del himno de las primeras vísperas de la fiesta de María Auxiliadora, «*Saepe dum Christi*», celebran y comentan el triunfal retorno del Pontífice. La Sede de Roma, cantaba el himno, tras cinco años de angustia, «*acoge triunfal el retorno del Maestro de la Fe. Es el gran favor concedido por la Reina del Cielo*».

Unos meses después, el 16 de agosto de 1815, en un pueblecito del Piamonte italiano, nacía Juan Bosco que iba a convertirse en el apóstol de la devoción a María Auxiliadora de los Cristianos.

La Corte de María

GUILLERMO PONS PONS

Asociaciones de piedad y apostolado

EL siglo XIX se caracterizó por la abundancia de dificultades y trastornos que afectaron al cristianismo, especialmente en España. Pero al propio tiempo se puso de manifiesto una singular capacidad de reacción de los católicos españoles, entre los cuales se fue desarrollando una intensa laboriosidad apostólica y una destacada creatividad de instituciones y de métodos que en diversos aspectos favorecieron una notable recuperación en el mantenimiento e incluso en el incremento de la vida cristiana en no pocos sectores de la sociedad.

La predicación popular, la labor de caridad y enseñanza, la fundación de congregaciones religiosas de mujeres, el establecimiento de nuevas formas de piedad, la aparición de asociaciones piadosas y apostólicas, fueron signos destacados de fervor espiritual y de actividad eclesial. Como figuras destacadas de este resurgir que desde mediados del siglo se dejó sentir en la Iglesia española, además de ilustres pensadores, como Jaime Balmes, Donoso Cortés y Menéndez Pelayo, podemos mencionar a san Antonio María Claret, santa María Micaela, la sierva de Dios sor Patrocinio, Santiago Masarnau, instaurador en nuestra patria de las Conferencias de San Vicente de Paúl, y Luis de Trelles, fundador de la Adoración Nocturna Española.

Las nuevas instituciones eclesiales y el florecimiento de una espiritualidad marcada por las coyunturas de la sociedad de entonces, fueron motivo de que surgieran nuevas prácticas devocionales y de que se subrayasen determinados aspectos de la fe cristiana. La espiritualidad eucarística y del Sagrado Corazón de Jesús, la devoción a la Virgen como ejemplo y protección respecto de las actividades apostólicas, la consideración de san José como guía y protector de la Iglesia, son aspectos que ya anteriormente se habían manifestado, pero que marcaron profundamente la vida del pueblo cristiano durante el siglo XIX. Una de las asociaciones más influyentes en cuanto a divulgar la devoción al Corazón de Jesús fue el «Apostolado de la Oración», promovido en su origen por los jesuitas. También adquirieron un gran desarrollo las diversas asociaciones dedicadas a la veneración de la Sagrada Familia, de cuyo ambiente proceden muy variadas iniciativas de culto y apostolado, destacando la construcción de la famosa basílica de la Sagrada Familia

en Barcelona, cuya consagración finalmente llevaría a cabo personalmente Benedicto XVI.

Concretándonos especialmente en la Virgen, se van poniendo muy de relieve las apariciones de María, como fueron las de París, origen de la Medalla Milagrosa, las de La Salette en los Alpes y las de Lourdes en los Pirineos franceses. Surgieron cofradías y otras variadas asociaciones marianas que se extendieron prácticamente por todas las parroquias, especialmente la llamada «Hijas de María». Otras serían impulsadas por diversas órdenes o congregaciones religiosas, como la «Divina Pastora» por los capuchinos, el «Perpetuo Socorro» por los redentoristas, el «Corazón de María» por los claretianos, y «La Virgen del Olvido, Triunfo y Misericordias» por sor Patrocinio, «la Monja de las Llagas».

Fue adquiriendo gran popularidad el ejercicio piadoso del «Mes de María» en mayo, que se efectuaba con especiales y variadas plegarias y con demostraciones muy del agrado popular, como las ofrendas de flores, la declamación de poesías y la interpretación de cantos emotivos y de cariz popular. Estos actos durante el mes más característico de la primavera, se celebraban diariamente no sólo en iglesias, sino también en escuelas, talleres y casas particulares, disponiéndose para ello instalaciones a modo de improvisados altares o retablos, adornándolos de manera vistosa e ingenua.

La Corte de María

UNA asociación mariana muy peculiar por su originalidad y sencillez, así como por la gran difusión que adquirió es la que fue designada como «Corte de María». Podemos considerar que esta asociación, que llegaría a ser archicofradía, autorizada como tal por el beato Pío IX, surgió como un espléndido fruto de la práctica del Mes de María.

En este caso se trataba de la celebración que popularmente solía llamarse de «las flores» en una casa particular de Madrid en el año 1839. Llevaban ya varios días practicando este piadoso ejercicio cuando se invitó a un hermano jesuita llamado Ramón García Leal,¹ quien desde entonces asistió a

1. Baldomero JIMÉNEZ DUQUE, «Espiritualidad y apostolado» en AA. VV. *Historia de la Iglesia en España*, t. V. BAC, Madrid 1979, p. 440.

estas reuniones dirigiendo los cánticos y proponiendo lo que se llamaba la «flor espiritual», que se sorteaba al final de la reunión y consistía en alguna obra virtuosa que había de realizar al día siguiente la persona en quien había recaído la suerte. Era frecuente que alguno de los actos propuestos para este ofrecimiento consistiera en realizar una visita de veneración de alguna determinada imagen de la Virgen, siendo así porque eran muy numerosas en las iglesias de Madrid imágenes de María distinguidas por su belleza artística y muy veneradas por el pueblo.

Por entonces todas las órdenes religiosas habían sido declaradas disueltas por el gobierno de los liberales, confiscándose casi todos sus bienes y los conventos. Los jesuitas, por tanto, ya no vivían en comunidades, sino en casas particulares y colaborando en parroquias o iglesias de las diócesis. Así se comprende que gozaran de mayor libertad para llevar a cabo sus labores apostólicas entre familias conocidas y personas piadosas que les invitaban a acompañarles en sus actos de piedad. El hermano jesuita, García Leal, a pesar de no estar ordenado sacerdote, era una persona muy culta y desempeñó el cargo de profesor en el llamado Seminario de Nobles dirigido por la Compañía y, después de su supresión, siguió enseñando como profesor particular.

Ocurrió que al finalizar la práctica del «Mes de María», el último día de mayo de 1839, el mencionado jesuita aconsejó a los asistentes que las visitas a la Virgen, realizadas ante sus veneradas imágenes, no se limitaran al mes de mayo. A este efecto les propuso formar unos coros para que cada mes se distribuyeran dichas piadosas visitas, de modo que cada día hubiera una persona comprometida a realizarla ante una determinada imagen de la Virgen. La idea fue acogida favorablemente y muy pronto surgieron imitaciones multiplicándose los coros de esta institución, surgidos de un modo muy espontáneo y cordial. Enseguida se popularizó el significativo nombre de «Corte de María», quizá peculiarmente adaptado a la ciudad de Madrid, ya que era muy común designarla como «La Corte» por ser la residencia de los reyes de España.

En pocos años esta asociación piadosa se extendió por casi todas las ciudades de España e incluso en muchos pueblos rurales en los cuales se veneraban bastantes imágenes de la Virgen, correspondientes a diversas advocaciones. Pero incluso se implantó en monasterios y pueblos pequeños, repitiendo, si era necesario, las visitas a algunas de las imágenes. El factor suerte, mirado quizá como una especie de invitación por parte de la Virgen, tenía que hacerse presente, de modo que no pudiera cada cual elegir la imagen que le correspondería venerar. Para ello se disponían dos bolsas, una con los nombres de las

personas y otra con la designación de la imagen, de las cuales se iban extrayendo los papelitos correspondientes.

También en el extranjero arraigó esta asociación de piedad. Consta que existió en Francia, Venezuela, Uruguay, Chile, Austria, Mesopotamia y Armenia. En 1853 se contaban unos ocho mil coros de treinta y una personas cada coro. Doce años después, en 1865, eran ya diecisiete mil los coros instituidos. En 1659 el beato Pío IX elevó la asociación al rango de archicofradía. En algunos lugares la Corte de María emprendió conjuntamente actividades de caridad. El hermano jesuita García Leal dirigió la Corte de María durante dieciocho años y le sucedió don Pedro Batrera.²

A mediados de siglo se escribía que esta asociación mariana contaba ya en el mundo con unos mil ochocientos coros. Este admirable incremento es muy posible que fuera debido a la sencillez de su organización y a la enjundia y al atractivo que se manifestaba en las plegarias que se proponían, en las que se hacía notar un estilo más sobrio y popular, comparándolas con las que figuraban en no pocos devocionarios de la época.

La Corte de María en Mallorca e Ibiza

EN la diócesis de Mallorca hacia el año 1839 la Corte de María había alcanzado ya un notable desarrollo. Actuaba como director principal el sacerdote Tomás Saurina. Había un total de 293 coros, de los cuales 68 correspondían a la capital, Palma de Mallorca. Entre éstos había 33 que tenían una característica especial, cual era la de profesar una especial vinculación con los santos ángeles. En Mallorca, efectivamente estaba arraigada desde antiguo la devoción a Nuestra Señora de los Ángeles, vinculada con la orden franciscana.

La población mallorquina en donde mayor divulgación había adquirido la Corte de María era la de Manacor en la que se habían organizado 119 coros bajo la guía de tres sacerdotes, Gabriel Vallespir, José Perelló y Francisco Caldentey.

En Pollensa se registraban 24 coros bajo la dirección del sacerdote Guillermo Bosch, vice-prior de la orden de San Juan de Malta. Esta parroquia estaba bajo el patronato de dicha orden militar, habiendo estado vinculada a la orden de los Templarios antes de ser ésta abolida a principios del siglo XIV en el Concilio de Vienne.

El número de coros en otras parroquias era el siguiente: Vilafranca 17, Felanig 12, Alaró 10, Muro

2. Nazario PÉREZ, *Historia mariana de España*, Sal Terrae, Santander 1947, p. 191.

9, Bujer 9, Porreres 5, Santanyí 5, Ses Salines 4, Sant Joan 3, Sa Pobla 3, y Loret 2. Los directores de estos coros eran presbíteros de cada parroquia, excepto los coros de Santanyí cuyo director era el «honor» Pedro Antonio Canaves. «Honor» era un título que se daba a los payeses o propietarios de fincas rústicas que se distinguían por su arraigo en la labor agrícola. En Palma y Pollensa había cuatro coros de la Corte de María formados por sacerdotes; en Palma tres de ellos eran de religiosas. En otros pueblos había algunos de doncellas, de viudas, y uno de jóvenes solteros. Esto estaba de acuerdo con la tradición de que algunas cofradías eran propias del estado social de sus componentes.

En la isla de Ibiza se habían establecido nueve coros de la Corte de María, cuyo director era don Jaime Ferrer, presbítero, racionero de la iglesia mayor de la ciudad de Ibiza.³

La Corte de María en Menorca

EL iniciador de esta asociación mariana en Menorca fue el sacerdote Felipe Caymaris Garcías (1791-1869). Siendo éste clérigo fue capellán familiar del obispo de Menorca Pedro Antonio Juano, y después colaborador del obispo que le sucedió, Jaime Creus. La estrecha vinculación con este prelado hizo que interviniera en la llamada Regencia de Urgel en 1822, presidida por el obispo de Menorca, preconizado ya como arzobispo de Tarragona.⁴ Lo que se proyectaba era reinstaurar en España la monarquía absoluta. Esto fue causa de que durante el Trienio constitucional Felipe Caymaris sufriera dura prisión en la torre de Canaletas de Barcelona junto con delincuentes comunes.

Una vez restablecido el Antiguo Régimen, no sabemos que este eclesiástico interviniera ya en política. Fue designado canónigo de Menorca y se distinguió por su ejemplar labor apostólica. Una de sus aspiraciones más sentidas fue la organización en la diócesis menorquina de la Corte de María, que llevó a cabo a partir de 1849.

Por entonces la diócesis se hallaba privada de la presencia de su obispo fray Antonio Díaz Merino, que por negarse a aceptar la constitución de 1837

3. Los datos referentes a la Corte de María en Mallorca e Ibiza, aparecen en el folleto *Erección de la Corte de María en el obispado de Menorca*, cit., pp. 47-48.

4. Cf. Miguel FERRER FLÓREZ, «La regencia de Urgel y las Baleares», en *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, 59 (2003), 133-156.

fue desterrado y falleció en Marsella en 1844. Durante ese destierro actuó como gerente de la diócesis el canónigo Vicente Papelcudi, quien, al morir el obispo, fue elegido vicario capitular. A este superior eclesiástico dirigió una instancia Felipe Caymaris suplicando autorización para fundar la Corte de María, de acuerdo con la designación como director de la misma en Menorca que había recibido de don Tomás Saurina desde Mallorca. En la instancia entre otras cosas decía: «Esta piadosa confraternidad, que con prodigiosa rapidez se ha extendido por casi todas las provincias y pueblos de España, suelo clásico de la devoción a la Reina de los Ángeles y Madre del Amor hermoso, tuvo su humilde principio en Madrid a mediados de mayo de 1839».

En Mahón, la capital de la isla, durante muchos años se anunció diariamente en la prensa local cual era la imagen propuesta por la Corte de María para ser visitada. Podemos deducir los títulos siguientes: iglesia parroquial de Santa María: la Asunción, la Esperanza, el Rosario, los Dolores, el Amor hermoso; iglesia de San Francisco: Inmaculada Concepción, Anunciata, Belén, Nuestra Señora de los Ángeles, la Soledad; iglesia del Carmen: Nuestra Señora del Carmen, el Pilar; iglesia de San Antonio: Virgen de los Desamparados; iglesia de San José: Nuestra Señora de la Misericordia; iglesia de las concepcionistas: Nuestra Señora del Refugio.

En Mahón el «Semanario Católico» del 10 de junio de 1882 transmitía esta información: «Los asociados de la Corte de María tuvieron el domingo último la solemne fiesta que anualmente consagran a su excelsa titular la Reina de todos los Santos y Madre del Amor Hermoso en la parroquia de Santa María. A las seis de la mañana se celebró la misa de comunión general y a las diez la misa mayor con exposición de Su Divina Majestad, predicando en ésta el Rdo. señor [Jaime] Tutzó, director de la citada Corte. Por la tarde después de vísperas y hecha la procesión del santo Rosario, se practicó la visita a la Santísima Virgen, terminando con el acto de consagración a la Madre del bello Amor».

En el diario *El Bien Público* de Mahón aparecen constantes avisos sobre la visita diaria de la Corte de María a la correspondiente imagen de la Virgen. Esta publicación periodística cesa en 1917, pero esto no significa que desaparecieran estos actos de piedad mariana. Esta situación posiblemente tenga que ver con el deterioro de la salud del director don Jaime Tutzó, Pbro., que, después de una dolorosa enfermedad sufrida pacientemente, falleció el 18 de noviembre de 1919. En 1897 se le había concedido el título pontificio de Misionero Apostólico.

Jesuitas devotos del Corazón de Jesús defienden su fiesta

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El galicanismo regio abandona a los jesuitas, y aliado a jansenistas y filósofos, los expulsa de Francia

EL beato Inocencio XI había amonestado proféticamente al poderoso rey Luis XIV de que podía morir sin descendencia si no arrancaba de su política la mala hierba de la regalía. Como el rey no hizo caso, se sucedieron funerales en la Corte, desapareciendo sucesivamente su antes numerosa progenie, y al morir el Rey Sol, debía ceñir la corona su único descendiente superviviente, un enfermizo biznieto huérfano de cinco años, entronizado como Luis XV. Durante los ocho años de regencia de su disoluto tío el duque Felipe de Orleans, la influencia de los jesuitas en la corte y en la alta sociedad francesa fue sustituida por la de filósofos, libertinos y salones jansenistas. Tras su mayoría de edad en 1726, el joven rey nombraba ministro de Estado a su querido tutor, monseñor Du Fleury, y para darle prioridad en el Consejo Real, hizo que Roma le concediese el capelo cardenalicio, apodándole sus enemigos «el Richelieu de Luis XV». El cardenal Du Fleury moría en 1741 y con él desaparecía todo vestigio de virtud en el gobierno de la nación.

Las «tres necesidades» de los enemigos de la Iglesia católica en Francia

LUIS XV no dominaba como su bisabuelo a los parlamentos, controlados por enriquecidos burgueses filojansenistas, que sin embargo secundaban sus ideas galicanas sobre la independencia de la Iglesia francesa frente a Roma. Su lema era: «*Rome c'est Rome, mais la France c'est la France!*» y veían a los jesuitas como ultramontanos defensores de los derechos de la Santa Sede. En un libelo que circulaba clandestinamente por París en 1762 bajo el título de «las tres necesidades» se decía eran éstas: destruir a los jesuitas, descartar al Delfín del acceso al trono, y anular la autoridad de los obispos fieles a Roma.

No tenía Luis XV nada personal contra los jesuitas, y mantenía como teórico confesor al discreto

padre Perusseau, S.I., quien no se inmiscuía en su escandalosa vida privada. El rey sabía que la guerra desatada contra la Compañía no era sino un episodio más de la emprendida en su siglo por la impiedad contra la Iglesia católica, pero se hallaba dominado por sus amantes, entonces Madame d'Etioles, nombrada por él marquesa de Pompadour, y por su protegido primer ministro De Choiseul. Esta concubina se hizo pasar por arrepentida, pero el jesuita padre Sacy, que le había dado la primera comunión, se negó a absolverla si no se alejaba de la Corte. La nueva marquesa no le hizo caso, y juró odio eterno a los jesuitas.

En torno al Delfín y a la reina María Leczynska se agrupaba el que llamaban «partido devoto», calificado por Voltaire como «partido de los imbéciles fanáticos», formado por un grupo de amigos del heredero, el arzobispo de París Cristóbal de Beaumont, unos cuantos obispos ultramontanos y las piadosas princesas. Este partido carecía de influencia política, pero sus enemigos, que odiaban al Delfín no tanto por lo que era en el presente como por lo que temían pudiera ser en el futuro, advertían al rey de que era partido poderoso manejado por los jesuitas con intención de suplantarle.

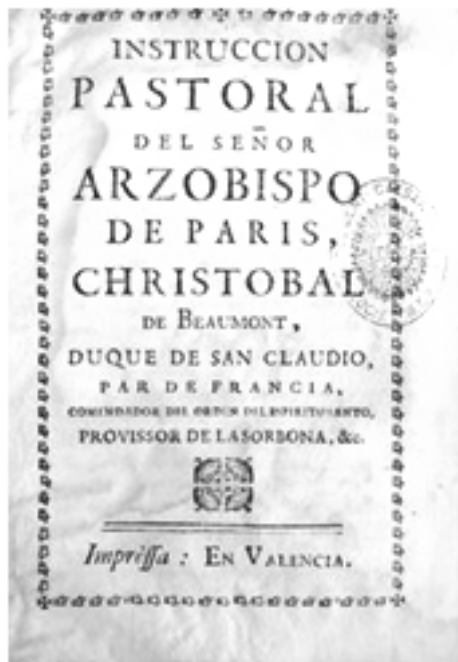
La operación de Portugal va a repetirse en Francia

VON Pastor escribe que para la supresión de la Compañía de Jesús en Francia se aliaron tres fuerzas: los parlamentos con su defensa del galicanismo, la hostilidad de los jansenistas ante la concepción teológica y moral de los jesuitas, y el racionalismo enciclopedista, tres corrientes que coincidían en presentar a la Compañía como el bastión de la Curia romana en Francia, y por ello, enemigo a batir. La primera embestida contra los jesuitas fue encomendada a los parlamentos.

Historiadores anglicanos de Cambridge, desde su óptica, exponen cómo los enemigos de los jesuitas para consumir su proyecto de arruinarlos se aprovecharon de sus defectos: «Por espacio de doscientos años los jesuitas habían venido siendo los campeones del papado... pero cobraron demasiada con-

fianza en su sagacidad, y ello les llevó a cometer demasiados errores... Ante una sentencia desfavorable de los tribunales ordinarios que condenaba a la Orden a responder de las deudas de una compañía comercial dirigida por uno de ellos, los jesuitas de Francia cometieron el error de apelar al Parlamento de París, que aprovechó la ocasión para exigir examinar los estatutos de la Compañía de Jesús y reprobar sus Constituciones, que hizo quemar por mano del verdugo.»

El Parlamento declaró que las Constituciones de la Compañía eran contrarias a las leyes y libertades



galicanas, y por ello ilegales en Francia, y pidió expulsar a sus miembros del reino. Los jesuitas recurrieron confiados al amparo de Luis XV, que como rey absoluto podía vetar el fallo, pero éste se limitó a aplazar la decisión alegando debía oír el parecer de los obispos. Encabezado por el arzobispo de París Cristóbal de Beaumont «el Atanasio de Francia», prácticamente todo el episcopado, 45 de 51, defendió a los jesuitas, y estimó debían seguir en el país, y como hasta entonces, rigiéndose por sus constituciones y obedeciendo a su general. Pero como tan favorable dictamen no era el deseado por quienes dominaban al rey, éste nombró nueva comisión, que en diciembre de 1761 le propuso una solución salomónica más a su gusto: si los jesuitas querían seguir en Francia debían obedecer sólo a un vicario general francés residente en Francia e independiente del padre general y de Roma, es decir, galicanizarse, sometiéndose al poder civil.

El provincial de los jesuitas de París padre De la Croix, buscó una transacción, proponiendo aceptar formalmente los cuatro artículos galicanos, y se mos-

tró dispuesto a no someterse a la obediencia del padre General en todo aquello que se opusiera a dichos artículos, pero Clemente XIII y el padre general Lorenzo Ricci rechazaron como inadmisibles su propuesta de escisión de los jesuitas franceses, respondiendo el Papa con la famosa sentencia: «*Sint ut sunt, aut non sint*» (que sean lo que son, o que no sean). Clemente XIII advirtió a Luis XV que la tempestad que se desataba contra la Compañía amenazaría luego a su trono, pero el rey, para congraciarse con los parlamentarios, reacios a aprobar nuevos subsidios para la funesta guerra de los siete años, les entregó la cabeza de los jesuitas. Treinta años después se cumplía la profecía, y su nieto Luis XVI era guillotinado.

Por decreto real se suprime la Compañía de Jesús en Francia.

EN 1762 el Parlamento de París clausuraba los colegios jesuitas en su jurisdicción y ordenaba el secuestro de sus bienes, declarando a la Compañía de Jesús «perversa, destructora de todos los principios religiosos e incluso de la honestidad, injuriosa para la moralidad cristiana, pernicioso para la sociedad civil, sedicioso, hostil a los derechos de la nación y del poder del rey», y en febrero de 1764 exigía a los jesuitas juramento de no vivir según las reglas de la Compañía y no mantener contacto con el P. General, dándoseles ocho días para prestarlo o salir inmediatamente del reino. Sólo cinco juraron. El ejemplo de París lo seguirían otros parlamentos.

Para salvarse de las condenas de los parlamentos, los jesuitas franceses confiaron en el monarca, pero los jesuitas iban a recibir de la corona de Francia su último desengaño. Su disolución se sometió a debate en el Consejo Real. El Delfín, al que tildaban de príncipe jesuita, los defendió hasta el final, aunque en vano, pues la decisión estaba tomada de antemano; el rey contó los votos, aprobó la propuesta, y el 1 de diciembre de 1764, Luis XV, «en uso de mi suprema plenitud de poderes declaro que la Compañía de Jesús deja de existir en Francia, por contraria al Estado y dañina para la religión y la moral», y sus miembros, si persistían en sus votos, debían exilarse del reino. Se les permitió residir en Francia como simples sacerdotes, aunque sin poder acercarse a diez millas de París, pero el 9 de mayo de 1767, tras su expulsión de España, se acordó que en dos semanas todos los jesuitas debían salir de Francia. El rey no quiso ya oponerse, y escribía a su primer ministro Choiseul: «No amo cordialmente a los jesuitas, pero sé que todos los herejes los han detestado. No digo más. Si los destierro con pesar, por la paz de mi rei-

no, al menos no quiero que se crea que me adhiero a cuanto han hecho y dicho los parlamentos contra ellos...callo porque hablaría demasiado». Choiseul reconocía a su vez: «contemplé con suprema indiferencia que una sociedad de frailes subsistiera o se fuera a pique».

Jesuitas franceses desterrados llegan a España

Los casi tres mil jesuitas de Francia difícilmente podían establecerse en casas de la Compañía en Italia y los Estados Pontificios, por lo que varios centenares pasaron a Alemania, y otros de la provincia de Aquitania llegaron a España, acogidos con suma caridad, alojándose en casas jesuíticas del País Vasco y Cataluña. El provincial de Castilla, padre Francisco Xavier de Idiáquez, procurando no contrariar en lo más mínimo a Carlos III, aconsejaba medidas de discreción: «no se publique demasiado su presencia, no entren muchos jesuitas juntos, ni lo hagan todos por San Sebastián sino también por Pamplona, por mar (La Coruña y Asturias) o por la Montaña (Santander)». Su llegada y admisión planteó vivos debates en el Consejo de Castilla con el voto contrario de Campomanes que ya preparaba su futura estrategia política. Carlos III que se había traído de Nápoles sus recelos y desconfianzas contra los jesuitas, apoyó la decisión de Luis XV, esperando secundarla cuando la ocasión se prestase. La supresión de los jesuitas de Francia la celebraron sus enemigos en toda Europa como gran triunfo de la Ilustración.

Protestantes de toda confesión, jansenistas, parlamentarios, sorbonistas, ilustrados, filósofos y libertinos, se abrazaban y felicitaban por el logro del primero de sus tres objetivos. El segundo: apartar al virtuoso delfín Luis José-Javier de la sucesión a la corona; lo dispuso la Providencia, permitiendo que muriera al cabo de un año, el 20 de diciembre de 1765, a la temprana edad de 36 años. El tercero: someter a los obispos ultramontanos; lo había ya iniciado el Parlamento de París desterrando a la Trapa a su arzobispo Cristóbal de Beaumont por haber defendido a los jesuitas en su pastoral de 1763, que fue condenada y quemada por el verdugo.



«Nos... proclamamos y declaramos que el instituto de la Compañía de Jesús despiende suavísima fragancia de piedad y de santidad en el más alto grado» (Clemente XIII)

PREPARABA el papa Clemente XIII la convocatoria de la sesión de la Congregación de Ritos para resolver sobre la aprobación oficial de la fiesta del Corazón de Jesús, cuando recibió la triste noticia de la abolición de la Compañía en Francia. Recordando que Jesús a través de santa Margarita María había confiado «a los padres de la Compañía el dar a conocer el valor y la utilidad de este precioso Tesoro» de la devoción al Corazón de Jesús, y viendo a los destinatarios de este suavísimo encargo en tan graves dificultades, quiso darles ánimo para que le invocaran y confiaran en su protección. Así, el 9 de enero de 1765, quince días antes del decreto que aprobaría la fiesta, publicaba en defensa de los jesuitas la bula *Apostolicum pascendi munus*, proclamando su inocencia y sus méritos: «Nos... proclamamos y declaramos que el instituto de la Compañía de Jesús despiende suavísima fragancia de piedad y de santidad en el más alto grado... lo aprobamos también con nuestra autoridad apostólica, y confirmamos todas las aprobaciones dadas por nuestros predecesores.» La bula, por orden real, no pudo ser publicada ni en Francia ni en Austria, pero todo el mundo pudo saber que los jesuitas eran inocentes y que el Papa los defendía abiertamente.

Es más, el delfín Luis José Javier conocía por su madre el mensaje del Corazón de Jesús dirigido al rey de Francia en 1689, que transcribe santa Margarita María: «El Padre Eterno, queriendo reparar las amargas y angustias que el adorable Corazón de su divino Hijo sintió en casa de los príncipes de la tierra, así como en las humillaciones y ultrajes de su Pasión, quiere establecer su dominio sobre la corte de nuestro gran monarca, del cual desea servirse para la ejecución de ese designio, que desea ver cumplido del siguiente modo: Se deberá hacer un edificio en que se hallará el cuadro de este divino Corazón para recibir allí la consagración y el homenaje del Rey y de toda su Corte». La demanda era muy oportuna, pues el rey construía entonces la capilla real del palacio de Versalles, pero no la tomó en consideración. Para reparar la desidia de su ancestro, 75 años después, el Delfín hace dedicar en 1763 un oratorio al Sagrado Corazón en la capilla, mediante el legado de treinta mil francos.



«La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, establecida en Francia por el Clero reunido en 1756», título del cuadro dedicado a la reina Maria Leczinska

La reina María Leczinska y los obispos franceses, pese a la supresión de los jesuitas, propagan la fiesta y la devoción al Corazón de Jesús, en Francia

EL 26 de enero de 1765 la Sagrada Congregación de Ritos aprobaba la fiesta del Corazón de Jesús que solicitaban los obispos de Polonia y la Archicofradía romana, y el 11 de mayo publicaba el Oficio y el texto de la misa para la fiesta. A la vista de ello, el 12 de julio, la reina María Leczinska solicitaba a los obispos franceses diputados a la Asamblea General del Clero celebrada en los Grands-Augustins de París, que adoptaran esta devoción y celebrasen la fiesta del Corazón de Jesús.

En septiembre el arzobispo de Reims, presidente de la Asamblea del Clero de Francia, en nombre de la Reina, expresó «el deseo que tendría de ver establecida en todas las diócesis, donde todavía no lo estaba, la devoción y el oficio del Sagrado Corazón de Jesús.» Sigue diciendo el acta que «todos los obispos

que componen la Asamblea, ... por decisión unánime, han acordado establecer en sus respectivas diócesis la devoción y el oficio del Sagrado Corazón de Jesús, e invitar por carta circular a los demás obispos del Reino a que hagan lo propio en las diócesis donde esta devoción y oficio no están todavía establecidos.»

Implantar una nueva fiesta no era tarea fácil, pues precisamente aquel año el ministro de economía había propuesto a la Asamblea reducir el número de fiestas de guardar en Francia, pero, secundando el ruego de la reina y la propuesta de la Asamblea del Clero, un centenar de obispos franceses implantaron en sus diócesis la fiesta del Corazón de Jesús, que adquiría así dimensión nacional.

Los enemigos de la devoción iniciaron la resistencia, y la instrucción de celebrar la fiesta del Corazón de Jesús el tercer domingo después de Pentecostés fue cuestionada por el clero jansenista. En la elegante parroquia de Saint-André des Arts de París, los objetantes, aprovechando la muerte del antiguo y celoso párroco, y la tibieza de su sucesor dispusieron que no habría celebración de la nueva fiesta. Se entabló fuerte polémica y los sacerdotes beneficiados de la parroquia, de mayoría jansenista, llevaron la cuestión ante el Parlamento de la ciudad solicitando se prohibiera celebrar la fiesta del Corazón de Jesús. El 11 de junio de 1776 el Parlamento dictó un decreto suspendiendo la fiesta mientras no resolviera en contrario el procurador general. Fue la primera intervención de la autoridad civil contra el culto al Corazón de Jesús, a la que seguirían otras más graves.

Monseñor Jean-Henry du Fumel, apóstol del Corazón de Jesús en Francia

MONSEÑOR Jean-Henry du Fumel, obispo de Lodève, promulgaba el 12 de noviembre de 1767 su instrucción implantando la fiesta, y publicaba con gran éxito su libro: «El culto del amor divino o la devoción al Corazón de Jesús». Había sido alumno del colegio jesuita de Toulouse y conoció la devoción de labios del padre Gallifet. Una vez nombrado obispo, consideró que dar a conocer el amor misericordioso del Corazón de Jesús que pide la correspondencia de los humildes era medio providencial para revitalizar la piedad popular en su diócesis campesina.

Su libro comienza exponiendo como «la inconmensurable caridad de Dios se ha concentrado en el Corazón divino» y que «venerar al Corazón de Jesús es honrar al Amor de Dios en su misma fuente». Dios nos ha dado a conocer en nuestros tiempos este misterio mediante «Una humilde servidora de Jesucristo, ha sido el instrumento empleado por Él para revelar a los hombres las riquezas de su Corazón

**INSTRUCTION
PASTORALE
DE MONSEIGNEUR
L'EVÊQUE²⁵
DE LODEVE^{In 2}
SUR LES SOURCES DE L'INCREDULITÉ,
DU SIECLE.**



adorable, a la luz del fuego que le consume... y pide a todos sus fieles que se consagren y honren con un culto especial y asiduo a su Corazón... que es realmente el Corazón de Dios, la morada de la divinidad; pues al Corazón del Verbo encarnado los pecadores deben su conversión, los justos su inocencia y los santos su felicidad.» Dará luego respuesta a los críticos que pretenden «cerrar este divino Corazón y hacerlo inaccesible a los pecadores».

Monseñor Du Fumel establece la fiesta en su diócesis el viernes siguiente a la octava del Corpus, e insta a sus devotos a celebrarla con solemne acto de reparación, a que tengan en sus casas una imagen del Corazón de Jesús ante la que reciten sus letanías, a la celebración de los primeros viernes de mes con bendición del Santísimo y comunión reparadora, y pide a los párrocos de su diócesis que lleven un registro de fieles que se comprometan a hacer una hora de adoración ante el Santísimo Sacramento. Acaba la obra con el comentario de una treintena de salmos, relacionándolos con la Eucaristía, en la que se encierra el misterio del Corazón de Jesús.

Suya es esta inflamada oración al Corazón de Cristo, Hijo de Dios, y Rey de las naciones: «Corazón de Jesús, digno objeto de nuestro culto, no reuséis acceder a los deseos de vuestros servidores: querríamos daros a conocer a todo el universo, y daros en posesión los corazones de todos los hombres; secundad nuestro celo y dejados llevar por vuestra misericordia... ¡Oh Jesús! Vos sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Rey de las naciones y el vencedor del mundo; habéis venido a nosotros, os habéis aparecido, y seguís hoy haciendo resplandecer en nuestros corazones los caracteres del Corazón el más suave y humilde... Corazón infinitamente bueno, acabad en nosotros vuestra obra y encended nues-

tros corazones en el fuego divino que os consume... Corazón infinitamente generoso, os invocamos en estos nuestros días de miseria e indigencia, pidiéndoos como único bien a Vos mismo, y nos atrevemos a deciros que este bien nos pertenece; pues, en efecto, este Corazón, ¡Gran Dios! Vos no lo habéis tomado más que para nosotros. Haced, pues, conocer y gustar a todos los hombres la grandeza y riqueza del regalo que Vos le habéis hecho. ¡Que toda rodilla se doble ante este Corazón adorable! Reunidos en el centro de vuestra inmensa caridad. Sed, oh divino Corazón, el Señor y el Rey de nuestros corazones... Sed en todo y por todo su guía y su modelo para que os honren y os amen constantemente en esta vida, y para poseeros eternamente en la otra. Así sea.» (El culto del amor divino o la devoción al Corazón de Jesús)

Pese a las maquinaciones de impíos y galicanos, la devoción se iba extendiendo entre el pueblo fiel gracias al celo de devotos obispos y párrocos, pero su último baluarte, la reina María Leczinska moría el 24 de junio de 1768. El Parlamento de París decretaba la confiscación de los bienes de los jesuitas no juramentados, les prohibía la enseñanza y ordenaba su destierro. Culminaría su obra en junio de 1771, invocando el jansenista pretexto de que el jesuitismo permanecía actuando clandestinamente mediante la devoción al Corazón de Jesús, y dictaría decreto por el que se proscribía su culto en toda su jurisdicción. En 1773, el jansenista Fassini, tras la extinción de la Orden, escribía: «Los abanderados de los cordícolas parece que han hecho del Corazón de Jesús, como en otros tiempos de su nombre, estandarte visible de su religión; antes para que no se arruinase su Compañía vacilante, y ahora, una vez arruinada, para que se restaure».

Modernos historiadores no valoran el vivo arraigo de la religión en el pueblo llano francés, que, en su mayoría, seguía manteniéndose creyente y católico, y desconocen como la devoción al Corazón de Jesús avivó esta llama en el último tercio del siglo XVIII. Sin la fuerza de la fe no pueden explicar la obstinada resistencia que el pueblo fiel opondrá a la Constitución Civil del Clero, la lucha armada mantenida en el Oeste en defensa de la religión y la monarquía católica durante el terror, ni la unánime aspiración a la restitución del culto bajo el Directorio. A la expulsión de la Compañía de Jesús de Francia seguiría, cuatro años después, su expatriación de la tierra de su fundador, y luego, en 1773, la supresión de la Compañía de Jesús en toda la Cristiandad, decisión de la que sus enemigos se prometían la desaparición de la devoción al Corazón de Jesús en toda la Iglesia. De cómo tales proyectos no alcanzaron finalmente su objetivo, trataremos, Dios mediante, en próximos artículos.

La intercesión de la Virgen en la victoria de Lepanto

LUIS CUESTA

El enemigo turco

ESPAÑA podría haber dejado de ser Tierra de María si no hubiera sido por la victoria en Lepanto frente a la amenaza musulmana. Y una vez más, la intervención de la Virgen en «la más alta ocasión»¹ fue decisiva para salvaguardar la fe cristiana no sólo de «su» tierra sino también de toda la Cristiandad.

Tras la caída de Constantinopla, el avance islamista encabezado por Solimán el Magnífico (1520-1566) al frente de los turcos había llegado hasta el centro de Europa, iba dominando del todo el Mediterráneo Oriental y en gran medida el Occidental: en 1521 los turcos conquistaron Belgrado; en 1522, la isla de Rodas; en 1526 su victoria en la batalla de Mohacz les permite ocupar casi toda Hungría; en 1529, llevan a cabo el primer sitio de Viena y en 1532 el segundo.

Le sucedió su hijo, Selim II, Gran Turco, que se propuso quitar a Venecia la isla de Chipre, y a este fin envió un poderoso ejército por mar y por tierra que atacando desde puntos distintos obligaría a los venecianos a dividir sus fuerzas. Tan solamente había dos plazas fuertes, que eran Nicosia y Famagosta. «Los turcos no encontraron a causa de su crecido número dificultad alguna para el desembarco y sitiaron a Nicosia, que cayó en poder de ellos después de cerca de dos meses de sitio. Como es común en la gente sarracena, se entregaron a toda clase de excesos, habiendo pasado a cuchillo más de mil personas sin distinción de sexo ni edad e hicieron quince mil esclavos, y un riquísimo botín».² Los habitantes de Famagosta, temiendo la misma desgraciada muerte que los habitantes de Nicosia, creyeron más conveniente no ofrecer resistencia, y se entregaron por capitulación. Ni siquiera esto sirvió para frenar la ciega cólera de los enemigos, que mataron a un gran número de sus

1. «De esta manera se refiere Miguel de Cervantes a lo que vivió el 7 de octubre de 1571, a bordo de *La Marquesa*, en Lepanto: “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros”». Oleguer VIVES GIL, «Lepanto, “la más alta ocasión”», *CRISTIANDAD*, agosto-septiembre de 2013.

2. Emilio MORENO CEBADA, *Historia de la Iglesia*, v. 3, p. 324.

habitantes, e hicieron padecer martirio al gobernador de dicha ciudad.

La llamada de San Pío V

EN el mismo tiempo, en 1566 es elegido como pontífice Pío V, el cual tenía el deseo de unir a la Cristiandad para un doble combate; contra el protestantismo y contra el adversario otomano, a lo que invitó a los príncipes católicos a concretar una alianza contra el Sultán. Hacia fines de 1566 Pío V dirige a las naciones católicas una nueva llamada de alerta haciendo una invitación para unirse en una Liga en defensa de la Cristiandad sin obtener una respuesta positiva.

Finalmente, se alcanzó un acuerdo de alianza en mayo del 1571. La responsabilidad de defender el cristianismo cayó principalmente en Felipe II, rey de España, los venecianos y genoveses: «Felipe II puso al frente a su hermanastro Juan de Austria. Juan tenía sólo 26 años, pero venía de sofocar la revuelta morisca y gozaba de un prestigio enorme. Junto a él estaban los mejores nombres de la Armada española: los catalanes Requesens y Cardona y los castellanos Gil de Andrade y Álvaro de Bazán. Con ellos, el genovés al servicio de España Gian Andrea Doria, sobrino del gran almirante Andrea Doria. Las galeas del Papa las dirigía un viejo señor de la guerra, Marco Antonio Colonna; las de Venecia, otro veterano, Sebastián Veniero, sustituido después por Barbarigo. Y enfrente, el gran almirante turco, Alí Bajá, con un famosísimo pirata argelino, Uchali o Luchalí, y el gobernador de Alejandría, Mohamed Siroco; junto a ellos, un personaje de fábula, el renegado Pertev Pachá, cristiano convertido al islam a quien los jefes de la Liga se la tenían jurada. La Liga cristiana presentaba 231 barcos entre galeones y galeas, cincuenta mil marineros y galeotes y treinta mil soldados, de ellos veinte mil españoles. Nunca se había visto una potencia semejante en el mar. Pero la armada turca era mayor todavía: unas trescientas naves, con un número de hombres superior a cuarenta mil soldados, sin contar galeotes y remeros».³

3. Aldobrando VALS, «Redescubriendo Lepanto», *CRISTIANDAD*, enero de 2008.

Victoria de la Virgen del Rosario

COMO es ampliamente conocido, en el 7 de octubre de 1571, la victoria de la alianza cristiana sobre la escuadra turca fue completa. Esta victoria no hubiera sido posible si san Pío V, miembro de la Orden de Santo Domingo, y consciente del poder de la devoción del Rosario, no hubiera pedido a toda la Cristiandad que lo rezara y que hiciera ayuno, suplicándole a la Santísima Virgen su auxilio ante aquel peligro.

Así, el espíritu de devoción a la Virgen era patente en la tripulación y soldado del bando cristiano como recoge Antonio Amado a partir de las crónicas de la época:⁴

«Levantaron en la Real un crucifijo con la imagen de Nuestra Señora, donde toda la gente devotamente oró, en tanto que D. Juan pedía en alta voz favoreciese las armas de la cristiandad y a los soldados que le ofrecían sus ánimas y sus cuerpos salvase sanos y enteros, destruyese los turcos con su poder, enemigos de su santísimo nombre y religión santísima, para que fuese ensalzado y alabado de todas las gentes. Publicóse al instante el jubileo e indulgencia plenaria concedida por el Pontífice para los que allí muriesen e hízose la absolución general».

«Jefes y soldados se postraron y saludaron con el mayor entusiasmo la imagen bordada en el estandarte pontificio y todos le pidieron su auxilio, mediante la protección de la Santísima Virgen María, bajo cuyo amparo había colocado Pío V la armada cristiana».

Toda la Cristiandad y especialmente, el papa Pío V, no cesó de pedirle a Dios encomendándose a su madre, su intercesión en la refriega. Durante la batalla se hizo procesión del rosario en la iglesia de Minerva en la que se pedía por la victoria. El Papa estaba conversando con algunos cardenales pero, de repente los dejó, se quedó algún tiempo con sus ojos fijos en el cielo, cerrando el marco de la ventana dijo: «No es hora de hablar más sino de dar gracias a Dios por la victoria que ha concedido a las armas cristianas». Este hecho fue cuidadosamente atestado y auténticamente inscrito en aquel momento y después en el proceso de canonización de Pío V.

En la noche del 21 para el 22 de octubre el Cardenal Rusticucci despierta al Papa para confirmarle la visión que él había tenido. Al enterarse de la bue-

na nueva, san Pío V pronunció las palabras: «Ahora Señor ya puedes dejar ir a tu siervo en paz». En la mañana siguiente es proclamada la feliz noticia en San Pedro luego de una procesión y un solemne *Te Deum*.

Así relata el P. Ribadeneira la crucial importancia de la Virgen del Rosario en la batalla: «Debióse esta insigne victoria a las oraciones de san Pío V y de la Cristiandad, donde el santo Pontífice les mandó hacer; y fuera del valor de los soldados cristianos, ayudó mucho la devoción y celo con que confesados y bien dispuestos entraron en la batalla, para morir defendiendo la fe, si Dios por nuestras culpas diese a los infieles la victoria; y principalmente se debió a la intercesión de la sacratísima Virgen María nuestra Señora, singular patrona de las batallas, a quien el Sumo Pontífice encomendó esta empresa, y el general y capitanes hicieron diversos votos. Consiguiose esta victoria en el primer domingo de octubre de 1571, día que la religión de Predicadores tenía consagrado, como todos los primeros domingos de cada mes, al culto de nuestra Señora del Rosario; y en éste, especialmente encomendaba a Dios el buen suceso de las armas católicas, por mandato del Sumo Pontífice san Pío V, el cual, en reconocimiento de tan señalada merced como recibió toda la Cristiandad de la Madre de Dios, consagró este día a su culto, con el título de “Santa María de la Victoria”».⁵

El día 7 de octubre quedó consagrado a nuestra Señora de las Victorias y más tarde al Santo Rosario, en las letanías a la Virgen se agregó la invocación «Auxilio de los Cristianos». Capillas con la invocación de Nuestra Señora de las Victorias comienzan a surgir en España e Italia. El senado veneciano colocó debajo del cuadro que representa la batalla la siguiente frase: «*Non virtus, non arma, non duces, sed Maria Rosarii Victores nos fecit*» (Ni las tropas, ni las armas, ni los comandantes, sino la Virgen María del Rosario es la que nos dio la victoria). Génova y otras ciudades mandaron pintar en sus puertas la imagen de la Virgen del Rosario.

Como se puede comprobar en todo lo anterior, la Virgen recompensó la generosidad mostrada por Felipe II, rey de España al responder a la llamada de san Pío V, con una victoria aplastante que libró a la tierra de María de la amenaza musulmana durante muchos años.

4. Antonio AMADO, «La batalla de Lepanto y el Rosario», CRISTIANDAD, septiembre-octubre de 2002.

5. P. RIBADENEYRA, S.I., «El santo Rosario y la batalla de Lepanto», CRISTIANDAD, agosto-setiembre de 2013.

San Pedro Nolasco, redentor de cautivos

SANTIAGO ALSINA

SAN Pedro Nolasco nace en Mas de Santas Puelas entre el 1180 y 1182. Establecida la familia Nolasco en Barcelona, aprendió de su padre Bernardo el arte de mercader. Igualmente recibió las enseñanzas de una vida cristiana conforme a las profundas convicciones religiosas de su familia. Desde niño se vislumbrará en él la virtud de la caridad, viendo como siempre se sentía muy afligido al ver un mendigo y sólo podía ser consolado al ver que se le entregaba una limosna.

A los 15 años sufre la muerte de su padre y dividió la herencia entre los pobres con el asentimiento de su madre, como no podía ser de otra manera en la práctica de la obediencia. Sin dejar de lado la práctica de la virtud se aplicó con diligencia y perseverancia a sus estudios. Su afán de mantener su túnica bautismal sin mancha, y para actuar como un verdadero siervo de su Señor, le hizo evitar el menor de los pecados, porque tenía miedo que, cualquier negligencia frenaría su fervor en el servicio de Dios, y le llevaría a cometer los pecados más graves.

Años más tarde, estando en edad de casarse, peregrina a Montserrat. Allí, a los pies de la Virgen, pudo comprender mejor el vacío de las vanidades mundanas y el tesoro que es la vida eterna. Prometió entonces a la Virgen mantenerse puro y dedicarse a su servicio.

Los tiempos de su juventud que vivió Pedro Nolasco eran en que los musulmanes saqueaban las costas y llevaban a los cristianos como esclavos al Africa. La horrenda condición de estas víctimas era indescriptible. Muchos por eso perdían la fe pensando que Dios les había abandonado. Pedro Nolasco era comerciante. Decidió dedicar su fortuna a la liberación del mayor número posible de esclavos. Recordaba la frase del Evangelio: «No almacenéis vuestra fortuna en esta tierra donde los ladrones la roban y la polilla la devora y el moho la corroe. Almacenad vuestra fortuna en el Cielo, donde no hay ladrones que roben, ni polilla que devore ni óxido que las dañe» Mt 6,20.

Una de las veces que ofreció una parte de su fortuna por el rescate de los cristianos su generosidad fue recompensada con la liberación de una sola vez de trescientos esclavos cristianos. Una noche mientras él se dedicaba a la oración, y meditando como rescatar a los cristianos en cautiverio la Madre de

Dios se le apareció, elogió su generosidad, y le dijo que sería muy agradable a su divino Hijo y a ella misma la fundación de una orden religiosa cuyo objetivo principal debía ser la redención de cautivos. Persuadido Pedro de la voluntad de Dios en virtud de esta visión, y no queriendo moverse sin consultarlo con su confesor san Ramón de Peñafort, fue a buscar al Santo, que había tenido la misma visión aquella misma noche. Confirmados ambos en la uniformidad de la revelación, fueron a comunicar al rey Jaime I sus intenciones y dar parte de lo sucedido. Pero se hallaron sorprendidos y admirados cuando el Rey se adelantó a contarles una visión que había tenido, y era en todo conforme a la de los dos, sin faltar ningún detalle.

Ya no se podía dudar de los designios de Dios, y san Pedro Nolasco con entusiasmo se dedicó a la formación de esta nueva legión de almas que redimieran a cautivos. San Ramón de Peñafort escribió las reglas para la nueva orden.

El día de san Lorenzo, el Rey, acompañado de toda su corte y de los magistrados y ministros de Barcelona, pasó a la catedral, donde san Ramón subió al pulpito y declaró delante de todo el pueblo la revelación de la Madre de Dios que habían tenido el Rey, Pedro Nolasco y el mismo Ramón, sobre la fundación de una nueva Orden con el título de Nuestra Señora de la Merced, para redención de cautivos. Después del ofertorio, don Pedro y sus compañeros vistieron el hábito y recibieron el escudo con las cuatro barras rojas sobre un fondo amarillo de la Corona de Aragón y la cruz blanca sobre fondo rojo, titular de la catedral de Barcelona. Pedro Nolasco reconoció siempre a María Santísima como la auténtica fundadora de la orden mercedaria. Su patrona es la Virgen de la Merced. «Merced» significa «misericordia».

Su primera ubicación fue el hospital de Santa Eulalia, junto al palacio real. Allí recogían a indigentes y a cautivos que regresaban de tierras de moros y no tenían donde ir. Seguían la labor que ya antes hacían de crear conciencia sobre los cautivos y recaudar dinero para liberarlos. Eran acompañados con frecuencia de ex-cautivos, ya que, cuando uno era rescatado, tenía obligación de participar durante algún tiempo en este servicio. Normalmente iban cada año en expediciones redentoras. San

Zurbarán:
Visión de san Pedro Nolasco



Pedro continuó sus viajes personalmente en busca de esclavos cristianos. En Argelia lo hicieron prisionero pero logró conseguir su libertad. Aprovechando sus dones de comerciante, organizó con éxito por muchas ciudades colectas para los esclavos.

Además de los tres votos tradicionales de pobreza, castidad y obediencia, la presente Orden se compromete a una cuarta, que consiste en la disposición de cada uno de sus miembros para ofrecerse a sí mismo como un sustituto para cualquier cristiano cautivo que estuviese en peligro de perder la fe, en caso que el dinero no alcanzara a pagar su redención. Entre los que se quedaron como esclavos está san Pedro Armengol, un noble que entró en la orden tras una juventud disoluta. Este cuarto voto distinguió a la nueva comunidad de mercedarios.

No se contentaba el celo de Nolasco con la redención de los cautivos; se ocupaba también en la conversión de los infieles, y no hubo ocasión que hubiera realizado el rescate de cristianos que no convirtiese gran número de moros a la fe de Jesucristo.

El eco de tantas maravillas hizo famosa en toda la Europa la nueva religión de la Merced. La aprobó Gregorio IX el año 1230 y, hallándose en Roma como penitenciario mayor el glorioso san Ramón, que se puede llamar su segundo fundador, hizo que en 1235 la confirmase con sus reglas y constituciones.

Ya no tenía Nolasco cautivos que rescatar en todas las costas de España, porque su caridad había redimido a cuantos se hallaron en poder de los infieles; y para no descansar en el ejercicio de su voto y de su celo pasó a buscar en Berbería lo que no encontraba en España. Allí sí que pudo satisfacerse su ardiente sed de padecer por Jesucristo, si ella no fuera insaciable; porque, además de las fatigas que padeció, fue metido en una mazmorra, cargado de cadenas, tratado con crueldad, y no pocas veces es-

tuvo en evidente peligro de perder la vida. Pero como vieron los bárbaros que no deseaba otra cosa, y que, cuando no pudiese conseguir esta dicha, su gran anhelo era el quedarse cautivo por los cautivos, le enviaron a España con gran número de ellos.

Cuando volvió a Barcelona hizo cuanto pudo para renunciar el generalato; pero lo más que logró fue que le nombrasen un vicario, en quien el Santo cedió luego toda la dirección de la orden, reservándose para sí únicamente el cuidado de distribuir las limosnas a los peregrinos y a los pasajeros.

En vano le excitaba su humildad a vivir ignorado, cuando su reputación le hacía famoso por todo el mundo. Habiendo venido a la provincia de Languedoc san Luis, rey de Francia, quiso ver a Pedro Nolasco, de quien la fama publicaba tantas maravillas. Le llamó y estuvo algunos días, comunicándole la voluntad de ir a conquistar la Tierra Santa, y a librar a tantos cristianos como gemían bajo el pesadísimo yugo de los sarracenos. Nolasco se ofreció acompañarle en aquella sagrada empresa; pero se lo impidió una larga enfermedad, que le causaría la muerte.

Pedro antes de entregar su alma al Cielo, tuvo el consuelo de ver como en vida la Orden alcanzó a contar con cien frailes y dieciocho conventos, extendidos por el reino de Aragón y el sur de Francia. Además de los cautivos redimidos por Pedro Nolasco y sus compañeros antes de la fundación de la Orden, en el período institucional hasta su muerte, fueron rescatados 3.920 cautivos.

El día 6 de mayo de 1245, en Barcelona, casa madre de la Orden, murió el patriarca fundador de la Orden de la Merced. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de dicho convento. Fue canonizado por el papa Urbano VIII, el año 1628, y Alejandro VII fijó su fiesta en este día.



Pequeñas lecciones de historia

Edmund Campion (V): la Inglaterra de Isabel I

GERARDO MANRESA

LA entrada de los jesuitas en la misión de Inglaterra coincidía con los años de mayor auge del reinado de Isabel I. William Cecil se había convertido en el hombre fuerte del reino, nombrado lord tesorero del reino y de la Star Chamber, el tribunal que juzgaba las traiciones y conspiraciones políticas. En 1574 Cecil había colocado a su amigo Walsingham en su antiguo puesto de secretario de Estado. Ambos hombres fueron claves para la persecución de los católicos en Inglaterra. En 1569, tras la derrota de los *earls* del norte, el duque de Norfolk, ferviente católico, fue ejecutado y María Estuardo, reina de Escocia, fue hecha prisionera por Isabel I.

La reina Isabel crecía en popularidad, especialmente en Londres, sus condados circundantes y las ciudades portuarias y Cecil gozaba de su completa confianza.

Durante aquellos años la marina inglesa empezó sus importantes actividades con los mercaderes de esclavos. Hawkins, mercader de la ciudad de Bristol, el principal de ellos, mantenía contactos comerciales con los colonos españoles de América, los cuales a pesar de la prohibición de las leyes españolas, aceptaban que las galeas inglesas, atestadas de mercancía humana, enlazaran regularmente América con África Occidental. En estos viajes los barcos ingleses aprovechaban para saquear algún puerto español. Este negocio estuvo reforzado con el apoyo de la reina Isabel I, pues el objetivo era desgastar y debilitar al reino español.

En el mismo verano de 1580, el del desembarco de los jesuitas, había regresado triunfante Drake de su vuelta al mundo tras el saqueo de los puertos españoles de la costa pacífica, trayendo un botín fabuloso que fue celebrado por la reina como un triunfo nacional.

Por estos años hubo una cuestión que pudo ser una esperanza para los católicos. Fue la cuestión del proyectado matrimonio de la Reina con el duque de Anjou. Mientras María Estuardo siguiera con vida, los anglicanos querían ver a la reina casada. El embajador francés había hecho durante varios años presión a favor del príncipe francés y, a pesar de ser conocido que el Duque no era físicamente atractivo, cuando llegó a Inglaterra en verano de 1578, la corte se espantó. Era enano, patizambo, con una nariz hundida y con marcas de viruela. Era sexualmente pervertido y veinte años más joven que la reina. Pero no se sabe cómo a la reina le hizo gracia y se mostró encantada con él, compartió diversiones, se acariciaban y ella le llamaba «mi ranita». Formaban una pareja macabra, pues Isabel, ya de mediana edad con una cara consumida que dejaba ver sus huesos bajo la piel, se maquillaba y vestía de un modo estrofalario, con

una peluca carmesí y cuajada de joyas, pues, según se decía, era completamente calva. La opinión general era de que el caprichoso corazón de la reina al fin había sido ganado. La única dificultad era la misma de sus otros pretendientes: la fe del Duque, que insistía en oír misa. Tras cuatro años de negociaciones, el proyecto fue abandonado; los católicos lo veían con impaciencia pues en este grotesco emparejamiento veían la única esperanza de sobrevivir.

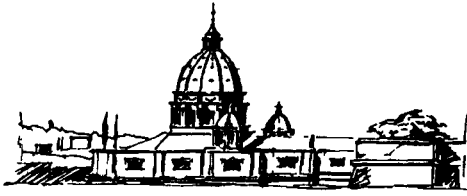
Tras la derrota de los *earls* del norte y la bula de excomunión de Isabel I decretada por el papa san Pío V, se aplicaron con mayor insistencia los decretos de Supremacía y de Uniformidad. Fueron ilegalizadas todas las liturgias que no estuvieran contenidas en el *Libro de oraciones* y se estableció un juramento de sumisión a la supremacía espiritual de la Reina.

En 1581 para contrarrestar la entrada en Inglaterra de la misión de Campion se emitió otro decreto: para retener a los súbditos de Su Majestad la Reina en la obediencia debida: se corroboraba que recibir el sacramento de la confesión era alta traición. Por primera vez la misa fue explícitamente prohibida. El objetivo de esta legislación era ilegalizar a la comunidad católica y acabar con ella.

Las multas por celebrar una misa eran muy altas, pero las misas se celebraban en secreto, los vasos sagrados y los ornamentos se ocultaban muy secretamente y los sacerdotes entraban y salían por pasadizos secretos. La única multa que desde 1580 no se podía evitar era la infracción por no asistir a liturgias protestantes, las familias más ricas no dudaron en pagarlas. Las restantes multas no pudieron ser implementadas consistentemente.

Algunos católicos entraban y salían de continuo de la cárcel y otros vivieron durante años sin molestias. El sistema estaba plagado de incongruencias, todo dependía de la buena voluntad local y del activismo de los informantes retribuidos, y así se explica que en la prisión de Marshalsea, la misa se celebrara casi cada día, o que nunca tuvieran efectividad real la aplicación de la pena tras rechazar por segunda vez el Juramento de Supremacía, etc. Pocas semanas después de la llegada de Campion, los rumores de preparación de una Liga Católica organizada por el Papa y Felipe II contra Inglaterra era motivo de otra ley instando a los súbditos leales a defender la nación bajo pena de muerte.

Los católicos vivían indefensos ante la ley, pues su esquema vital era considerado delictivo; vivían en una incertidumbre diaria acerca de si serían víctimas de persecución, de confiscación de la propiedad, de la ruptura de sus familias o de prisión o muerte.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Persecución religiosa en Siria

LA situación de los cristianos en Siria continua siendo crítica. La ciudad de Maaloula, devastada por los yihadistas de Al-Nusra y recientemente conquistada por las tropas gubernamentales, se ha convertido en el símbolo del martirio de los cristianos en Siria. «Las cuatro iglesias históricas de Maaloula se han visto afectadas», lamentó el patriarca Gregorio III Laham de los católicos de rito griego. «Nuestra iglesia parroquial, dedicada a San Jorge, está acribillada. La cúpula del monasterio ha sido dañada en dos lugares. Las paredes han sido demolidas por el fuego de cañón. Ciertas partes del convento están en peligro de colapsar y deben ser reconstruidas. Los iconos se encuentran dispersos en el suelo, sucios o robados. Actualmente es completamente inhabitable. En el convento de los Santos Sergio y Baco, el histórico altar de origen pagano, convertido en un altar cristiano, el único de este tipo, está roto en dos. Es el misterio de iniquidad que se ve en lo hecho, es la devastación del Templo. Otras iglesias han sido destruidas en Siria, pero nunca he visto ese tipo de cosas, este espectáculo apocalíptico.» Y el mismo espectáculo dantesco ofrecen hoy las iglesias de San Elías y Santa Tecla, del Patriarcado greco-ortodoxo.

Por su parte, la hermana Raghida, que estuvo al frente de la escuela del Patriarcado Greco-Católico en Damasco, la capital siria, hasta que tuvo que marchar a Francia, relataba recientemente la situación del país árabe. «En los pueblos y aldeas que están ocupadas por elementos armados, los yihadistas y los grupos musulmanes extremistas ofrecen a los cristianos dos alternativas: la *shahada* (profesión de fe musulmana) o la muerte. A veces piden un rescate. Así que están entre la *shahada*, el rescate o la muerte. Quienes no niegan su fe sufren el martirio, y además un martirio extremadamente inhumano, de una violencia extrema que no tiene nombre. Si quieren ejemplos, en Maaloula crucificaron a dos jóvenes porque no quisieron decir la *shahada*. Les dijeron: «entonces quieren morir como su amo en el que creen. Tienen una opción: recitan la *shahada* o serán crucificados». Y les crucificaron. Hubo uno que fue crucificado delante de su padre. Incluso mataron a su padre. Esto ocurrió por ejemplo en Abra, en la zona industrial en las

afueras de Damasco. En cuanto entraron en la ciudad, comenzaron a matar a hombres, mujeres y niños. Y después de la masacre, se llevaron las cabezas y jugaron al fútbol con ellas. En cuanto a las mujeres, les sacaron a sus bebés y los ataron a los árboles con sus cordones umbilicales. Afortunadamente, la esperanza y la vida es más fuerte que la muerte. Después de un período de calma y de que la ciudad volviera a manos del ejército, hicimos misas de réquiem, y seguimos rezando intensamente. Dos tercios de los cristianos ya han abandonado el país, y ya no quedan muchos. Después de las amenazas y los asesinatos de Maaloula, los cristianos se dicen: “Nuestro turno llegará. Así que vamos a salvar a los niños”. A pesar de los llamamientos de los patriarcas y del Papa, de quedarse allí, los que realmente se quedan son personas que no tienen los medios para huir y a las que se les niegan los visados.»

Año Jubilar Teresiano

EL papa Francisco ha concedido la gracia de Año Jubilar Teresiano para todas las diócesis de España, desde el día 15 de octubre de 2014 hasta el 15 de octubre de 2015, con el fin de celebrar con solemnidad el V centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús.

De esta manera, se conceden las indulgencias propias del jubileo de los santos: indulgencia plenaria a los fieles verdaderamente arrepentidos, con las condiciones acostumbradas (confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Papa). Más adelante se comunicará cuáles serán los templos y santuarios jubilares donde los fieles puedan conseguir la citada indulgencia.

Asimismo, el Santo Padre ha concedido al presidente de la Conferencia Episcopal y al obispo de Ávila la gracia de impartir durante el Año Jubilar la bendición papal, con la consiguiente indulgencia plenaria, a todos los fieles cristianos presentes en las celebraciones que se determinen, y que, verdaderamente arrepentidos y movidos por la caridad, hayan asistido a los ritos sagrados y cumplan con las condiciones anteriormente citadas.

La lectura del Decreto, firmado por el cardenal Mauro Piacenza, penitenciario mayor de la Santa Sede, y en el que concede el Año Jubilar, tuvo lugar

al finalizar la Eucaristía que, con motivo del IV centenario de la beatificación de santa Teresa, celebró en la catedral el obispo de Ávila, monseñor Jesús García Burillo.

La pequeña comunidad de católicos en Nepal bautiza sesenta catecúmenos

CUANDO apenas hace seis años que fue reconocida la libertad religiosa en el Nepal, la Iglesia de dicho país celebró la pasada solemne vigilia pascual con el bautismo de sesenta nuevos miembros a la fe católica. «Para nuestra pequeña comunidad católica esta es la fiesta más grande», explicó a Fides el padre Plus Perumana, pro-vicario apostólico de Nepal. «Las comunidades cristianas celebran la Pascua, en todo el país, no sólo con celebraciones en las iglesias», comentó el pro-vicario, «sino también con procesiones y manifestaciones públicas de alegría para anunciar la belleza de la fe, la victoria de Cristo sobre la muerte y la certeza de la vida eterna». Y este «testimonio público» es particularmente importante en un país donde los católicos son una marcada minoría, con apenas unos ocho mil miembros en una población de aproximadamente treinta millones de habitantes.

Este año las buenas noticias del crecimiento de la Iglesia han contribuido a dar color y alegría a la celebración del triunfo de Jesucristo sobre la muerte. «Los catecúmenos se han estado preparando en un ambiente de gran expectación y alegría para celebrar la resurrección de nuestro Señor y convertirse en miembros de pleno derecho de la Iglesia», explicó el padre Perumana. En Asia los aspirantes a recibir los sacramentos de iniciación cristiana suelen llevar a cabo un intenso plan de formación y de vivencia de los valores cristianos antes de su admisión en la Iglesia. Durante la Cuaresma, «se han pre-

parado para la Pascua con fuertes momentos de arrepentimiento, ayuno y oración», comentó el sacerdote. «En todas las parroquias del valle de Katmandú hemos vivido un camino cuaresmal intenso y profundo, con momentos de retiro espiritual y de importantes iniciativas de solidaridad y ayuda a los pobres».

Schola Cordis Iesu renueva su consagración al Inmaculado Corazón de María

EL pasado 3 y 4 de mayo tuvo lugar en el santuario de El Miracle (Solsona) el encuentro bianual de Schola Cordis Iesu-Barcelona con el lema «Schola Cordis Iesu bajo la mirada de María».

En el marco de esta celebración, gozosamente sobrenatural, y tras un triduo de preparación, los miembros de esta sección del Apostolado de la Oración renovaron su consagración al Corazón Inmaculado y Maternal de María realizada hace ahora sesenta años con un deseo actualizado de poner en manos de la Virgen la tarea que Dios nos ha encomendado: «difundir infatigablemente el ideal del Reino de Cristo por la devoción a los divinos Corazones».

La consagración, además de oración, es verdadero acto de amor y de entrega. Es abrir el corazón y buscar la voluntad de Dios sobre la propia vida. Por eso, para la consagración no hay edades, porque se trata de dar un «sí» definitivo a Cristo, por manos de María. ¡Qué honra pertenecer a Jesús por María! Por eso, en familia, todos reunidos, los miembros de Schola Cordis Iesu han querido renovar esta oración con la esperanza de que este acto de ofrenda a la Virgen María derrame sobre Schola Cordis Iesu muchas bendiciones para cada familia y especialmente las más necesitadas de su cuidado materno.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Mayo

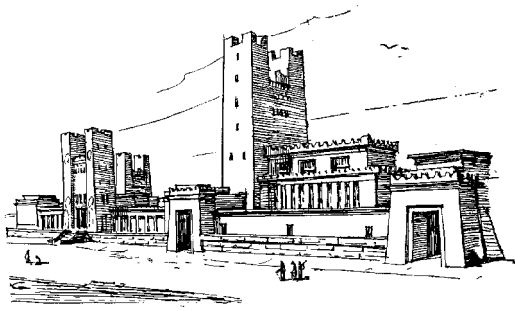
Universal: Para que los medios de comunicación sean instrumentos al servicio de la verdad y de la paz.

Por la evangelización: Para que María, Estrella de la Evangelización, guíe la misión de la Iglesia de anunciar a Cristo a todos los pueblos.

Junio

Universal: Para que los desempleados reciban el apoyo y el trabajo que necesitan para vivir con dignidad.

Por la evangelización: Para que Europa reencuentre sus raíces cristianas a través del testimonio de fe de los creyentes.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Nuevo fracaso negociador entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina

EL último intento del presidente Obama de llegar a un acuerdo de paz entre Israel y la Autoridad Palestina ha vuelto a fracasar y nos ha dejado, además, en una nueva situación en la que los «moderados» de Abu Mazen se han aliado con los radicales islamistas de Hamas. Nuevo y estrepitoso fracaso (y ya van...) de la diplomacia estadounidense.

Como sucede siempre que unas nuevas expectativas de paz fracasan, se abre el turno de buscar culpables. Los candidatos son muchos: desde un secretario de Estado sin preparación como John Kerry a los «radicales» de ambos bandos. Pero lo cierto es que, desde hace décadas, van cambiando los nombres de los protagonistas y los detalles que rodean las negociaciones, pero el final siempre es el mismo. Un fracaso especialmente incomprensible y difícil de admitir, pues estamos ante el conflicto que viene de más lejos y que, al mismo tiempo, más se resiste a una solución negociada, y esto a pesar de que se insista, tal y como hizo John Kerry con un optimismo miope el pasado mes de diciembre, en que «estamos más cerca de un acuerdo que nunca».

Lo cierto es que pasan las personas y las ilusiones, cambian los «ingredientes» más accidentales, pero el resultado siempre es el mismo. Si atendiésemos a los componentes más sustanciales entenderíamos que hay posiciones irreconciliables y que la renuncia a ellas significaría el suicidio para cualquiera de las dos partes. El ejemplo más obvio, auténtico escollo en el que naufragan todos los intentos de encontrar una solución para Tierra Santa, es la ciudad santa de Jerusalén, a la que nadie, ni musulmanes ni judíos, puede renunciar. Ceder en ese punto sería peor que proseguir un conflicto con un elevado coste, es cierto, pero que mantiene viva la esperanza.

Podemos dar un paso más: si vamos al núcleo de la cuestión y contemplamos las vicisitudes de Israel como parte misteriosa de los planes de la Providencia, comprenderemos que su solución excede a las capacidades humanas y dejará de sorprendernos la

imposibilidad de encontrar una solución a este conflicto que mantiene y mantendrá al mundo entero en vilo.

Conflicto y segregación en el centro de África

HACE UNOS meses advertíamos acerca de la intensificación de los conflictos armados que tienen lugar en África, una tendencia general que no se puede solucionar con el envío de unos cuantos miles de soldados franceses y, mucho menos, de cascos azules de la ONU. Y es que lo que estamos viviendo en el continente más joven del mundo es al choque entre un islam expansivo, presionando hacia el Sur y penetrando en el África negra, mayoritariamente cristiana y con grandes bolsas de animismo.

Sólo desde esta perspectiva se entienden los últimos movimientos de la ONU en la República Centroafricana, donde ante la creciente impotencia de las tropas francesas desplegadas en ese extenso país en el que los enfrentamientos de base religiosa no cesan de extenderse, el Alto Comisariado para los Refugiados de la ONU, ante la imposibilidad de asegurar la seguridad entre etnias en Bangui, se ha visto forzado a trasladar a miles de musulmanes hacia el noroeste del país, junto a la frontera con Chad. Un desplazamiento más entre los que se vienen realizando y que han afectado ya a casi 650.000 personas y que están reforzando la división del país, con un noroeste cada vez más marcadamente musulmán y numerosos refugiados también en los vecinos Chad y Camerún. Un noroeste, además, rico en petróleo y diamantes y sobre el que ya se especula con una posible secesión.

Mientras, las fuerzas francesas presentes en la República Centroafricana están totalmente desbordadas en un país pobre en vías de comunicación, arruinado por decenios de conflicto y donde la violencia estalla por doquier. El presidente francés, al iniciar la intervención en la región, en diciembre de 2013, prometía, con esa frivolidad a la que nos tiene acostumbrados, que sería una «operación rápida» que como mucho duraría seis meses. Como ya les ha ocurrido a los Estados Unidos en sus intervenciones

en Oriente Medio, Hollande ha descubierto que salir de esos escenarios de guerra es mucho más difícil que entrar en ellos y ha tenido que reconocer que «el nivel de odio y violencia es mayor del que imaginábamos. Creo que será más largo de lo previsto». Nuestros gobernantes parecen creer que la realidad es maleable a su voluntad, pero en África, ésta se resiste a plegarse a sus pretenciosos planes en lo que constituye una dolorosa lección.

Naufraga el utopismo liberal de Obama

HABLÁBAMOS antes del renovado fracaso de la diplomacia estadounidense en Israel, pero no se trata de un caso aislado. Cuando hace seis años Barack Obama iniciaba su primer mandato como presidente de los Estados Unidos parecían elevarse nuevos vientos de esperanza para la paz en el mundo. Muchos creían que quedaban atrás los años de conflicto, de guerra contra el terrorismo internacional, para abrirse una nueva etapa de entendimiento y concordia, de diálogo y paz, por obra del subyugante carisma de Barack Obama y su ideología liberal universalista.

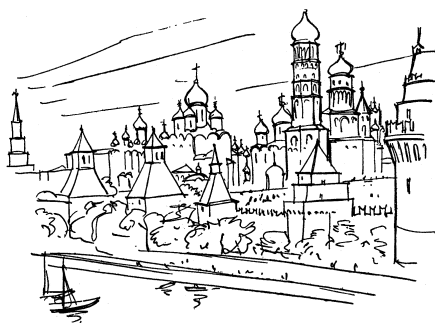
Cuando nos acercamos al final de su segundo mandato, Israel sigue igual, el mundo árabe está sumido en el caos y el auge islamista marca una nueva etapa de persecuciones contra los cristianos de violencia renovada, el conflicto en Siria sigue su curso, Irán continúa con sus planes nucleares y la guerra está a punto de estallar en Ucrania, a las puertas de Europa. Un balance que nadie de los que ponían sus esperanzas en el líder estadounidense, el prematuro Nobel de la Paz (probablemente por el sólo mérito de no ser George W. Bush), era capaz de imaginar. Y sin embargo, así ha sido.

Una vez más, una parte importante de la culpa recae sobre las debilidades de una administración, la norteamericana de Obama, muy por debajo de lo exigible, pero también, una vez más, el problema es de mayor calado que unos nombres concretos. Lo que ha demostrado el fracaso de la política internacional de Obama es el fiasco de una ideología, el internacionalismo liberal, que cree que existe un or-

den internacional liberal, autoevidente y acatado mundialmente, encarnado en instituciones multinationales como la ONU y en tratados y leyes aceptados por todos los estados del mundo. Esta ideología recoge el anhelo de una orden y una paz universales, algo que pudo vislumbrarse por ejemplo, con todas las imperfecciones que se quieran, durante la Cristiandad medieval o en la autoridad encarnada en el Sacro Imperio y que hoy no pasa de ser una utopía (en la peor de sus acepciones, esto es, imposible por definición) construida sobre las bases de un liberalismo que, sencillamente, cada vez menos estados reconocen.

Los empeños de Obama y Kerry para argumentar en contra de la intervención de Putin en Crimea diciendo que «estas cosas no se hacen en pleno siglo XXI» suenan huecas y endebles ante el hecho consumado de que sí se hacen: de hecho, nunca han dejado de hacerse, como lo demuestra los casos de Turquía y Chipre, China y el Tibet o la misma Rusia y Georgia. Lo mismo puede afirmarse de los cuatrocientos mil muertos en Darfur a manos de las milicias árabes instigadas por el gobierno sudanés o del casi millón de fallecidos durante el genocidio ruandés. Esas atrocidades no fueron detenidas por ninguna ley o institución multinacional por la sencilla razón de que no afectaba a los intereses directos de ninguna gran potencia dispuesta a sacrificar las vidas y el dinero de sus ciudadanos.

Lo cierto es que, en ausencia de una autoridad reconocida por todos, y la ONU ha dejado de serlo si es que lo fue alguna vez, extremo que dudamos, recupera toda su vigencia aquella advertencia, precisamente de George Washington, de que «es una máxima fundada en la experiencia universal de la humanidad que no puede confiarse en ninguna nación más allá de sus propios intereses». El discurso de Obama, cada vez más desubicado, se empeña en negar la evidencia y cae constantemente en contradicciones e incoherencias ante un mundo que, en ausencia de una autoridad reconocida, se parece cada vez menos a sus sueños de utopismo liberal y actualiza cada vez más aquella máxima de Tucídides que afirmaba que «los fuertes hacen lo que pueden y los débiles padecen lo que deben».





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

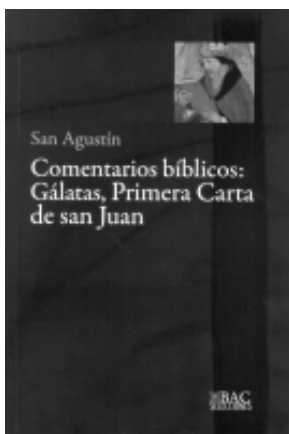
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:

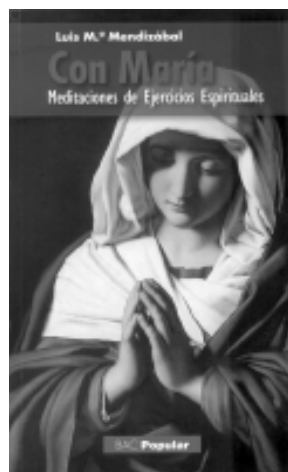


**Comentarios bíblicos:
Gálatas, Primera Carta
de san Juan**

Autor: San Agustín
Editorial: BAC
290 páginas
Precio: 17,00 €

El presente volumen contiene dos obras de san Agustín: *Exposición de la Carta a los Gálatas* y *Homilias sobre la Carta de san Juan a los Partos*. Ambas tienen cosas en común el versar las dos sobre cartas apostólicas; el que sus autores, san Pablo y san Juan, son los autores neotestamentarios más apreciados por el pastor

de Hipona; el que su origen no se debió a peticiones que le llegaron de fuera, sino a una opción puramente personal del santo.



**Con María. Meditaciones
de Ejercicios Espirituales**

Autor: Luis M.ª Mendizábal
Editorial: BAC
320 páginas
Precio: 15,00 €

Como experto director de Ejercicios, el autor ha logrado entretrejer los aspectos fundamentales y las nuevas aportaciones de la encíclica *Redemptoris Mater*, de Juan Pablo II, con intuiciones de gran solidez teológica, expuestas con sencillez y profundidad. Su lectura y aplicación logrará revitalizar la vida cristiana en la indispensable dimensión mariana que ha de tener. Crecerá así la relación filial con María, haciendo más sólida la devoción a ella y más eficaz su influjo materno.

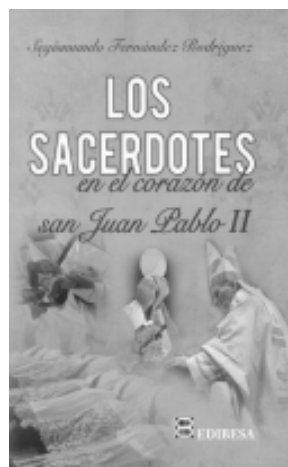


Isabel íntima

Autor: José María Zavala
Editorial: Planeta
352 páginas
Precio: 19,90 €

En pleno proceso de beatificación de Isabel la Católica, el autor accedió a documentos inéditos que le hicieron descubrir cuán poco sabíamos de la personalidad de nuestra reina más célebre: emotiva y apasionante, inteligente y adelantada a su tiempo, amada y odiada a partes iguales. Una mujer que quiso con locura a su marido y a sus hijos y que experimentó una personal vivencia de la fe. Una soberana que tuvo que tomar

controvertidas decisiones no siempre bien comprendidas.



**Los sacerdotes en el corazón
de san Juan Pablo II**

Autor: Segismundo
Fernández Rodríguez
Editorial: Edibesa
382 páginas
Precio: 18,00 €

El sacerdocio y su ejercicio en el ministerio es uno de los temas más definitorios en el papa san Juan Pablo II. Se trata de un magisterio pontificio extraordinario. Las consideraciones históricas, documentales y teológicas nos acercan al papa santo para que el conocimiento más profundo de su persona y de su magisterio, siga siendo el estímulo que aliente, con el amor de Dios, a todos los cristianos.

CONTRAPORTADA

El Sagrado Corazón de Jesús derrame sus dones sobre España y el mundo entero

El Templo Expiatorio en Barcelona, como el Cerro de los Ángeles en Madrid y el Santuario de la Gran Promesa en Valladolid, son jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español expresando sus sentimientos de amor y de reparación para con el Corazón de Jesús... Testigos son esos lugares de los raudales de misericordia y de gracia que el Señor derrama y de cuantas personas encuentran un remanso de paz y un refugio de salvación respondiendo a la llamada dulce de «venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt 11, 28). ¡Que este fluir de almas hacia el Corazón de Jesús, liberal con todos los que lo invocan, fuente de vida y de consuelo, continúe siempre ininterrumpido en esos santuarios!

El ideario del Tibidabo: la expiación por el sacrificio, pronto atravesó las fronteras de la tierra hispana y muchas son las naciones que ahí dejaron sus emblemas doblegados, en actitud de supremo homenaje, ante el Rey pacífico de los pueblos. Al imaginarnos, desde la colina Vaticana, esa cumbre hoy más enaltecida por la suntuosa estatua del Corazón de Jesús que domina las avenidas barcelonesas y el valle del industrioso Llobregat, que abre sus brazos proyectados hacia el Mare Nostrum Nos viene espontánea a la mente la profecía del salmista: «dominabitur a mari usque ad mare et a flumine usque ad terminos orbis terrarum» (Ps 71, 8). ...

Cómo no recordar aquellas primitivas cristiandades que un día asomaron sus templos al mismo azul mediterráneo, inflamadas por el discípulo testigo del Corazón abierto por la lanzada, surcadas por el apóstol intrépido de las inescrutables riquezas de Cristo y que, dirigiéndose a los fieles de Éfeso, oraba a Dios «de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra, para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, y arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender en unión con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Ef 3, 15-19).

Esta misma petición la confiamos a vuestras plegarias y la dejamos en el Altar de ese templo, mientras se prepara el Concilio Ecuménico Vaticano II: que la paternidad de Dios sea reconocida y vivida por todas las gentes; que more Cristo en los corazones corroborados en virtud por el Espíritu Santo; que con una caridad firmemente enraizada se contribuya a que llegue a todos los meridianos lo sublime y lo profundo del misterio de la caridad de Cristo para que se instaure completamente su reinado «de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz» (prefacio de la misa de Cristo Rey).

Anhelamos que el Tibidabo sea siempre un centro de gloria y de imperio espiritual desde donde el Sagrado Corazón de Jesús continúe derramando efusivamente sus dones sobre España y el mundo entero...

Mensaje de Juan XXIII al Primer Congreso Internacional sobre el culto al Corazón de Jesús (28 de octubre de 1961)